Joan Roca Navarro

La noche de las marfantas



Grijalbo

JOAN ROCA NAVARRO

La noche de las marfantas

Traducción de Noemí Sobregués

Grijalbo

Para Beli

We look at the world once, in childhood.
The rest is memory.

LOUISE GLÜCK, «Nostos»

EL FINAL DEL TIEMPO ORDINARIO

1

«Cuando me muera lo entenderás».

Tabula rasa.

La han encontrado tumbada en la cama sin deshacer, recién duchada, peinada, perfumada y con un vestido blanco de hilo. Descalza. Como si lo supiera, porque dicen que ellos lo saben. «Ellos». Ha pasado de ser ella a formar parte de este plural inquietante que se utiliza para referirse a los que ya se han ido al otro lado, los que están demasiado lejos para poder tocarlos y demasiado cerca para poder tratarlos de «aquellos», como si se temiera que el demostrativo los hiciera desaparecer para siempre.

No se ha elaborado ningún bando para anunciar la noticia, pero, poco a poco, con la calma que envuelve el respeto, todo el pueblo ha ido acudiendo, cada uno con su silla. Solo han podido colocar dos filas alrededor de la cama, y la gente ha ido turnándose para acompañarla. Los de la funeraria han montado el velatorio en la misma habitación, que es la más fresca de la casa, pero el aire de este 8 de julio de 1994 pesa, y a última hora de la tarde han tenido que llevar dos sacos de hielo, y unos niños han dicho que mi tía Sisca ya está en el infierno y que, por mucho hielo que lleven, ya no se puede hacer nada, porque todas las brujas acaban quemadas de una manera u otra.

—¿Tú crees? Eso lo han oído decir en casa.

Hacía tiempo que no veía la forma de mi madre ni oía su voz. La última vez se me había aparecido a los pies de la cama para decirme que me echaba de menos, que este no era mi sitio, que tenía que volver a donde pertenezco. Ahora su aspecto es el de siempre, el de la fotografía que teníamos en el comedor de casa, poco antes de quedarse embarazada de mí. Estaba de pie en la era de Tora con un botijo en las manos, riéndose sin mirar a la cámara porque algo le había hecho gracia, y tenía todos los dientes, y la piel lisa y limpia como una cama recién hecha, y todo en ella era bonito de una forma natural. Detrás de ella, un arrozal recién segado.

Esta noche es esa chica, pero su voz ha envejecido de una manera que no esperaba. Como mi madre dentro de mi cabeza, en el pueblo todo sigue igual desde el día en que me fui sin ser consciente de que somos nosotros los que hacemos los lugares, y no al revés.

—¿Irás al entierro? —Su voz se ha quebrado un poco.

—¿Qué tal? ¿Cómo va todo? —le pregunto.

Sus ojos no pueden respirar.

—¿Irás? A ella le habría gustado —me responde.

Esta última frase es una trampa; si no llega a decirla, me habría engañado. Este querer que me sienta mal si no voy, este intento de culpabilizarme disfrazado de preocupación genuina era, sí, típico de mi madre, pero la distancia me ha facilitado la perspectiva y la lucidez suficientes para darme cuenta. No es la primera vez que lo intenta. La marfanta me conoce bien y sabe utilizar las palabras, jugar con el contexto, hurgar en la herida para que se mantenga siempre tierna. La voz, tan envejecida, ya debería haberme puesto en alerta, pero desde que llegué aquí sus visitas habían ido

disminuyendo, hasta que un día desaparecieron, y creía que había conseguido esquivarla. Sin embargo, la verdad es que al principio la añoraba, echaba de menos la sensación de sentirme elegido, como cuando alguien te dice «me gustas» y a ti también te gusta, aunque sepas que lo mejor es alejarte de esa persona porque acabará haciéndote daño. El escopetazo de la validación es demasiado potente y lo devasta todo, y no eres capaz ni estás a tiempo de refugiarte detrás de ningún escudo. Solo los años y la distancia pueden atenuar esa sensación, y es aquí cuando crees que el bosque no puede quemarse dos veces, pero si vuelve, si consigue volver, ya no tienes defensa. Y esta vez te arrasa para siempre.

He intentado dormirme.

He pensado en ella.

Mi tía Sisca tenía el aspecto de un olivo milenario, y siempre he imaginado que en los surcos leñosos de su piel anidaban pequeños alacranes que me picaban cada vez que tenía que darle un beso. Mi tía Sisca era Delta, era viento del noroeste, mar y río, era agua y era tierra, inestable como el barro en el que se hundían sus raíces, y todas estas texturas penetraban en las narraciones infinitas que mi yo de siete, ocho y nueve años escuchaba e integraba mientras tostábamos pan y asábamos anguilas junto al fuego. Estas escenas sucedían a principios de los años setenta del siglo xx, pero en realidad eran ceremonias esencialmente prehistóricas. Sus cuentos bebían del lodo que se ha podrido y que se oculta bajo el barro honesto y fértil, y que se convertía en la gran metáfora de toda una serie de prodigios que habitaban los cañaverales selváticos a orillas

del río, seres que construían las horas de invierno junto al fuego y que aparecían meses después a los pies de nuestras camas cuando los niños no queríamos echar la siesta.

Siempre se colocaba cerca de una ventana para contar sus historias y, a veces, después de una frase, hacía una pausa, volvía la cabeza y miraba a través de ella, como si esperara una respuesta a lo que acababa de decir. Cuando veía que no pasaba nada, continuaba. Otro día se levantaba a bajar la persiana, como si hubiera visto a alguien espiándonos, o como si temiera una determinada reacción. En todos los casos entendí que cualquier incidente llegaría por la ventana. Las ventanas empezaron a darme miedo y poco a poco fueron transformándose para mí en las primeras grietas de las que fui consciente, las primeras de las muchas que llegarían. Aquellas historias hicieron que entendiera las grietas como espacios de entrada y no de caída, accesos abiertos y directos, aunque todavía no sabía a quién ni a qué.

Mi tía Sisca también contaba que la noche que nací se cayó la luna, que se precipitó al mar como si alguien la hubiera empujado para ahogarse con ella, y que el mundo se quedó a oscuras para que yo no viera dónde había llegado. Aun así, la luz siempre vuelve de una manera u otra, y fue entonces cuando vi el mundo, y eso estaba bien. Pero con la claridad el mundo también me vio a mí. Ella fue la única persona que entendió qué significaba realmente el hecho de que yo, en el lugar del ojo izquierdo, tuviera una protuberancia de carne con un agujero negro en medio que deseaba ser pupila.

—Con este ojo verá lo que los demás no podemos ver.

Mi madre, en cambio, llevaba el desasosiego agarrado al cuello y vivía como si tuviéramos un lobo en la puerta de casa, aunque en

realidad ya teníamos toda una manada viviendo con nosotros desde hacía tiempo. Un año antes de nacer yo, mi padre sufrió un infarto que le dejó el cerebro lleno de ruidos y el cuerpo lleno de silencios. A partir de ese día, un miedo atroz a quedarse solo en el mundo poseyó a ese hombre y lo convirtió en un inútil que parasitó el cerebro de mi madre. No digo que ese miedo no fuera genuino, pero él se aprovechó de ello porque sabía cómo era la mujer con la que se había casado, la conocía demasiado para no intuir cómo reaccionaría. Por eso no puedo perdonarlo de ninguna manera.

Había otras formas de verlo, pero ella lo percibió como un peligro mortal y, carente de las herramientas intelectuales para afrontar la situación, entró en modo supervivencia y no vio otra salida que consagrar su vida a una construcción mental, a una idea que no existía, a un fantasma, a la creencia de que ella tenía en sus manos la felicidad y también la desgracia de su marido. Esta responsabilidad le deformó la espalda desde el primer día. Ella creía que no, pero la sorprendí muchas veces levantando la cabeza y soñando con países lejanos y con campos de hierba de montaña, y, cuando lo hacía, la espalda se le enderezaba entonces. Pero el peso con el que cargaba le impedía dar el paso, y se reprimió tanto que al final las lágrimas que se aguantó acabaron oxidándole los ojos.

Para ellos yo fui un intento desesperado de redención, el que lo solucionaría todo, y siempre tuve la sensación de ser una excusa, un trozo de carne bautizada, el resultado físico de una pareja que, en el punto medio entre el pánico a ser abandonado y la culpabilidad de ser la abandonadora, había encontrado un espacio de conformidad mutua construida a fuerza de concesiones, rendiciones y renuncias del cual no había escapatoria. Ni sitio para el enamoramiento.

Mi madre desarrolló una confianza psicótica en el tomillo y lo plantó por todos los rincones del huerto. Cada noche, con un trapo que había infusionado durante horas, me frotaba el ojo que su útero no había podido gestar. Frotaba porque no podía creérselo. Frotaba porque estaba segura de que detrás de esa protuberancia de carne se ocultaban una córnea, un iris y una pupila que algún día acabarían apareciendo. Frotaba con el mismo afán con el que compraba los décimos de lotería, con la misma esperanza basada en nada, solo para buscar una especie de analgésico emocional, un breve resquicio de ilusión donde encontrar las respuestas a todas las preguntas que se la comían por dentro. Supongo que el alcohol también fue una de mis consecuencias y enseguida desbancó a la lotería. Tiempo después, la veía volver a casa a deshoras con los ojos llenos de cristales rotos y en manga larga aunque fuera verano. Sea como sea, antes de que la heroína hiciera que se le cayeran los dientes y convirtiera a mi madre en una desconocida, las respuestas seguían sin llegar, y esta falta de asideros nos llevó directos a las curanderas.

—El crío es así, no es nada malo, y si tú no lo aceptas, no lo aceptará nadie, ni él mismo. Lo que tiene que hacer es jugar con los demás niños.

Mi tía Sisca negaba con la cabeza cuando mi madre y yo nos mudábamos entre semana. Salía de la cochera sin enlucir adosada a la casa, a veces con las manos chorreando aceite del que utilizaba para hacer jabón, y caminaba un rato a nuestro lado intentando convencer a mi madre hasta que llegábamos al final de la calle. Allí daba media vuelta y regresaba, porque siempre había algún niño que le tiraba piedras y le gritaba «¡bruja!». No sé si lo era, pero lo

cierto es que yo sobreviví gracias a mi tía Sisca. La mayoría de los días comía con ella en la cochera y así evitaba el silencio insoportable de casa, y cuando le preguntaba por qué mis padres no eran como los de los demás niños, siempre me decía lo mismo:

—Cuando se vayan no los llorarás tanto.

En cualquier caso, las brujas no eran lo mismo que las curanderas. Nunca lo habían sido. Estas últimas siempre se habían dedicado a curar el cuerpo. Utilizaban un sincretismo grotesco, a veces casi infantil, que mezclaba rituales y oraciones de rimas consonantes, religión y brebajes que eran una muy mala idea, si tenemos en cuenta el sabor final; bendiciones y recetas escritas a lápiz y con faltas de ortografía, pero su voluntad siempre buscaba curar. Todo el mundo sabía quiénes eran, no había duda, porque no se trataba de una condición de la que tuvieras que esconderte. Y como en todo, las había honestas y otras que no lo eran, pero yo nunca creí en las curanderas. En cambio, en las brujas, «la Bruja», como decían ellos, sí. Se sabía que había una, pero se ignoraba quién era.

Las casas de las curanderas olían a colonia infantil y a madera carcomida, y eran lugares que me horrorizaban, porque fueron la primera constatación de que había algo en mí que no estaba bien. Pero es que yo ya nací acostumbrado a tener solo un ojo, y podía jugar al fútbol y al gato y el ratón, podía comer y beber, estudiar, y querer y ser querido, y a nadie pueden romperle el corazón si no sabe lo que es enamorarse. No puedes echar de menos lo que nunca has tenido. Pero el eco de mi no-ojo trastornaba todas las estructuras de mi madre y ponía en evidencia las grietas que ella no había sabido tapar.

Buscar lugares seguros fue, a partir de entonces, mi objetivo en la vida, y el lugar más seguro que encontré, una mezcla perfecta de búnker y santuario, fueron los libros. En un principio, porque me sustraían de una realidad que unas veces me resultaba peligrosa y otras, poco estimulante. Más tarde descubrí que los libros, las historias y sus personajes me aceptaban sin juzgarme. Allí me sentía libre, y empecé a leer mucho, tanto que tuvieron que ponerme gafas porque el ojo con el que veía el mundo como lo veía la gente necesitaba ayuda. El otro no necesitaba nada, solo que le diera el aire, el sol y el agua; solo quería que lo mostraran, que lo aceptaran, pero mi madre, poco después de que yo diera mis primeros pasos y de que ella constatara que ya no podría ocultarlo mucho más tiempo, me puso el parche que siempre me acompañaría.

Me dolía cuando la curandera tiraba del esparadrapo. Entonces colocaba los morros en el gollete de cristal de una botella de alcohol etílico y daba un trago. Luego escupía sobre la protuberancia una lluvia ácida de alcohol y saliva mientras canturreaba una oración y miraba a mi madre de reojo. «Alguien os hace daño», le decía después, casi sin aliento, exhausta, como para justificarse. Pompa y circunstancia. Siempre era una cosa u otra, la respuesta bálsamo, morfina directa a la vena del espíritu crítico y de la vida consciente; lo que fuera, antes que mirarse dentro de uno mismo y aceptar que las cosas no siempre salen bien y que no siempre las hacemos bien. Escrutar los propios abismos da mucho miedo, no todo el mundo es capaz de hacerlo. Me secaba la mejilla y la frente y volvía a taparme el ojo, de modo que esa carne siempre estaba tierna, a punto de llagarse, y la curandera lo sabía, pero también sabía que el ojo

tapado era lo que quería mi madre, y me lo habría cosido con que solo se le hubiera insinuado.

Mi padre no tenía sueños, ni cuando dormía ni cuando estaba despierto. Nunca me miró a la cara. No recuerdo ningún beso suyo, era incapaz de asomarse al precipicio del agujero negro de mi no-ojo; se le notaba el pánico a caer en él y no poder salir, pero siempre tuve la sensación de que deseaba zambullirse y desaparecer. Tanto para él como para mi madre las grietas siempre fueron lugares de salida y no de entrada, y por eso muchas veces las veían como una salvación. Cuando me hablaba me miraba por encima del hombro, a lo lejos, como si buscara un punto de fuga que nunca encontró. Aún no sé de qué color tenía los ojos; podría haberlos tenido amarillos y yo no lo sabría. El único buen recuerdo que tengo de él es su biblioteca. Allí encontré la salvación muchas veces. Otras, esa salvación me esperaba en las teclas de una vieja máquina de escribir que aprendí a manejar yo solo durante aquellas interminables tardes de invierno, copiando párrafos de los libros que más me gustaban.

A principios de los años ochenta, el pueblo era una alegoría del barro, un puñado de casas encaladas que parecía que alguien hubiera lanzado a la orilla del río como se tiran unos dados. Era el último pueblo antes de la desembocadura, un lugar que cuando te atrapaba ya no te soltaba, un lugar olvidado del que nunca nadie se acordaba, que nunca interesó a nadie y que nadie estaba seguro de si existía realmente; un callejón sin salida oculto tras las cañas que languidecía mientras esperaba no se sabía qué. Una tierra que, a pesar de todo, era mi casa, la única casa que conocía. El hogar del que nunca había salido, ni maldita la falta que me hacía.

Aquellos años sirvieron de frontera entre el pueblo que había sido y el que iba a ser, y es siempre en esos tiempos de incertidumbre, en los que el pasado se niega a morir y el futuro todavía no está preparado para nacer, cuando aparecen los prodigios. Los buenos y los malos. Todas las calles del pueblo eran de tierra, no había agua potable ni alcantarillado, y una gran red de desagües pluviales a la vista se extendía como un sistema nervioso central del que cada verano salían todos los mosquitos del mundo. Había casas abandonadas y otras que agonizaban, y las que se construían se colocaban de espaldas al río, como si la vigilancia ya no fuera necesaria. Casas que, como las personas que las habitaban, no podían evitar las grietas que las afligían y que delataban la inestabilidad de sus cimientos.

En realidad, todas nuestras vidas reposaban sobre una gran grieta que ya no podía repararse. Esa grieta invisible era la que siempre dividió a la gente de mi pueblo. Había personas de todas las ideologías y de gustos musicales diferentes; había campesinos y campesinas, albañiles, tenderas y tenderos, encaladoras, carpinteros y herreros; había cantantes, músicos y poetas, inventores, pero la grieta significaba la única división importante, la que separaba al pueblo en dos bandos irreconciliables: las personas que iban a la Bruja para que no les hicieran daño y las que iban a la Bruja para hacer daño a los demás. Y nadie sabía quién formaba parte de cada bando.

Esta era la grieta que las marfantas habían aprovechado desde siempre, y por eso, cuando notaban que estaba más abierta, venían a poner sus huevos aquí.

El primer día de clase después de Pascua, don Fernando fue el primero en volver la cabeza, pero yo ya sabía lo que estaba a punto de pasar, porque Sandra me lo había advertido. Aquella mañana, nada más empezar la clase de Matemáticas, los gritos de las campanas al vuelo llegaron al colegio público de la Santísima Trinidad y golpearon los cristales de las ventanas como si pidieran ayuda. Después, un rugido de riada invadió el patio. Los niños que pegamos la cara en los cristales vimos a todas las madres del pueblo corriendo hacia el colegio. El rumor de carnes subió por la escalera y, solo unos momentos después, madres e hijos huían por los pasillos hacia el refugio seguro de las casas.

Las campanas gritaban porque las bolsas de pelo de la barbería y de la peluquería, y los montones de posos de café del huerto junto a la taberna habían desaparecido, y eso quería decir que las marfantas habían salido del agua y estaban haciendo sus nidos. Y también quería decir que alguien las había invocado.

Pero eso fue en abril, siete meses después de verla por primera vez, y antes habían pasado muchas otras cosas.

A Sandra la conocí ese último año que pasé en el colegio público de la Santísima Trinidad, un día de septiembre de 1982 en el que Arturet, el Chino y Prats me metieron un pajarito muerto en el bocadillo. Cuando desenvolví el papel de aluminio, el patio enmudeció de golpe y todas las cabezas se volvieron, y todas las miradas salieron disparadas y me pincharon por toda la cara. Al acercar la boca para dar el primer mordisco, una multitud de hormigas surgió del pan y se dispersaron por mis manos. Entonces

apareció el pico. Antes de la arcada, todo el patio del colegio, todo lo inerte y todo lo vivo que lo habitaba, se convirtió en una gran mandíbula que batía sin poder parar de reírse. Solté el bocadillo y corrí a esconderme.

Me habían quitado el bocadillo del recreo durante casi toda la EGB, me habían pegado, se habían burlado de mí, no podía sacar la bicicleta porque siempre acababa con las ruedas pinchadas o algo peor, y aún recuerdo la primera y última vez que, con toda la ilusión del mundo, invité a todos los compañeros que pude a mi fiesta de cumpleaños, y cómo todos me confirmaron su asistencia, y cómo mi madre se gastó un dinero que no teníamos en comprar refrescos, toda clase de dulces y muchos bocadillos de todo tipo, y cómo me quedé esperando, y cómo le pregunté cien veces la hora a mi madre, y cómo al final nadie se presentó.

Ese día de septiembre quedó claro que la tormenta que desatarían sobre mí durante los meses que restaban hasta el final de curso sería memorable. No pude evitar pensar que, si hubiera podido, los habría matado a todos, y que al día siguiente me habría gustado ver la iglesia llena de pequeños ataúdes blancos y que habría disfrutado contemplando a todas las madres y todos los padres del pueblo revolcándose por el suelo y dándose cabezazos contra la pared, poseídos por un dolor insoportable. Intenté quitarme esta imagen de la cabeza, pero no pude.

La parte de atrás del colegio era mi refugio. Nunca le daba el sol, y la sombra la había convertido en un espacio de soledades resguardadas entre un bosquecillo de cipreses que prosperaban en los saladares. Era una prosperidad con matices, porque crecían como si sufrieran alguna enfermedad mental. Cogí tres piedrecitas,

una para Arturet, otra para el Chino y la tercera para Prats, las bauticé con saliva y las enterré. Cuando levanté la mirada, Sandra estaba allí, de pie en el rincón del muro encalado. Parecía una de esas señales de tráfico en las que alguien ha atado un ramo de flores y llevaba la ropa y el pelo empapados, como si se hubiera zambullido en el canal que corría por allí cerca. Me miró, y todos los pinchazos que había sentido hacía solo un momento desaparecieron de golpe, y la carne se me enrojeció en una mezcla de alivio y alegría. Me acerqué a ella, el agua le empapaba todo el cuerpo, le chorreaba por los dientes y le goteaba del paladar, y desprendía ese mismo olor dulce del río cuando baja revuelto. Sin decir nada, los dos nos sentamos, el uno al lado de la otra. Me quitó las gafas y, con una suavidad hasta entonces desconocida para mí, me arrancó el parche. Pestañeé varias veces y volví a mirarla. Su ropa era la misma, pero ya no estaba empapada ni olía a nada, su pelo tampoco, y era como si alguien hubiera aumentado el contraste y los colores de ella y del mundo.

Su calor me traspasaba la ropa, y por primera vez me sentí alguien digno de ser aceptado. En ese momento Sandra era todo lo que yo quería ser, el lugar donde quería estar. Una euforia, un deseo irresistible de abrazarla, me quemaba los brazos, pero no me atreví a hacerlo. Nos quedamos en silencio mirando nuestro breve horizonte de cipreses hasta que sonó el timbre y tuve que volver a clase. Al pasar por el patio, en un rincón, ya destrozado por un sinnúmero de patadas, el bocadillo seguía en el suelo, todo el amor que mi madre había invertido en hacerlo. Los habría matado a todos otra vez, y pensé en las piedras que había enterrado en los cipreses.

A partir de ese día, ir a la escuela adquirió otro sentido. Sandra era mayor que yo (supuse que sería repetidora), y, cuando formábamos en filas delante de la escalera antes de entrar en clase, me fijaba en las de los demás cursos. Nunca la vi. A la hora del recreo aparecía entre el bosquecillo de cipreses. No venía todos los días, pero yo iba allí cada mañana con la esperanza de encontrármela, una esperanza también basada en nada, como la de mi madre. Esa intermitencia y ese no saber desarrollaron en mí una especie de adicción, también como la de mi madre, y creo que fue la primera vez que creí estar enamorado, aunque no tenía ni idea de lo que quería decir esta palabra. También fue la primera vez que hice eso tan peligroso de confundir a la persona con la sensación que me provocaba. Pero entonces todavía era demasiado pequeño para saberlo.

Por alguna razón que nunca he entendido, muchas personas del pueblo asociaban mi defecto físico a una especie de retraso cognitivo no diagnosticado y me hablaban más alto de lo normal, como si también fuera sordo y fuera más pequeño de lo que era en realidad. Yo no lo comprendía, porque, aunque no era ningún superdotado, había leído mucho y tampoco había que esforzarse demasiado para estar a la altura intelectual de personas que, cuando aún no había hecho la primera comunión, me pellizcaban las mejillas con las dos manos y me decían «cuando el niño sea mayor, venderá cupones de los cieguitos».

Yo también tengo mi parte de culpa en todo ello. Muchas veces, sobre todo con las niñas y en aquella época en la que oía a mi alrededor que los niños hablaban sobre cuánto les habían crecido los pechos a algunas compañeras de clase y empezaban a acercarse a

ellas de una manera diferente, utilicé mi defecto físico como excusa para no exponerme, mediante una interpretación perversa y pervertida de lo que Burroughs llamaba «álgebra de la necesidad»: antes de que me rechazaran, antes de que me dijeran que no, ya me rechazaba yo, y así me ahorraba el esfuerzo de intentarlo y el peligro de fracasar. Todo esto resulta muy patético y ahora me avergüenzo mucho de ello, pero el hecho es que Sandra lo hizo estallar todo en mil pedazos. Por primera vez, el miedo al rechazo desapareció sin que tuviera que hacer nada. Los días que venía nos sentábamos con la espalda apoyada en el muro encalado. Lo que más me gustaba era el momento en el que ella me quitaba las gafas y el parche para que mi no-ojo bebiera sediento el aire limpio de la mañana. Siempre guardábamos silencio, hasta que un día me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Su voz tenía el tacto del agua del mar de la bahía, que era más espesa que la de fuera, y tan salada que podías notar cómo te rascaba la piel.

—Mario. ¿Y tú cómo te llamas?

—¿No me conoces?

—No, nunca te había visto —le contesté.

—Me llamo Sandra.

Fue por Sandra que los párrafos que copiaba con la vieja máquina de escribir no tardaron en convertirse en mis primeros textos originales, una especie de poemas (si es que puede llamarse así a unas frases que salían más del instinto de supervivencia que de cualquier otro lugar) horribles que ahora desearía no haber tecleado. Pero lo cierto es que el simple hecho de poder escribirlos me resultó

de mucha ayuda, y pronto entendí que, tal como veía mi futuro, no tendría otra manera de expresarme. Guardaba todas las hojas en una cajita de lata que enterraba en el huerto de al lado de casa, como si fuera un ataúd donde descansaba en paz mi yo, que no podía mostrar a nadie. Siempre oculto, para mí vivir significaba intentar pasar desapercibido en el mundo que me había tocado. Y cuanto más lo intentaba, más visible me hacía.

Aquellas vacaciones de Navidad la vi por primera vez fuera del colegio. Me había escondido en la cocina de una casa abandonada, porque había divisado a Prats con un tirachinas en la mano. Lo observé pasar unas cuantas veces, buscándome. Primero solo, pero después acompañado por el Chino y Arturet.

—Alguien debería darles una lección.

No recuerdo si oí antes la voz o me llegó el olor a agua dulce, pero volví la cabeza y allí estaba. Con la ropa y el pelo empapados, como siempre.

—Sería peor estar muerto —le dije.

Se acercó a mí y me quitó las gafas y el parche.

—¿Sabes qué es peor que estar muerto? Estar solo sin quererlo. Ven.

Salimos por una ventana medio rota de la parte de atrás y corrimos hasta la orilla del río. Allí, al abrigo seguro de los cañaverales, nos sentamos, y Sandra me enseñó a hacer un barquito con una hoja de carrizo. Lo dejé en el agua y lo seguimos un rato. Por aquel entonces, la orilla del río era el vertedero del pueblo, y esquivamos lavabos y váteres, saltamos montones de escombros, colchones y muebles descoyuntados. El barquito de carrizo seguía su

camino hacia la desembocadura, y vimos una nevera sin puerta a punto de caerse al agua. Sandra me hizo un gesto con la cabeza.

—Coge un puñado de piedras y subamos —me dijo.

La nevera resultó ser una embarcación perfectamente funcional y segura. Pese al frío de diciembre, utilizábamos los brazos como si fueran remos, perseguíamos al barquito y le tirábamos piedras jugando a «gana quien lo hunda», un juego que se había inventado Sandra. El río se extendía tranquilo ante nosotros, y me sentí seguro porque el agua nunca podía agrietarse. Esa tarde fue la primera vez en que me oí reír, y me costó reconocerlo, aceptar esa emoción en mí, como si no tuviera el menor derecho a ella. Sandra me miró.

—Es la primera vez que te ríes, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—Lo haces fatal.

Se echó a reír y yo intenté imitarla, porque suponía que aquella era la manera correcta de hacerlo, pero de mi garganta salió un gemido sincopado que parecía un caballo que quería ser pato que quería ser perro que quería ser persona. Eso hizo reír aún más a Sandra y al mismo tiempo intensificó mis gemidos y los desgarró, y entramos en un bucle de carcajadas y chasquidos en el agua con la palma de la mano. Me dolía la barriga y deseé que todos los días me doliera la barriga así. Al final perdimos de vista el barquito, pero ya no importaba, porque me había tumbado sobre la nevera y miraba el cielo, y mi no-ojo se había estremecido y después se había relajado, había ensayado un deslumbramiento, se había asustado al recibir las salpicaduras del agua y había intentado abrirse al notar el poniente. Estaba vivo.

Cuando llegó el primer cambio de luz de la tarde, Sandra se acercó a las raíces gigantescas de un chopo y volvimos a tierra. Allí ya no me sentía tan seguro como en el agua. Regresamos a la cocina de la casa abandonada y Sandra me puso otra vez el parche y las gafas, que había dejado en el único cajón que se cerraba.

—¿Cuándo volveremos a vernos? ¿Haremos de nuevo lo de la nevera? —le pregunté.

Sandra miró por la ventana.

—Aún no lo sé. Pronto. Ahora deberíamos regresar a casa, está haciéndose tarde. Esos inútiles ya se han marchado, pero ten cuidado, nunca se sabe. Son como las serpientes.

Me dio un beso en la mejilla, se deslizó hacia el comedor y saltó por la misma ventana de la parte de atrás.

Volvía a casa en medio del frío de la tarde por un camino sin casas paralelo al canal de las huertas, el cual regaba naranjas y mandarinas que estaban a punto de recogerse. Se oía ladrar a algún perro, pero la hora era tranquila y el silencio me permitía repasar una y otra vez todo lo que acababa de vivir. Me sorprendí con una sonrisa en los labios que no quería irse de ninguna de las maneras.

Una voz gritó detrás de mí.

—¡Mario! ¡Espérame!

Prats venía con la bicicleta, pero sin el tirachinas, o al menos no lo vi. Toda mi euforia, todo el bienestar, todas las sonrisas que todavía me faltaban por esbozar hasta llegar a casa quedaron ahogados bajo esa voz. Fantaseé, como muchas otras veces en mi vida, con la invisibilidad.

—¿Qué haces? —me preguntó cuando llegó a mi lado.

Bajó de la bicicleta y se puso a andar a mi paso.

—Nada, vuelvo a casa.

—Sube a la bici, que pareces cansado.

Agaché la mirada y negué con la cabeza.

—Sube, hombre, venga, te la dejo.

De detrás de un naranjo salió Arturet.

—Eh, ¿qué hacéis por aquí tan solitos? —nos preguntó con una carcajada.

Se unió a nosotros, y yo me quedé en medio de los dos.

—Le dejo la bici y me dice que no la quiere.

—¿Cómo que no la quiere? Pero si te gusta tanto que siempre la miras. ¿La ves entera o solo ves media?

Aún no había levantado la mirada del suelo y volví a negar con la cabeza.

—¿Cómo que no? —insistió Prats—. ¿Crees que no te veo al salir de clase? Lo que te gustaría que esta bici fuera tuya. ¡Cógela, hombre!

—Déjalo en paz —le dijo Arturet—. Ya sé que quieres hacerle un favor, pero si no quiere, no quiere. No lo hagas rabiar más. —Y me susurró al oído—: ¿Has visto cómo te ayudo? —Le apestaba el aliento.

Seguimos el camino del canal. No se acababa nunca.

Prats se detuvo. Continué caminando, pero él avanzó un poco más rápido y me puso la bicicleta delante para cerrarme el paso.

—Si subes, mañana no te quitaré el bocadillo. Venga, que me hace ilusión verte montado en ella. ¿Qué te cuesta hacerme este favor?

La presencia de Arturet detrás de mí era una tapia de cárcel que no dejaba pasar la luz, que me envolvía y no me permitía respirar bien. Aquí levanté la cabeza. Prats vio mi cara de derrota y sonrió de

la manera que siempre he pensado que sonreiría un animal venenoso.

El sillín me quedaba un poco alto, así que solo tocaba el suelo de puntillas. Cuando iba a empezar a pedalear, Prats me sujetó las manos contra el manillar mientras Arturet me cogía de los muslos para inmovilizarme. Entonces apareció el Chino, aún no sé de dónde, pero supongo que aquel era un lugar pactado, con un manojo muy grande de ortigas recién arrancadas. Llevaba unos guantes de goma gastados que me rascaron la piel de la espalda mientras me levantaba el jersey y me metía debajo las ortigas. Después me frotó por encima de la ropa como si me hiciera un masaje.

La última imagen que tengo de esa tarde es la de los tres montados en la bicicleta alejándose por el camino del canal, pero en realidad me veía metiéndoles manojos y más manojos de ortigas en la boca y en los ojos.

La espalda me ardía como si me hubieran echado un cubo de agua hirviendo.

—¿No ha venido nadie a buscarte?

Llovía. La voz de Sandra me llegó desde atrás y me volví. El agua del cielo matizaba su olor, y por eso esta vez no lo noté tanto. La salida del colegio público de la Santísima Trinidad había ido vaciándose de todas las madres que esperaban a sus hijos con un paraguas abierto y también de las que habían ido a buscarlos en coche. Durante esos minutos, que me resultaron interminables, alargaba el cuello todo lo que podía con la esperanza de verla entre las demás madres. Pero nunca había nadie. Saqué el paraguas que

ella me había regalado con toda la ilusión, aunque más suya que mía, porque supongo que en su cabeza era un sustituto mejor para los días de lluvia.

—¿No ha venido nadie a buscarte? —me repitió.

Me encogí de hombros.

No contesté.

—¿No ves que no te quieren? —me dijo—. Me sabe mal decírtelo, pero tu familia no es buena gente.

Ese mediodía, Sandra tenía la misma mirada traslúcida del cielo nublado.

—No han podido venir —le respondí.

—Está bien que quieras engañarte, todo el mundo lo hace para aguantar el día a día; si no, se tirarían al río todos. Pero lo mejor es no confiar nunca en nadie. Vamos, que te acompaño a casa.

Esta vez no me quitó el parche ni las gafas, y eso me decepcionó, porque yo quería verla tal como era en realidad y también porque habría querido que mi no-ojo se mojara. Abrí el paraguas. Me rodeó el cuello con el brazo y caminamos bajo la lluvia. La consistencia de su carne era blanda, casi pastosa, y un nuevo olor parecía hacer todo lo posible por subirle a la superficie, un olor a musgo y a hongos.

—¿Y tú dónde vives? —le pregunté.

—Un día de estos te lo enseñaré. ¿Hoy se han metido mucho contigo?

Arturet me había bajado los pantalones y los calzoncillos cuando salimos al patio, pero me daba mucha vergüenza decírselo, así que mentí.

—Hoy nos hemos quedado en clase por el mal tiempo. Por eso no he pasado a verte.

En realidad todavía no había empezado a llover. Había dejado caer el bocadillo que me había hecho mi madre para subirme los pantalones, había corrido a encerrarme en el lavabo y allí me había quedado hasta que sonó el timbre. Tenía hambre, pero preferí aguantármela. Vinieron tres o cuatro veces, golpearon la puerta con la palma de la mano e hicieron mucho ruido. Cuando salí, dos niños chutaban lo que quedaba de mi bocadillo mientras el maestro los llamaba para que volvieran a clase.

Sandra me miró.

—He estado esperándote. Creía que ya no querías volver a verme.

—Sí, sí que quiero. Quiero volver a jugar a lo de que gana quien lo hunda. En el río, con la nevera.

—Volveremos a ir, pero no hace falta que me engañes.

La carne de su brazo ahora pesaba más y se me derramó por toda la espalda.

—No te engaño.

—Mario…, yo conozco un montón de cosas que tú no sabes, que nadie más sabe… ¿Cómo te lo diría…? Mira… ¿Ves a ese hombre? —Sandra hizo un gesto con las cejas. Al otro lado de la calle de tierra del colegio público de la Santísima Trinidad, el señor Pepe, un solterón que a la salida de la misa de las fiestas de San Roque siempre se juntaba con la rondalla y cantaba jotas de picardía, estaba recolocando las macetas para aprovechar el agua de la lluvia —. Tenía un perro y un día se le escapó —continuó Sandra—. Todo el barrio lo ayudó a buscarlo y cada noche le hacían compañía después de cenar porque les daba pena. El señor Pepe les ofrecía

mistela y *coquetes* y se pasaban horas hablando. Pero ¿sabes qué?, el perro no se le escapó. Una noche vi cómo le aplastaba la cabeza con un martillo así de grande. Ahora tiene otro perro…, y no tardará en decir que también se le ha escapado.

Volví la cabeza hacia atrás. El señor Pepe había apartado la cortina de la puerta con una mano mientras se secaba las alpargatas antes de entrar en casa. Las macetas parecían colocadas con escuadra y cartabón.

—¿Caramelo no se escapó?

—Esa misma noche lo metió en un saco y lo tiró al río atado a una piedra.

—Pero… ¿el señor Pepe? No me lo creo.

—Al señor Pepe solo le hacen un poco de caso en las fiestas, cuando canta con la rondalla, pero siempre se ha sentido muy solo. Después de morir su madre, los vecinos iban a hacerle compañía por las noches, pero eso solo duró un tiempo. Luego la gente volvió a su día a día, y al señor Pepe ya no le quedaban excusas para que fueran a visitarlo. ¿Lo entiendes? Tú no sabes lo que es sentirte querido, pero es lo más fuerte que existe, es como un rayo que te parte por la mitad. Y cuando lo has probado, ya no puedes vivir sin eso.

Me encogí de hombros.

—Harías cualquier cosa por un poco de amor —continuó Sandra—, por sentirte querido, y lo harías sin darte cuenta, ni siquiera te lo pensarías. Te dejarías manipular sin querer y ni lo sabrías. Yo he visto cosas que dan miedo de verdad, Mario, he visto a personas negarse a sí mismas para no quedarse solas, por solo unas migajas de cariño.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Igual que sé que no os habéis quedado en clase esta mañana. He visto que Arturet te bajaba el pantalón y que tú corrías hacia el lavabo. ¿Es por él y por los otros dos que entierras las piedras en los cipreses?

—Son talismanes, llevo años haciéndolo —le dije.

—Pues no funcionan. —Aquí su voz sonó casi como una orden.

—Algún día pasará, ya lo verás.

—Sí que pasará. ¿Tú quieres que pase?

No dije que sí. Tampoco dije que no.

Seguimos caminando un rato en silencio.

—Yo puedo ayudarte —me dijo Sandra—; mis talismanes funcionarán mejor que los tuyos, pero tienes que saber utilizarlos.

El olor a musgo y a hongos salió a la superficie.

—¿Tú también tienes algunos? No sé… ¿Por qué quieres ayudarme? —le pregunté sin mirarla.

—No sé cuántos años llevo por aquí ni tampoco cómo llegué, pero ya soy vieja, estoy cansada y quiero marcharme, y no puedo de ninguna de las maneras. Cuando nos encontramos aquel día en el colegio, noté que me mirabas y que podías verme, y eso no puede ser una casualidad. Tanto tiempo paseándome por todo el pueblo y nadie había sido capaz de verme hasta ahora. Aún no sé cómo, pero sé que puedes ayudarme a marcharme… Por eso quiero protegerte.

—¿Y cómo son esos talismanes? ¿Dónde los guardas?

Sandra se señaló la boca con el dedo.

—Aquí —me dijo. El agua volvía a chorrearle por los dientes y le goteaba del paladar—. Y son los mejores porque no pueden verse, no pueden tocarse, nadie puede quitártelos y no hay defensa posible

contra ellos. Yo conozco secretos del pueblo que nunca le he contado a nadie. Si quieres, te enseñaré a utilizarlos. ¿Sabes el hermano del Chino? Cada dos meses sale con una chica diferente, y ahora tiene una aquí y otra en Amposta, y en cuanto puede lo cuenta en voz alta en la taberna y se cree muy importante.

—El Chino dice que es el mejor y que cuando sea mayor quiere ser como él.

—Hace todo eso para que no se note que quiere a un hombre. Los he visto besarse las noches de luna cuando dicen que van a cazar. El Chino los descubrió, y su hermano le pegó una paliza y le dijo que lo ahogaría en el canal si lo contaba.

Una parte de mi cerebro que desconocía que existía se despertó y empezó a hacer ruido.

—¿Y Prats también tiene secretos? —le pregunté.

—Prats… Prats todavía se mea en la cama —murmuró Sandra—, porque sabe que su madre y don Fernando se envían cartas de amor cada semana. Un día que estaba poniendo ratoneras en el gallinero las encontró enterradas dentro de una cajita de lata. Prats se mea cada noche porque, si su padre llega a enterarse, la matará primero a ella y luego a don Fernando. Pero lo que seguramente le da más miedo no es eso. Es que, como no tiene más familia, lo llevarían a un orfanato.

—Don Fernando nunca riñe a Prats.

—Ni lo reñirá… mientras la cajita de lata siga enterrada. Como los secretos. Y sé un montón más de mucha gente, y si quieres dejar de ser la persona que eres, te diré cómo utilizarlos. De momento tienes estos tres, y puedes hacer lo que quieras con ellos.

—Solo me has contado dos.

—El de Arturet ya lo verás tú mismo en persona un día de estos, no te preocupes.

Durante la caminata, Sandra siguió arrancando algunas de las máscaras que muchas personas del pueblo utilizaban para ocultar sus sombras. En todas las casas había una, a veces dos y tres, y todo lo que se escondía detrás me acabó liberando. También me hizo sentir poderoso, porque, en comparación, aquello que me habían obligado a ocultar detrás del parche era muy poca cosa. Y al menos mi familia no fingía nada: todo el mundo sabía que mi madre era una drogadicta y que mi padre era un parásito.

Habíamos llegado ya a casa y le dije a Sandra que entrara, que podía quedarse a comer. Cuando abrí la puerta intentó dar un paso, pero se quedó clavada en el suelo.

—No puedo entrar —me dijo.

—¿Por qué no?

—Aquí no soy bienvenida. Mario, tienes que prometerme algo. No puedes decirle a nadie que me conoces, ni que somos amigos ni que me has visto. ¿De acuerdo? Ahora no puedo explicártelo, pero tienes que confiar en mí. ¿SÍ?

—Pero yo sí que…

No pude acabar la frase porque la voz de mi tía Sisca me interrumpió. Había salido de la cochera y estaba en medio de la calle con los brazos en jarras.

—¿Qué haces hablando solo? —me preguntó acercándose como si tuviera prisa.

Me cogió por los hombros con las dos manos y me miró.

—Qué mal hueles. ¿Dónde has estado?

—Me he mojado un poco volviendo del colegio.

Me olió el pelo y las manos, me dio la vuelta y me tocó la espalda.

—¿De dónde vienes?

—Del colegio, he venido directo a casa —le contesté.

Levantó el felpudo que teníamos en la puerta e hizo la señal de la cruz en el suelo con el pie. Levantó el dedo índice y lo acercó a mí hasta casi tocarme la punta de la nariz.

—Vas por mal camino —me dijo.

Cuando se marchó, Sandra ya no estaba.

2

28 de junio de 1983

Mario es el líder de los cuatro, de momento es lo único que sé. Nunca lo habría dicho, con esa manera de caminar, esas gafas y esos trozos de esparadrapo mal pegados en el ojo. He oído decir que si tienes la mala suerte de ver lo que hay debajo, sabrás qué día te morirás y cómo. Me parece fascinante.

Me gustaría saber más cosas de este grupo, pero no sé si acercarme a ellos. La verdad es que…, no sé cómo decirlo…, me dan un poco de miedo y a la vez me parecen un poco cómicos.

Ya veremos.

29 de junio de 1983

Mi madre dice que el mal de verdad siempre nos viene de dentro, nunca de fuera. Yo no lo sé.

Me llamo Joana K., tengo diecisiete años, y todo esto, que hayamos venido aquí y que me haya encontrado con ellos, de ninguna manera puede ser una coincidencia. La nuestra es una familia feliz, como lo son todas las de nuestro entorno, pero

también, como en muchos matrimonios de nuestro entorno, no veo que mis padres estén realmente satisfechos con su vida. Creo que se hicieron novios porque era lo que les tocaba, se casaron porque era lo que les tocaba y me tuvieron a mí porque era lo que les tocaba. Y mi padre va a trabajar porque es lo que le toca y mi madre siempre ha cuidado de la casa y de mí porque es lo que le toca, pero es evidente que ninguno de los dos sentía la necesidad real de tener una hija. Algunas amigas mías opinan lo mismo de sus propias familias.

La manera de quererme de mi padre es que nunca me falte nada material, asegurarse de que mi vida física esté preservada y protegerme de los depredadores, aunque no sepa exactamente quiénes son, más o menos como si yo fuera una cacatúa que has adquirido porque te hace gracia, porque es pequeña y te apetece mucho hacerle carantoñas, y todos tus conocidos tienen una y no dejan de decirte que tú también deberías tener una y que no puede ser que no tengas una, que te cambia la vida, aunque tú no estés nada seguro de que quieras un cambio así en tu vida. Una cacatúa, por cierto, a la que hay que dar de comer tres veces al día y a la que hablas con monosílabos y frases cortas como si fuera un ser disfuncional, y que te hace gracia cuando repite todo lo que le has enseñado. Una cacatúa que va creciendo y a la que tendrías que educar, aunque no termines de ser consciente de ello, y a la que llega un momento en el que te ves obligado a ponerle un trapo oscuro por encima de la jaula cuando quieres un rato de silencio, porque no se calla cuando dan las noticias o porque te distrae justo en el momento en el que está a punto de marcar el Barça y no te deja disfrutar del instante de éxtasis efímero, interior e individual

que experimentas cuando el balón entra por fin en la portería. Y de vez en cuando pienso que me habría devuelto a la tienda si hubiera tenido la posibilidad. Y a veces también pienso que se ha arrepentido muchas veces del alto precio que pagó por aquel orgasmo. Pero no le guardo rencor. No da para más. Se limita a hacer lo que sus inexistentes habilidades emocionales consideran correcto en cada momento. En el fondo lo compadezco. Le quiero.

Mi madre es y era demasiado inteligente para no sospecharlo, pero cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde y yo ya estaba en el mundo, y me quiere demasiado para ponerme en peligro. Ha dado su vida por mí, todo lo que habría querido ser y todo lo que no, lo ha sacrificado todo para que yo tenga la vida que ella no ha podido tener. Quiere protegerme y a veces me ahoga. Está muy claro que intenta compensar el vacío de mi padre, no la culpo por eso, pero siempre se le va la mano, y la temperatura de nuestra casa nunca es equilibrada: o te congelas o te quemas. Según ella, soy perfecta en todo, soy la mejor en todo, nunca ha criticado nada de lo que hago ni de lo que pienso, y jamás puedo pedirle su opinión porque sé que no me servirá de nada y no me ayudará a mejorar en nada de lo que me proponga en la vida. También la compadezco. En realidad, ella nació artista y creo que el mundo ha perdido a una magnífica pintora o escultora, o cualquier otra disciplina que hubiera intentado. Siempre ha hecho todo lo posible por no dar la lata, por no ser la piedra que desequilibrara a la familia; por eso siempre dice que sí a todo lo que propone mi padre y lo habría acompañado a invadir algún país extranjero si él se lo hubiera pedido.

Llevamos una semana aquí. Mi padre dice que salir de casa y viajar te abre la mente y te enriquece como persona. Yo no estoy de

acuerdo. Creo que si eres imbécil y viajas, seguirás siendo imbécil, pero en otro sitio. Varias amigas mías piensan lo mismo. Hemos alquilado una casa para todo el verano porque a mi padre le ha dado por la pesca y nos contó que hay un delta a unas horas en coche y que es un buen lugar para practicarla. El año pasado fue la bicicleta, y el anterior, la guitarra, y el de antes, una inexplicable afición por la astronomía que le hizo pasar muchas noches fuera de casa. Son arrebatos que siempre le duran un verano, y sospecho que es una excusa para intentar pasar las mínimas horas posibles con nosotras a lo largo de las vacaciones. Los escondrijos que le ofrece la ciudad no deben de gustarle lo suficiente.

Este lugar es muy peculiar. Cuando dejamos la carretera nacional y llegamos al Delta, tuve la sensación de haber entrado por una puerta que en esos momentos estaba abierta, pero que alguien que estaba esperándonos cerraba enseguida detrás de nosotros. La radio dejó de funcionar y fuera tampoco se oía nada, como si se hubieran estropeado los altavoces del mundo. La luz del sol tenía textura, y la atmósfera también tenía esa misma textura, de manera que casi podías ver que el aire se apartaba, perezoso, para dejarnos pasar.

Antes de dirigirnos al pueblo, mi padre insistió en dar una vuelta para mostrarnos los lugares que había estado mirando y en los que decía que había muchos peces. Los arrozales estaban verdes, y todo lo que veíamos eran arrozales, y esa exuberancia era casi insolente, y solo algunos caminos de tierra la interrumpían. Ahora veíamos también la bahía. A cierta distancia, en el mar, había unas construcciones gigantescas, en teoría humanas, pero que parecían organismos vivos que flotaban inmóviles, como esqueletos

prehistóricos a medio excavar. Mi padre las señaló y dijo que eran mejilloneras.

Detuvo el coche, sacó unos prismáticos de la guantera y me los dio. «Mira». Habría como una docena, y eran una especie de barracas de una planta edificadas sobre palos y travesaños de madera que se hundían en el agua y que se extendían por los alrededores. Tenían siglos, estaban totalmente cubiertas de una vegetación parecida al musgo y había eucaliptos mucho más altos y frondosos que las casas, y en los tejados también crecían plantas que parecían las lianas que he visto en películas de la selva y que reptaban por los troncos de los eucaliptos, las que podían, y las que no, caían desmadejadas sobre las fachadas, que seguramente hace siglos eran de color blanco. Parecían trozos de jungla que no hubieran sabido encajar donde les correspondía. No había ni un ángulo recto. La naturaleza odia los ángulos rectos.

En un tono de voz que sonó ilusionado, mi padre nos comentó que un día de estos nos acercaríamos a echarles un vistazo. Él, mi madre y yo sabíamos que el noventa y nueve por ciento de esa frase era mentira. En mi habitación todavía tengo una lista, que dejé inacabada por aburrimiento a los trece años, en la que iba anotando todas las actividades que íbamos a hacer, a veces los dos solos, a veces los tres. Tres amigas mías también tienen una lista parecida en sus respectivas habitaciones.

Sin embargo, mi padre nos dijo que no sabía si nos alquilarían alguna barquita, porque parece que son lugares muy antiguos y mágicos y nadie se atreve a perder una barca allí, y aun menos a ir. Mi madre, con un suspiro final que cambió totalmente el carácter de la frase, le preguntó qué quería decir con «mágicos», y mi padre le

explicó que las construyeron hace siglos personas que abandonaron la tierra porque en el agua se sentían más seguras. Entonces nos preguntó si creíamos en los fantasmas.

Mi madre resopló, volvió la cabeza hacia la ventanilla y la conversación acabó ahí.

3

Durante mucho tiempo creí que me había enamorado de Sandra, de la persona, fuera lo que fuese. Pero el amor no existía, lo vi muchas veces en las personas que me rodeaban. No era más que una convención, una justificación, un pacto. Una necesidad. Existía el cariño, la admiración, el aprecio, la ilusión, pero también las condiciones, los miedos, la necesidad de aceptación, la validación, la pena, la culpa, el querer mantener una imagen, el qué dirán, el aburrimiento, que se disfrazaba de una rutina necesaria, el conformarse con algo que no querías del todo, pero que con la ropa adecuada y una buena capa de maquillaje se convertía en una comodidad comprensible, aunque nunca justificable. Y unas no podían sobrevivir sin las otras. «Cuando me muera lo entenderás». Ahora entiendo que, en realidad, a lo único que se le podía llamar «amor» era a lo que sentía una madre por su hijo, pero es que la mía ponía condiciones para quererme, y yo no podía cumplirlas todas.

Aun así, ahora me gustaría poder decirle tantas cosas… Me gustaría agradecerle el disfraz de pirata que cada año me cosía para carnaval, aunque la elección no fuera casual y lo hiciera más por ella que por mí. Me gustaría darle las gracias por todos los bocadillos que me hizo para la hora del recreo, aunque nunca supo que la

mayoría acabaron tirados por el suelo del patio del colegio público de la Santísima Trinidad. El bocadillo de cada día fue lo único que siguió haciendo hasta el final. Creo que intuía que ese trozo de pan relleno era la última migaja de madre que le quedaba, el último aliento que nos unía, y se aferraba a él como si fuera a salvarnos la vida a los dos. Podría verse como una heroicidad, pero no dejaba de ser una rendición; en el fondo, ambos conceptos están íntimamente relacionados. Ahora sé que esos bocadillos siempre tuvieron el sabor de una familia feliz.

Querría que me explicara cómo consiguió que no se me quedara para siempre el mote de «el Tuertito», como habían intentado la mayoría de los niños de mi clase, espoleados por el Chino. Y sobre todo me habría gustado quitarle la cuerda invisible que llevaba atada al cuello y que le tensaba la voz, y decirle que entiendo y que le perdono las muchas veces que me quedé esperándola solo al salir de clase. Todo esto le habría dicho, y mucho más, pero no tuve tiempo y, aunque lo he intentado, no he podido encontrar la tumba a la que llevarle flores. Lo que sé es que la que me ha hablado antes no era mi madre.

Estoy seguro de que mi padre entendió pronto los pinchazos y los morados en los brazos de mi madre, y es probable que pensara que «solo» eran cuatro picaduras. Siempre decía frases así. «Solo he tenido un infarto», «solo me he comido tres platos de anguila», «solo he hecho cuatro horas de siesta». Esta manera de utilizar el adverbio me resultaba profundamente irritante, pero nunca se lo dije porque tampoco habría servido de nada. Él sabía qué era la heroína y conocía sus consecuencias. Hacía poco que la droga había llegado al pueblo, pero ya se sabía de algún caso de sobredosis, y mi padre

no era ningún imbécil. Aun así, el temor a que lo abandonara si decía algo, si ponía algún límite, hizo que se callara; y se calló, y fue la persona que no salta desde el vigésimo piso de un edificio en llamas porque prefiere morir quemada antes que estrellada contra el suelo. Intento no guardarle rencor, pero me resulta imposible. De alguna manera, gracias a la heroína aprendí a cuidarme solo, y me ha sido muy útil en estas épocas de incertidumbre, sobre todo para no tenerles miedo cuando vienen.

No sé cuánto tiempo llevo aquí. Es una casa en la que solo vivo yo, y supongo que la elegí porque me recordaba a la de mi pueblo, aunque parece que sea su bisabuela. Ya casi no le quedan pulmones, pero la oigo respirar, y eso hace que haya querido quedarme, aunque ellas hayan intentado echarme de todas las maneras posibles. Por suerte, también tiene una biblioteca. Antes de nacer yo, y antes del infarto, mi padre había recogido y limpiado sus libros, y los reordenó para el hijo perfecto que algún día no muy lejano lo completaría como hombre. Empezó por el estante que casi tocaba el suelo, donde colocó los libros más fáciles según la edad que yo tendría cuando fuera capaz de llegar a la balda. Y así siguió hasta el estante superior, donde dejó los libros que yo no podría leer hasta que fuera mayor de edad. No puedo imaginar su decepción cuando me vio en la cuna del hospital de Tortosa, pero no me da pena. Tampoco le hice caso y empecé por los de la estantería más alta.

Aquí nadie me conoce y yo tampoco conozco a nadie. Me está bien. Al principio tenía ganas de hablar con la gente que a veces veía pasar por delante de la casa, pero nunca me atreví a salir. Pronto fue evidente que todo el mundo me ignoraba, y al final lo

dejé correr. Tantas fantasías que había tenido con la invisibilidad cuando iba al colegio y al final lo he conseguido. Aquí solo me siento visible cuando recibo sus visitas, como la de esta noche.

Después de aquella conversación con Sandra el mundo se volvió un lugar tan nuevo… No quiero decir mejor. Seguía sintiéndome liberado y poderoso a la vez, pero también existe un componente importante de decepción cuando se caen las caretas de algunas personas de tu entorno que nunca habrías imaginado que llevaban. Es la gente sobre la que apuntalas una determinada concepción del mundo, de tu mundo, la gente normal a la que ves todos los días realizando la misma rutina y que, de alguna manera, hace que te sientas seguro, porque, por mucho que todo cambie, siempre habrá un asidero al que, por inmutable, te agarrarás cuando todo se tambalee. Personas que son lugares que conoces, lugares a los que volver.

Al día siguiente, cuando salimos al patio, Sandra estaba en medio de la pista de baloncesto. Me cogió de la mano y fuimos a buscar al Chino, que en esos momentos doblaba el cuello mientras apretaba uno de los cinco grifos de la fuente que había debajo del porche del colegio. No parecía tan ligero ni tan despierto como siempre y, cuando terminó de beber y se dio la vuelta, el peso con el que cargaba se hizo visible por primera vez. ¿Cómo es posible que no me hubiera dado cuenta antes? Estaba cansado y sus gestos eran lentos y torpes, de viejo que todavía no entiende la decadencia de su sistema motor fino. Con Sandra a mi lado me sentía más alto que él, y una euforia incontrolable surgió en mi barriga. Me supe capaz de

derribar una muralla. Todo lo que dije durante la conversación me lo dictó ella.

—A partir de ahora serás mi perro. —El Chino me miraba como si fuera un extraterrestre—. A partir de ahora serás mi perro —le repetí —. ¿Lo entiendes?

Desvió los ojos hacia el bocadillo que yo tenía en las manos y se le puso cara de perro.

—¿De qué es hoy? —me preguntó.

—De mortadela. ¿No te gusta?

El Chino me lo quitó, sacó el embutido y tiró el pan al suelo. Lo pisó.

—Dile a la drogada de tu madre que ponga más mortadela —balbuceó con la boca llena.

—Primero le diré que a tu hermano le gustan los hombres. Luego lo contaré por todo el pueblo y diré que me lo has dicho tú, que lo viste besándose con otro cazador en el nido del Toll. Y cómete el pan —añadí con un vaivén de la cabeza—. Los perros se lo comen todo.

El Chino intentó contestarme, pero de la garganta solo le salió un ruido muy parecido al croar de un sapo.

—Mañana le haremos una visita a Prats —me dijo Sandra antes de irse hacia los cipreses.

Esa misma tarde vi la foto por primera vez. Al otro lado de la ventana de la cochera, mi tía Sisca pelaba patatas sentada en una pequeña silla de enea. Cuando me acerqué al cristal y le tapé la luz del sol, se volvió de golpe, como si me hubiera oído gritar. Con la

mano que sujetaba el cuchillo me hizo un gesto para que diera la vuelta y entrara. Delante de la puerta, dos gallinas picoteaban lo que podían por el suelo desnudo; una olla de la que salía un humillo dulce hervía perezosa, durmiéndose sobre el fuego de gas. Mi tía Sisca había convertido la cochera en una vivienda funcional, con una cocina, una especie de sala de estar con un sofá de tres plazas y una chimenea en el rincón. Todo en un mismo espacio sin separadores. La casa la reservaba para ocasiones especiales, que no se sabía cuáles eran, y solo entraba a dormir. Me senté a su lado, pero siguió pelando patatas como si allí no hubiera nadie más.

—¿Con quién andas estos días? —me preguntó al cabo de un rato.

Sus manos se movían como las de un roedor.

—Con nadie. Voy solo, como siempre.

—Mario, no me engañes. —Mi tía Sisca me señalaba con la punta del cuchillo.

Dudé un momento.

—¿Con quién vas? No me engañes —me repitió.

Me quité las gafas y me froté el ojo.

—Mario, dímelo.

—Me he hecho amigo de una niña —le confesé al final.

—¿Una niña? ¿Y de quién es hija? ¿La conozco?

—Se llama Sandra.

Mi tía Sisca hizo una pausa, entrecerró los ojos y me preguntó:

—¿Tú puedes verla?

Asentí.

Suspiró y lanzó el cuchillo y la patata a medio pelar al barreño lleno de agua.

—Esa persona nunca descansará —refunfuñó mientras se secaba las manos y se levantaba—. Ven.

Abrió una puerta que daba acceso a la casa y me guio por un pasillo oscuro y húmedo. El suelo estaba desnivelado, y todo tenía el aspecto triste y frustrante de las cosas que se han hecho viejas sin que las estrenen. El humo de la comida se mezclaba con el olor de la casa, que me recordaba un poco al de las casas de las curanderas. Su habitación reposaba en una penumbra almidonada y desprendía un ligerísimo tufo a meados.

Había un armario de madera negra que brillaba como si fuera de charol. Manipuló algo en su interior y, unos segundos después, sacó un pequeño cofre que en algún momento había sido plateado. Nos sentamos en la cama y lo abrió. Dentro, medio enterradas entre hojas de laurel, flores secas de limonero y ramitas de ruda y de adelfa atadas con un cordel, había varias fotos en blanco y negro. Fue pasándolas hasta que llegó a una en la que un hilo doble de color rojo con una especie de punto de cruz no muy conseguido recorría todo el contorno como un enrejado, como si se hubiera intentado coser una barrera física para que las personas de la foto no pudieran escapar. Se veía a un grupo numeroso de niños y niñas, quizá quince o veinte, unos de pie y otros sentados, y parecía un día de excursión al mar.

—Los viejos de antes decían que las fotos eran brujería. Mira, esta soy yo —me dijo mi tía Sisca colocando la punta del índice en el pecho de una niña. Después movió el dedo un centímetro a la izquierda—. ¿A esta la conoces?

Tuve que acercarme la foto porque me costaba distinguir las caras, pero a su lado, rodeándole el cuello con el brazo, reconocí a

Sandra. Las facciones estaban borrosas, pero la ropa era la misma, y la pose también.

—¿Es ella? —insistió.

—Sí, es Sandra.

—No se llama Sandra. Te ha engañado, como me engañó a mí. Esta es Cintín, yo la tenía por amiga cuando éramos pequeñas, pero era mala.

—Pero esta foto es de hace un montón de años. ¿Por qué sale igualita que ahora?

—Pues porque ella ya no es de este mundo.

Apenas pude balbucear la pregunta.

—¿Qui-quieres decir que… que ella está…?

Mi tía Sisca se levantó y se aseguró de que la ventana estuviera bien cerrada.

—No, no está muerta —me dijo con un suspiro mientras se sentaba de nuevo en la cama—. Está mal enterrada. Ellos tenían un montón de dinero, tenían tierras y jornaleros. Nosotros a duras penas podíamos hacer las tres comidas al día. No teníamos nada, pero éramos felices. En invierno no teníamos mantas, y mi padre y mi madre nos metían entre ellos a tu abuela y a mí y nos contaban historias que hacían que nos meáramos de la risa. Era solo un momento, pero cuando te ríes ya no te acuerdas del frío ni del hambre, y no tienes miedo de ninguna cosa, y ya habría podido venir una riada, que a los que estábamos metidos en esa cama no nos habría pasado nada.

»Ella lo tenía todo y no tenía nada. Su despensa siempre estaba llena, pero venía a merendar a nuestra casa porque decía que la comida de mi madre tenía el sabor de un abrazo. Y hala, dale pan,

que no nos sobraba; y vino, que tampoco nos sobraba, y azúcar, que tampoco nos sobraba. Luego íbamos a la orilla del río, medio borrachas, aunque nosotras no lo sabíamos, y yo le decía que me gustaría tener lo que tenía ella, y ella me contestaba que le gustaría tener lo que tenía yo. Yo no lo entendía, y ella me decía que de hambre en el pueblo no se moriría nadie, que siempre podías poner una trampa o lanzar una red, pero que con eso nunca ibas a poder recibir ningún abrazo, que al amor de verdad no tienes que engañarlo para tenerlo; que si lo engañas, lo matas. Siempre queremos lo que no tenemos, y cuando te haces vieja ves lo poco que sabías. Los ojos no siempre nos dicen la verdad, Mario. A veces solo ven lo que queremos que vean. Ahora tengo de todo y no soy ni la mitad de feliz de lo que lo era entonces.

Mi tía Sisca se levantó, cogió un pañuelo de un cajón de la mesita de noche y se secó los ojos.

—¿Y qué pasó? —le pregunté.

—Éramos cada día más amigas —continuó, hablando de cara a la pared—, y Cintín pasaba cada vez más tiempo conmigo. Noté que intentaba imitar mis gestos, mi manera de reír, mi manera de hablar, diría que hasta mi voz. Empezó a peinarse como yo. Muchos días se quedaba también a comer, y casi pasaba más horas en nuestra casa que en la suya. Me daba ropa que no le gustaba, ropa buena que se había puesto solo una o dos veces, porque tenía muchísima, y me la cambiaba por la mía. Y yo, imagínate, contentísima de ir tan arreglada. Fíjate tú que a veces mi madre hasta nos confundía de espaldas, porque además éramos de la misma edad y teníamos una constitución muy parecida.

»Un día me dijo que fuéramos a jugar a su casa. Le habían comprado un caballo y le hacía mucha ilusión enseñármelo. Ellos vivían en la masía y ya tenían coche en aquellos tiempos, para que veas quiénes eran, pero nosotros no, y vinieron a buscarme a casa. En la finca, el caballo ya estaba preparado y un hombre lo cogía por las correas. Cintín me había preparado un traje de montar con unas botas por la rodilla de color negro que hasta brillaban, tendrías que haberlas visto. Subí al caballo y me dijo que el jornalero me pasearía por toda la finca y me enseñaría los flamencos. Me dio una bolsa de tela de saco con pan, jamón y chocolate, y dos botellas de agua. Ella no podía venir, ahora no recuerdo por qué, y se quedó en medio de la era diciéndome adiós con la mano levantada.

Mi tía Sisca se giró y volvió a sentarse a mi lado. Los ojos se le empequeñecieron.

—¿Y mi abuela nunca iba con vosotras? —le pregunté.

—No, ella era mayor y era más de mi padre; siempre estaba con él en el arrozal. —Se pasó la lengua por los labios y continuó contando la historia—: No sé cuántas horas estuve dando vueltas por toda la finca montada en el caballo, pero debía de ser ya media tarde cuando regresamos a la masía, porque me había terminado toda la comida y toda la bebida y volvía a tener hambre. Cintín no estaba y el coche tampoco, y me volví a pie, un poco aturdida, pero contenta de haber pasado un día buenísimo.

»Su coche estaba aparcado delante de nuestra casa. Cuando abrí la puerta oí risas. Mi madre estaba sentada en una silla, y de pie, a su lado, peinándola, vestida con mi ropa, estaba Cintín. «¿Qué estás haciendo aquí?», le pregunté sin entender de qué iba la película. «Mira, no es nada… Me ha cortado el pelo hace un momento y ahora

esperaba a que vinieras». Esto lo dijo sin dejar de peinar a mi madre, muy tranquila, como si viviera allí, pidiéndome casi explicaciones por haberle hecho esa pregunta. Yo quería contestarle, pero no sabía qué, y no sé si llegué a decirle algo.

—¿Eso fue aquí, en esta casa?

—Sí. En la cocina, mucho antes de hacer las obras. Mi madre solo nos miraba. Y nos escuchaba. No sabía leer ni escribir, pero piensa que era más lista que el hambre. Vaya si lo era. La caló enseguida. A partir de entonces, no sé cómo lo hizo, pero a Cintín le empezó a parecer que la comida de mi madre ya no tenía tanto sabor a abrazo como antes y estaba preocupada por si se había enfadado con ella. «Es que no sé qué pasa, ¿crees que he hecho algo mal?», me decía. Entonces todo era aún más una balsa de aceite. Cintín nos traía toda la comida que podía, comida buena de su casa que nosotros a duras penas olíamos de lejos, y con eso nos tenía ganados. Ropa ya no me traía, pero nunca me devolvió la mía y seguía peinándose igual que yo. Más tarde intentó dos o tres veces que yo montara otra vez al caballo, pero yo ya no tenía ganas, porque un presentimiento había abierto una grieta dentro de mí. Aun así, siempre veía el lado bueno de las cosas, y volví la cabeza e hice como si nada hubiera pasado. La verdad es que tampoco sabía qué había pasado, o si en realidad había pasado algo.

»Recuerdo que era a principios del mes de agosto, porque todo el pueblo estaba montando la plaza. Cintín y yo estábamos en el río. Habíamos descubierto una playita y ella me había traído una tableta de chocolate que le había regalado no sé quién. «Este tiene leche y azúcar, ya verás lo rico que está». Olía muy bien y era mucho más delgado que las tabletas de chocolate negro que me había traído

siempre. Pero cuando le di el primer bocado me subió un sabor a almendras amargas por toda la lengua y lo escupí enseguida. Lo que recuerdo después es que estaba dentro del río, braceando para no ahogarme. El agua me revolcaba como si no tuviera huesos en el cuerpo. Un remolino me absorbió y ahí creí que se acababa todo. Pude sacar la cabeza y coger un poco de aire, pero la corriente se me llevaba río abajo. Desde la orilla, Cintín me seguía entre las cañas. «¡Perdóname!», gritaba. Tendrías que haberla oído. Yo estiraba el brazo cuando podía y le pedía ayuda, pero ella negaba con la cabeza y solo me decía que la perdonara.

Le costó pronunciar esta última frase porque la lengua se le pegaba al paladar.

—Anda, tráeme un vaso de agua de la cocina.

Se lo bebió de un trago y siguió hablando.

—Cuando ya creía que no me quedaban fuerzas, pude agarrarme a un animal muerto y lo utilicé como flotador para llegar a la orilla. Agotada y sin entender lo que acababa de pasar, me volví a casa. Se lo conté a mi madre, pero no se sorprendió. «No te preocupes, que no volverá a hacerlo», me dijo. Nosotras no se lo contamos a nadie, ya te lo imaginas; nos habrían tratado de locas, ellos tan ricos y nosotros tan pobres, a ver a quién habrían creído. Además, sabe Dios lo que nos habría hecho esa familia, si medio pueblo continuaba siendo suyo.

»Pero Cintín siguió viniendo a casa como si no hubiera pasado nada, para que veas la poca vergüenza que tenía y lo segura que estaba de que no diríamos nada. Mi madre, pobrecita, le hacía la merienda como siempre. Una tarde de finales de agosto no vino. Al día siguiente tampoco ni al otro. El 1 de septiembre llegó la noticia:

Cintín había muerto. De una enfermedad de las malas, dijeron. Sus padres no quisieron llevarla al cementerio de ninguna de las maneras y quisieron enterrarla en la ermita de la finca. Hubo mucha polémica porque la gente decía que esos entierros traerían problemas, que no importaba el dinero que tuvieran, que en el hoyo todos éramos iguales y que a las personas hay que sepultarlas en el cementerio, que para eso están, que allí tienen compañía y no se les ocurre ir de aquí para allá y hacer sabe Dios qué. Lo recuerdo como si fuera hoy. Un cordón de gente se colocó en la entrada de la finca y no dejaban pasar al cura para el entierro. Pero con el dineral que le pagaban por esa misa…, ¿sabes? Y no se le ocurre otra cosa que levantar los brazos al cielo y hacer no sé qué invocaciones con unos gritos que daban miedo, para ver si la gente se apartaba. No se movió nadie, no, pero un hombre salió del cordón, lo cogió del pecho y lo zarandeó con fuerza. Todo acabó cuando el padre de Cintín salió con la escopeta y disparó tres veces.

Mi tía Sisca se levantó y volvió a comprobar la ventana.

—¿Mató a alguien? —le pregunté.

—No, disparó al aire, pero mucha gente había calculado mal y se había dejado llevar, y después de aquello el hombre echó a todos los que tenían tierras suyas arrendadas. Imagínate, medio término municipal. Y también a aquellos que eran inquilinos de sus casas del pueblo. Un montón de gente se quedó sin nada y no se murieron de hambre porque aquí comida nunca ha faltado, en las lagunas o en cualquier desagüe.

»Un día ardió la ermita. Que se quemó es una manera de hablar. Alguien rompió la puerta, que entonces era de madera, y prendió fuego a todo lo que podía arder: bancos, alfombras, puerta…

Robaron la campana. Al parecer también intentaron derribarla a mazazos, estoy hablando de la ermita, pero ya te imaginas que fue imposible. Hicieron todo el destrozo que pudieron. En aquellos tiempos todavía no había tractores; si no, sabe Dios lo que habría pasado. Lo único que hicieron los padres de Cintín fue ponerle una puerta de hierro colado y venderlo todo. Se marcharon y no volvieron nunca más.

»Al cabo de unos años, los que habían comprado esas tierras querían derribar la masía y la ermita para plantar más arroz, y se pidió permiso para trasladar los restos al cementerio del pueblo. Aquello no había cambiado nada, aún olía a humo y todo. Y también como entonces, todo el pueblo fue hacia allí, un gentío igual que el del día de los toros. Cuando se abrió la lápida, en su interior solo había una caja llena de agua clara, como si fuera caída del cielo. Cintín ya no estaba. Visto ahora con los años, está claro que sus padres se la llevaron, pero parece que a los compradores les entró miedo y al final solo derribaron la masía. La ermita no. A la gente también le entró miedo y ya nadie volvió a meterse allí. Entonces todo el mundo creía mucho más que ahora.

Mi tía Sisca soltó un último suspiro.

—No sé para qué ha venido ahora, pero tú puedes verla, Mario, y puedes hablar con ella; nadie más puede hacerlo. Yo ya sabía que habías nacido con este ojo por alguna razón. No sé qué quiere de ti, pero aléjate de ella, te lo digo por tu bien, y no te creas nada de lo que te diga; solo hace lo que le conviene. A mí ya intentó matarme una vez. No te fíes.

Pero Sandra seguiría siendo Sandra, la niña que conocí aquella mañana de septiembre en el patio del colegio público de la Santísima Trinidad. No fui capaz de cambiarle el nombre ni ninguna otra circunstancia; me resistía a aceptar que mi tía Sisca le hubiera quitado la careta y pasé unos días buscando lógicas que explicaran esa historia de una manera razonable, como he visto hacer muchas veces, por otra parte, cuando buscas excusas para justificar el comportamiento de un ser querido que te ha traicionado y que no quieres creer que lo haya hecho. Pero las personas, más vale aceptarlo, traicionamos, y he visto a algunas personas ponerse una máscara al mismo tiempo que decían te quiero. Personas a las que has dejado entrar en tu vida, personas que no existen, pero que tú mismo has creado sobre la base de tus ilusiones y tus expectativas. Yo preferí agarrarme al bálsamo del autoengaño antes que sentir el navajazo liberador de la verdad. Supervivencia, supongo.

Un viernes apareció a la hora del recreo, detrás de un ciprés.

—Cuando veas a un perro ladrar, no te preocupes —me dijo mientras nos sentábamos en el suelo—; en cuanto le enseñes el palo se irá corriendo. Al que está tumbado mirándote sin hacer nada, al que parece mansito, a ese es al que debes tenerle miedo. Con las personas pasa lo mismo. Nosotros ya tenemos al perro, ahora nos falta un criado.

—¿Arturet?

—Arturet vendrá al final. Ahora le toca a Prats. Mañana por la tarde su madre y don Fernando se verán a escondidas en el molino. Él lo sabe y seguro que los espiará. Ha visto las cartas y se mea en la cama, pero aún no quiere creérselo del todo. Esta vez se le caerá

la venda de los ojos y le dolerá, ya lo verás, y nosotros estaremos allí para consolarlo.

Del molino solo quedaba un almacén, que iba deshaciéndose como si tuviera la lepra, y la gran chimenea de ladrillo rojo. Era la construcción más alta del pueblo después del campanario, el único residuo que quedaba de una especie de revolución industrial que había llegado tarde y mal, como la mayoría de los avances, si es que pueden llamarse así, con los que los forasteros nos habían obsequiado siempre. Los colonos siempre salvando la vida a los indígenas. Qué haríamos sin ellos. Menudas panzadas de reír que nos pegábamos. Pero, a pesar de todo, a pesar de las grietas, nuestros abuelos fueron gentes capaces de vencer nuestra predisposición humana e individual a creernos cada uno el centro absoluto del universo, y posiblemente fue esa manera de estar en el mundo, ese pensar en los demás y en los que vendrán lo que impulsó muchas de las visiones de esas personas, que no tardaron en formar la cooperativa que dejó obsoleto el molino.

Sandra y yo habíamos llegado los primeros y nos escondimos en el altillo, detrás de una pila de cartones que apestaban a meados de rata. Me quitó las gafas y el parche, y desde allí arriba observamos cómo Prats se emboscaba entre unas ruedas de tractor. Le veíamos la cara y parecía que no hubiera dormido en una semana. Me dio pena, pero por un momento no pude evitar admirarlo, porque había sido más valiente que yo y había preferido el navajazo de la verdad. Le envidié.

El sol aún caía con fuerza cuando un olor a perfume atravesó la puerta. Enseguida don Fernando entraba en el almacén. Se quedó de pie, moviéndose, desaparecía en la oscuridad y volvía a aparecer

en la luz difusa, recorría pequeñas distancias una y otra vez sin dejar de arreglarse el pelo y la ropa. Poco después, una sombra se proyectaba en el suelo de la misma puerta medio desvencijada. La madre de Prats se mantuvo allí un instante intentando acostumbrar la vista a la incierta luz que se colaba por las ventanas polvorientas. Entonces una pregunta susurrada seguida de una respuesta también susurrada. Luego caminó hacia don Fernando y don Fernando caminó hacia ella.

Miré a Prats, pero allí ya no había un niño, sino una masa amorfa de pánico, celos y rabia. Los dos estábamos contemplando la misma escena, pero mientras que para él era una película de terror, yo solo veía a dos personas que no podían dejar de hablarse con la mirada, y sus ojos se decían aquí me tienes, y se reencontraban y se abrazaban como si un apocalipsis nuclear los hubiera separado durante un larguísimo periodo de tiempo y no hubieran sabido hasta ese instante en un molino abandonado que el otro había sobrevivido. La alegría de saber que estaban vivos y que se tenían el uno al otro. ¿Era eso el amor? ¿La alegría desbocada de saber que el otro existe?

Se besaron como si sus vidas dependieran de ese beso, y se desnudaron, y se tocaban como si fuera la última vez y fueran conscientes de ello, los únicos a los que se les hubiera revelado la caducidad de la vida. Se deslizaron hacia un rincón donde ya no podíamos verlos y poco después empezaron las respiraciones aceleradas, los gemidos, los monosílabos y los gritos en voz baja. Sandra me miró. Me noté una erección. Prats seguía escondido en las ruedas de tractor, pero ahora solo se le veía la parte superior de la cabeza. Me lo imaginaba tapándose los oídos con las manos para no escuchar aquella tortura. Pero para mí todo aquello era limpio, un

acontecimiento que debía celebrarse en lugar de ocultarse en un almacén abandonado, y en ningún momento me sentí tan incómodo como en casa. Me imaginé a mis padres mirándose, abrazándose, besándose como si fuera la última vez. Ojalá mi madre hubiera sido tan valiente como esa mujer. La euforia me hinchó el pecho y me supe capaz de todo.

Prats fue aún más fácil que el Chino. Se arrodilló a mis pies y me imploró la piedad que él nunca había mostrado conmigo.

—No se lo digas a nadie, por favor.

Ante mí se le descoyuntaron los huesos y se convirtió en una marioneta que habría podido doblar y guardar en una bolsa de tela. Ese poder me gustó.

—¿Lo has visto? —me dijo Sandra mientras veíamos a Prats corriendo hacia su casa—. Ha sido enseñarle el palo, y listo. ¿Quieres que vayamos al río?

—Sí me apetece, lo que pasa es que tendría que ir volviendo a casa. Mis padres no me dicen nada, pero está a punto de ponerse el sol y mi tía Sisca no quiere que vaya por ahí a estas horas.

El olor a musgo y a hongos se interpuso entre nosotros.

—Haz lo que te parezca, pero esa mujer no es tu madre, que diga lo que quiera, ya eres mayorcito. Y mira, si quieres que te lo diga, cuanto más lejos estés de ella, mejor.

—¿Es que la conoces?

—Un poco, de hace muchos años. Fuimos amigas, pero ella era muy envidiosa y no soportaba que yo tuviera todo lo que quería, y

me hacía sentir culpable de que mi familia estuviera mejor que la suya. Es la persona más mala que he conocido nunca.

No supe si salir en defensa de mi tía Sisca y me encogí de hombros en silencio.

—Supongo que no le has dicho que somos amigos… ¿Recuerdas que lo hablamos, no?

Tardé demasiado en contestar.

—¡Mario! —exclamó—. ¡Me lo prometiste! Ahora no sé qué… —Hizo un esfuerzo por calmarse—. Bueno, tampoco pasa nada, algún día tenías que enterarte. ¿Te ha hablado de mí? No sé lo que te habrá contado, pero no te creas nada; nada de lo que te ha dicho es verdad. Ella es la Bruja. Estoy segura de que ella es la que me mató.

Intento caminar por el pasado con los pies descalzos, como si paseara por la orilla de la Marquesa, pero la arena de mi playa esconde cascos de botella rotos. La memoria, como las guerras, también la escriben los vencedores, y a los derrotados solo nos queda construir un museo de recuerdos inventados donde refugiarnos mientras esperamos a que llegue nuestra hora.

La verdad es que aquellos días sí que me construí un museo, un tipo de museo mental en concreto. Era como uno de esos museos de historia natural donde, sumergidas en una solución de formol, se exponen diversas aberraciones del reino animal que no puedes dejar de mirar con una retorcida mezcla de horror y fascinación: un cordero con dos cabezas, dos perros unidos a una misma columna vertebral, etcétera. Era algo así, pero con sentimientos. Sentimientos que no quería mostrar porque me avergonzaba de ellos, porque

tampoco sabía cómo utilizarlos ni cuándo, porque nunca había tenido la oportunidad de usarlos, y también porque podrían hacerme daño, porque creía que alguien podría convertirme en objeto de su escarnio si algún día los expusiera. Aun así, esos sentimientos eran importantes para mí y los sentía tan reales como una pedrada. Por eso creí que era una buena idea construir un museo para conservarlos, para tocarlos, un museo privado donde los sentimientos no estaban disecados dentro de grandes tarros de vidrio transparente llenos de productos químicos, sino que reposaban sobre grandes cojines de seda en vitrinas de vidrio blindado a las que podía acceder cuando lo necesitaba.

Y, justo después del vestíbulo, entraba en la sala de exhibición, abría la vitrina y el sentimiento pasaba a una fase orgánica, y sentía todo el amor que tenía por dar. Y eso me hacía sentir bien. Un poco más adelante abría otra vitrina y podía permitirme sentir «compasión», aunque todavía no sabía qué representaba esa palabra. Y volvía a sentirme bien, me creía seguro porque nadie me vería ni podría burlarse de mí ni tampoco podría utilizar esos sentimientos para hacerme daño.

Lo que se despertó en mí cuando oí esa última frase de Sandra, con la que acusaba a mi tía Sisca de haberla matado, no cabía en el museo que acabo de contar, pero tenía la necesidad de conservarlo igualmente, como una herida que no quería que terminara de curarse, así que escribí la frase en un trozo de papel y la enterré con la cajita de lata. «Los ojos ven lo que nosotros queremos que vean».

Recuerdo que por aquellos días llegaron los feriantes. Las fiestas del solsticio de primavera se celebraban a finales de marzo, y los viejos del pueblo estaban entusiasmados porque se rumoreaba que, después de muchos años sin venir, Catalina volvería a ofrecer su número. Mi tía Sisca me contó que, cuando el Delta era tan nuevo que aún no había piedras, Catalina se había enamorado de un artista francés que venía por primera vez al pueblo y una noche de Jueves Santo maravilló a todo el mundo con unos malabares de cinco antorchas encendidas que lanzaba en la oscuridad como si fueran sortilegios para conjurar las tinieblas. Al día siguiente se embarcó en su carruaje de colores y se fue a conocer mundo, y, cada vez que volvía, Catalina montaba una tienda circular con grandes sábanas de seda gastada y, por una entrada cuyo precio iba aumentando de año en año, les contaba los prodigios de los que había sido testigo: había visto los desiertos de Mesopotamia, había conocido a un rajá del Indostán que había querido casarse con ella, había estado a punto de morir ahogada en el río Amarillo y había convivido con una tribu africana que se alimentaba de los delirios de grandeza de los hombres.

Pero, después de tantos años, todas esas historias ya no impresionaban a la gente porque las habían visto en el cine y en la televisión. Entonces Catalina les hablaba de otros lugares remotos donde había hombres que amaban a hombres, y mujeres que amaban a mujeres, y mujeres que envejecían sin pareja y que no tenían hijos porque no querían y nadie se burlaba de ellas, y algunos hombres del pueblo protestaban porque esas historias les parecían aún más increíbles que la del rajá.

«Qué pocas luces tiene esta mujer», decían cuando terminaba la función.

Los feriantes llegaron con camiones, furgonetas y coches que arrastraban caravanas y remolques con matrículas que no había visto nunca, y tardaron tres o cuatro días en construir su arquitectura de atracciones y puestos. Ya no llevaban jaulas con leones ni cebras amaestradas, pero aún conservaban el número de las serpientes, arreglaban barreños y relojes y afilaban hoces, y eso gustaba mucho. Luego se irían a Illa de Mar y montarían su poblado al lado del cementerio de barcas.

Durante unos días, la monocromía del pueblo quedó alterada por completo: se oían lenguas que utilizaban muy pocas vocales, los olores a especias exóticas sustituyeron al del sofrito de cebolla y tomate, y la comida tenía otro aspecto y otro sabor. Sin embargo, siempre pensé que había algo irremediablemente triste en toda aquella situación, un pacto para ocultar la mediocridad de unos y de otros, un conformarse. Una rendición, esta vez sin heroicidad alguna. Pero aquel mes de marzo los feriantes también trajeron un presentimiento que nadie fue capaz de advertir. Algunos de ellos parecían exiliados y se movían como los reptiles en invierno.

La primera noche, mi tía Sisca me llevó a la función en la tienda de Catalina. La plaza del pueblo retumbaba con la música sintetizada y los gritos de los niños que saludaban a sus padres con las manos desde las atracciones. Todo el mundo tenía unos padres a los que saludar, unos padres que les devolvían el gesto con la mano levantada y una sonrisa genuina de alegría compartida con sus hijos. La envidia se me agarró a la barriga. El Chino y Prats compraban un

cucurucho de churros, y cuando me vieron salieron huyendo a la carrera.

Todas estas atracciones, sus formas, sus colores y sus luces eran excesivos y barrocos, como si hubieran sido ideadas por un ingeniero de algún país comunista en pleno subidón de ácido del bueno. El montaje estaba pensado para actuar sobre un punto concreto del cerebro humano, para jugar con las expectativas y hacer que la gente acudiera como un perro al que le han lanzado un palo. Había también puestos de comida y casetas donde podías disparar con escopetas de aire comprimido y ganar todo tipo de juguetes de plástico de muy mala calidad, si conseguías tumbar tres bolas colocadas en forma de triángulo equilátero. Mi tía Sisca no me dejó intentarlo porque decía que era muy peligroso, que los balines podían rebotar, romperme las gafas y herirme el ojo bueno. «Quita, lo que nos faltaba», me dijo. Al final de la plaza, una cola de gente con el pelo blanco señalaba la entrada a la tienda de Catalina.

Nos sentaron en la cuarta fila, en unas sillas plegables de madera que claramente habían sobrevivido a más de una guerra. Olía mucho a incienso, y eso estaba bien, porque disimulaba el hedor que seguramente desprendían las sábanas de seda con las que se había construido la tienda. Catalina llevaba un vestido de colores como los que yo había visto en los libros sobre tribus africanas. Estaba subida en una tarima de madera de dos palmos de altura, sentada en un sillón de piel negra con las manos apoyadas en la barriga, y esperó en silencio a que el público se acomodara y se callara.

Cuando se apagaron las luces, Sandra salió de entre la gente, subió a la tarima y se colocó a su lado, de pie y de cara al público.

No sé si me miraba a mí o a mi tía Sisca, que no dejaba de rascarse la cara.

—Hoy —dijo Catalina— no voy a contaros ninguna historia, hoy vengo a avisaros. —Aún hablaba como nosotros, pero se le notaban acentos diferentes que iban apareciendo de forma aleatoria—. Hace unos días vi que aumentaba la velocidad de la corriente y que surgían remolinos en las orillas. Vi que el agua se enturbiaba. Puedo decíroslo porque lo sé: las marfantas están bajando por el río, he visto sus sombras. No tardarán, avisad a vuestras familias, decidles que va en serio y prestad atención a las señales, vosotros ya sabéis cuáles son.

El público empezó a murmurar.

Todo el pueblo había oído hablar alguna vez de las marfantas, y las había mencionado en alguna ocasión, era un concepto integrado perfectamente en nuestro vocabulario, pero ninguna de las personas que en ese momento estaban en la tienda de Catalina podía decir que sus abuelos, o que los abuelos de sus abuelos, hubieran vivido una de sus salidas del agua. Esa falta de noticias y de testigos tan prolongada hizo que la palabra fuera afilándose, pero también se utilizaba para asustar a los niños más pequeños cuando habían hecho alguna trastada. Incluso durante el estraperlo de la guerra se le llamaba «marfanta» a una figura hecha con palos y ropa vieja que intentaba representar a un fantasma que asustase a la gente para que no se acercara a las orillas del río donde se hacía el contrabando.

Se decía que la voz era lo único que se conocía de las marfantas, pero nadie podía afirmar que le hubieran contado qué forma tenían. También se decía, y tampoco se sabía si era verdad, que solo podía

verse su sombra y que tenían las uñas de barro y los dientes de caña.

Pero aquellos eran días de transición, y la palabra «marfanta», pronunciada por la voz de Catalina, sonó ominosa, como el viento que empieza a soplar antes de que se desate el temporal de levante que lo arrasará todo. Catalina profetizó todo lo que pasaría después de que las marfantas vinieran a desovar. El agua de los canales y de los arrozales se despertaría, y la tierra y el barro y los animales también. Todos aquellos órganos que engendraban lugar y destino y que habían estado aletargados se levantarían como un solo ser, vivo y sintiente, que también necesitaba alimentarse, como cualquier otro ser vivo y sintiente. Y ese ser adoptaría la forma de una gran boca invisible que prometía y que se mostraba, pero que nunca cumplía. Cuando la boca se cerraba, todo lo que se quedaba dentro ya no tenía nada que hacer, no podía salir. Sin embargo, te quedaba la vida. Una vida que, si no conocías las hondonadas, si no sabías dónde estaban las pozas, si no veías las arenas movedizas, se te resbalaba entre los dedos, como el tiempo.

A mí, ese augurio me pareció poco creíble, pero lo cierto es que todos los que presenciaban la función parecían haber asistido a la confirmación de una historia que habían oído demasiadas veces. Todo el mundo hablaba en voz alta y le contaba al que tenía al lado que ahora entendía ese malestar inexplicable que llevaba días flotando en el aire. Un presentimiento que se notaba, pero que no se sabía identificar. A veces era un dolor de cabeza, a veces la barriga se llenaba de nudos, a veces un pitido constante en el oído. Nadie lo entendía, porque la referencia era demasiado lejana y no

supieron relacionarla con los síntomas, pero ellas lo notaron antes que nadie y ya se habían puesto en camino.

Cuando terminó la función, mi tía Sisca y yo esperamos a que salieran todos y nos acercamos a la tarima. Sandra ya no estaba allí.

Las dos se saludaron como si se hubieran visto el día antes, como si lo supieran todo la una de la otra.

—Él puede verla —le dijo mi tía Sisca señalándome con un vaivén de la cabeza.

Catalina me miró y me sentí desnudo por dentro.

—Sigue por aquí, ¿verdad? —me preguntó—. Ya me lo imaginaba, esa persona nunca descansará. Ojalá vinieran a por ella y se la llevaran. Pero no…

Mi tía Sisca suspiró.

—¿Lo has dicho en serio? ¿Las has visto? —le preguntó.

—Sí, he visto las sombras en el agua. Es cuestión de días, de semanas como mucho, pero no tardarán.

Las dos intentaron disimular a la vez un estremecimiento que las sacudió.

—¿Por qué no me acompañáis al campamento? —preguntó Catalina—. Podéis quedaros a dormir esta noche, en mi caravana hay sitio de sobra para los tres. Recordaremos viejos tiempos, nos sentará bien.

En el poblado solo se quedaban cuatro o cinco personas a vigilarlo, y saludaron a Catalina con la mano. Cuando nos vieron a nosotros le preguntaron con la mirada. «Amigos», les dijo. Los feriantes habían montado su pequeña ciudad efímera a orillas del mar. Habían

dispuesto las caravanas y los remolques en un círculo y, en medio, una hoguera iluminaba mesas y sillas colocadas sin orden aparente. En marzo se agradecía su calor, así que enseguida nos acercamos y nos sentamos. Catalina levantó la mirada y suspiró.

—El cielo del Delta contiene todos los cielos del mundo —dijo—. De todo lo que dejé aquí es lo que más me duele y lo que más echo de menos. Siento que estas estrellas siempre me recordarán y eso me consuela. ¿Sabes, Sisca?, de joven creía que, cuando me muriera, la gente se acordaría de mí aunque transcurrieran todos los años del mundo, y que mis historias pasarían de padres a hijos, pero ahora que soy vieja me parece de una vanidad y de una ignorancia que no se pueden aguantar. El olvido casi siempre triunfa, y eso está bien. Solo tiene que recordarte una persona, tan solo una. En realidad no necesitamos más.

Me levanté para mirar de cerca esos remolques y caravanas con matrículas extrañas. Cuando estaba acercándome a los coches aparcados fuera del campamento, mi tía Sisca me llamó en voz baja.

—Mario, ven, no vayas por ahí.

—Déjalo, que haga lo que le dicte el corazón. El corazón no se equivocará —le dijo Catalina.

—¿Por eso nos has hecho venir?

Catalina sonrió.

Mi tía Sisca asintió hacia mí con la cabeza y salí del círculo. Los coches resultaron ser menos interesantes de lo que creía y caminé un rato a la luz de la luna. Solo se oían los ecos solitarios de los cencerros de los bueyes despiertos que pastaban en los saladares. A mi izquierda, un desierto de tierra oscura y agrietada anhelaba en silencio el agua dulce. A mi derecha, el mar, y un poco más allá, el

cementerio de barcas. Había oído hablar de él, pero era la primera vez que iba hasta allí, que veía toda esa multitud de esqueletos de madera, de algunos que empezaban a serlo sobre unas aguas oscuras que se movían como si estuvieran vivas e intentaran enterrar todos esos cadáveres. Una explosión de sal me entró por el ojo, por la nariz y por la boca. Me acerqué hasta que pisé arena húmeda. A unos cientos de metros aguas adentro, bajo un cielo hundido, un resplandor amortiguado titubeaba sobre el agua. Se extendía por una parte de la bahía y su forma parecía cambiar con cada cabeceo del mar.

Volví junto a la hoguera.

—¿Qué es esa luz que se ve en el mar? —pregunté.

—¿Lo ves? —dijo Catalina mirando a mi tía Sisca—. Te he dicho que el corazón no se equivocaría. ¿No crees que ya es lo bastante mayor para saberlo?

—Es demasiado pequeño todavía, no lo entenderá.

—Pero si es más listo que tú y yo juntas, hija mía. —Entonces se dirigió a mí—: Mira, aquellos fueron más listos que nosotros, porque se construyeron la vida sobre el agua, y el agua no es como la tierra, no puede agrietarse. Mira si lo sabían. El pueblo, la gente de tierra siempre los hemos llamado «Aquellos», y cuando yo era cría se contaban muchas historias sobre ellos, pero en cada casa se oía una diferente, y cuanto más te alejabas del mar, más terroríficas eran. Con mi familia vivíamos al final del pueblo y, para nosotros y para todas las casas del barrio, Aquellos no eran malos, solo estaban tristes y tenían miedo. Esperad.

Fue a su caravana y volvió unos minutos después con un libro en la mano.

—Venid.

Cogimos las sillas y caminamos hasta la orilla del mar. Las olas rompían con cuidado para no hacer ruido. Catalina encendió un candil.

—Este libro era de mi tatarabuela —nos dijo mientras pasaba las páginas—, y siempre me ha acompañado desde aquella noche en la que me fui a conocer mundo. Cada vez que sentía nostalgia me zambullía en sus páginas y así me consolaba. Me lo sé casi de memoria… A ver, espera. —Cerró los ojos—. Sí… Que nunca tengamos miedo de los frutos del pasado y que solo sea lo que hacemos con ellos lo que determine el valor de nuestra ventura y de nuestra desventura. Tenéis que saber, hijos míos, que las marfantas nacieron con la Tierra y que la habitaron mucho antes que los hombres. Entre todos los seres, los vivos y también los inertes, ellas eran únicas porque solo ellas eran seres-espejo, y eran verdad de la manera en que lo es un árbol y el nido que descansa en sus ramas y el pájaro que lo ha construido; como es verdad el agua que corre y el agua que se estanca; eran reales como el calor del sol y como la luna que hace subir y bajar las mareas; ciertas como la luz y como la oscuridad, y como que se necesitan la una a la otra; eran verdad como esta voz que os habla, hijos míos. Las marfantas eran la Verdad. Durante miles de años vivieron en la Tierra y fueron testigos de sus cambios; sufrieron glaciaciones, diluvios y sequías, vieron cómo aparecían las cordilleras y las cimas, las plantas y los animales, y siempre convivieron en armonía con todos los seres de nuestro planeta. Nadie las depredaba porque en aquella época primigenia todo era verdad.

Catalina siguió contándonos que cuando llegaron los hombres todo cambió. Al principio la convivencia fue pacífica, porque nadie temía la verdad. Hasta un día en el que los hombres tomaron conciencia de que dentro de cada uno de ellos habitaba un yo propio e individual, diferente de su yo físico, y de que ese yo intangible podía hacerlos pensar e imaginar cosas e ideas que no existían. Pronto se dieron cuenta de que eran los únicos poseedores de ese tesoro que abría un abismo entre ellos y todos los demás seres de la Tierra.

Nos contó que el tiempo transcurría y que esa conciencia iba haciendo todo lo posible para conservarse primero, pero después para imponerse. Iba urdiéndose a sí misma en el silencio de los años, cada vez más poderosa, y al final acabó por dominar la mente y también el cuerpo de las personas. Les enseñó a ocultarse, a no ser verdad como lo habían sido siempre, les enseñó a reírse por fuera mientras lloraban por dentro y a reírse por dentro mientras lloraban por fuera, les enseñó a decir cosas que no pensaban y a pensar cosas que no decían, y eso lo cambió todo.

Catalina pasó otra página del libro, pero mi tía Sisca la interrumpió.

—Déjame terminar de contárselo. Que el día de mañana no pueda decir que se lo oculté.

Catalina asintió. Mi tía Sisca hinchó el pecho. La historia que siguió contando decía que en poco tiempo la convivencia se resquebrajó, que los hombres ya no soportaban a los seres-espejo porque cada vez les gustaba menos lo que reflejaban. Primero intentaron cambiarlos y les dijeron: «Vosotros no podéis vivir aquí si no dejáis de reflejar y os convertís en lo que queremos». Pero no funcionó,

porque las marfantas no podían cambiar su esencia primordial, no podían dejar de ser espejo y no podían dejar de ser verdad. Los hombres acortaron la primera frase y les dijeron: «Vosotros no podéis vivir aquí». E intentaron expulsarlas, pero tampoco les sirvió de nada, porque las marfantas estaban allí mucho antes que ellos y no querían abandonar su casa. Entonces los hombres acortaron aún más la frase y les dijeron: «Vosotros no podéis vivir». Y empezaron a perseguirlas primero, y a cazarlas después.

Colocaban trampas en los saladares y lazos en los cañaverales, y los saladares y los cañaverales pronto se convirtieron en cementerios al aire libre donde grandes extensiones de seres-espejo se pudrían bajo el sol. Cuando vieron la matanza, los músicos fueron los únicos que protestaron, porque eran los únicos que necesitaban la verdad de las marfantas para existir. Intentaron organizar asambleas y crear debates, pero eran muy pocos y los cazadores se impusieron. Las matanzas no se detenían y las marfantas supervivientes huyeron y se refugiaron bajo el agua. Allí esperaron. El miedo, el resentimiento y la oscuridad las hicieron mutar, y mientras lo hacían, iban multiplicándose. Y siguieron esperando.

Mi tía Sisca miró el resplandor de las mejilloneras y prosiguió la historia.

Contó que aquella primera desavenencia entre los hombres y los músicos se enquistó y fue haciéndose cada vez mayor. Los cazadores, con la soberbia que engendran el triunfo y la conquista, quisieron convertir su visión del mundo en el modelo a seguir por todos. De nuevo, los músicos se rebelaron. Y estalló la Primera Guerra. Las nuevas marfantas, mutadas por el miedo y el resentimiento, lo sintieron enseguida. Sabían que la división era

debilidad y salieron del agua. Pero antes advirtieron de su llegada a quienes las habían defendido.

Los músicos huyeron a la bahía, y allí, entre los ecos de la batalla que se libraba en la tierra, se construyeron una vida sobre el agua. Levantaron cimientos con palos clavados en la arena y travesaños atados con cuerdas, y encima construyeron barracas con tejados a dos aguas. Vivían de lo que les daba el mar y también el cielo, y pronto se dieron cuenta de que los mejillones se agarraban a los palos, y colgaron cuerdas, y cada vez tenían más mejillones, y la vida llevó aún más vida. Por las noches salían del agua y volvían con tierra fértil, y al cabo de poco allí crecían los huertos, la hierba, las plantas trepadoras y también los árboles.

Con el tiempo aprendieron los idiomas del agua, le hablaban cuando estaba triste y le cantaban para tranquilizarla. El agua no les ofrecía protección, solo pertenencia, pero los adoptó, les descubrió la música que había en los ritmos de las olas y en las armonías de la espuma que rompía contra los palos; les enseñó que lo importante nunca está en la superficie y, con la ayuda de las mareas, les demostró que lo que hoy está aquí, mañana quizá ya no, y les dijo cuándo era mejor retirarse y cuándo era necesario avanzar.

Los hombres de la tierra que se atrevieron a enfrentarse con los seres-espejo fueron destruidos, y solo unos pocos que habían aguantado sin salir de sus barracas sobrevivieron. Cuando vieron que habían ganado la guerra y que ya no había más verdades que reflejar, las marfantas volvieron al agua y allí esperaron de nuevo. Y cada vez que la carga de verdades escondidas entre los hombres era más grande que la Verdad, cada vez que la división abría la grieta en la vida de los hombres, las marfantas salían del agua. Se decía que a

alimentarse, pero también se sospechaba que salían a desovar, porque los huevos tenían más éxito en la tierra que en el agua.

—Estas son las marfantas que bajan por el río —dijo Catalina.

Me sacudí en la silla. El mar se había alterado un poco. Mi tía Sisca reanudó la historia: la vida continuó para las dos comunidades. Pronto, los supervivientes que se habían quedado en tierra envidiaron la prosperidad que habían conseguido los músicos y empezaron a llamarlos «Aquellos». Intentaron acercarse, pero esta vez el agua ya tenía dueño y no fueron bien recibidos. El rechazo engendró rencor. Aquellos no tenían mecanismos de defensa, pero las marfantas sintieron de nuevo la división, volvieron a salir del agua y los ayudaron a ganar la Segunda Guerra. Los hombres regresaron a las barracas y Aquellos se quedaron en la bahía.

Pasaron los años, hasta que una enfermedad que llegó del mar infectó el agua de la bahía. Un grupo de Aquellos salieron a la tierra y la recorrieron en busca de ayuda, pero la gente huía de ellos al reconocer su olor a sal. Cuando volvieron al mar tiempo después, las mejilloneras se habían marchitado y Aquellos y su música habían desaparecido.

Los tres volvimos la cabeza hacia la bahía y nos quedamos un rato sin decir nada. Las olas volvían a reducir su cadencia, a punto de dormirse.

—¿Y quién está allí ahora? —pregunté.

—Aquellos —me contestó Catalina—. La historia dice que desaparecieron, pero no es verdad, siempre han estado ahí, hundidos, vigilan las mejilloneras mientras esperan a los que faltan. Entonces se irán.

—¿Y quién falta?

—Sus últimos descendientes, los hijos de los que se mezclaron con los hombres de la tierra.

—Nosotros también venimos del agua, Mario —me dijo mi tía Sisca—, por eso nunca hemos encajado con la gente del pueblo. Cuando muramos volveremos allí, a nuestra casa.

—Pues yo me iría ahora mismo —le dije.

Mi tía Sisca sonrió.

—Cada cosa a su tiempo y un tiempo para cada cosa. A nosotros todavía no nos toca, ese no es un lugar para los vivos y nos faltan un montón de cosas que aprender. Solo cuando oigamos la música podremos marcharnos; esa será la señal para quedarnos para siempre allí dentro. Las mejilloneras pueden verte y tocarte —continuó, sin dejarme hacer la pregunta—, pero también hacen música, y todos los que tienen la mala suerte de oírla antes de tiempo ya no regresan jamás.

Volví la mirada hacia el resplandor que flotaba en el agua.

—¿Y quién ha llamado ahora a las marfantas? ¿Aquellos? —pregunté.

—No, Aquellos no pueden llamarlas, solo alguien que hable su idioma, que viva en su misma oscuridad. Únicamente puede convocarlas quien no les tiene miedo.

—¿Tú puedes ver a la niña? —me preguntó Catalina.

Asentí.

—Va con toda la ropa mojada, ¿no? ¿Qué te ha dicho?

Iba a contestarle cuando di un brinco. Vi a Sandra sentada en una barquita medio destrozada, con el agua por las rodillas. Estaba a unos cinco metros de nosotros y nos miraba.

—¿Podemos volver al fuego? Tengo frío —le dije.

Las llamas chisporroteaban con ganas y la mayoría de las sillas estaban ocupadas por los feriantes que habían cerrado ya el puesto y habían regresado al campamento a dormir. Era imposible distinguir las lenguas que se hablaban allí, todo el mundo murmuraba como si estuvieran revelando secretos que no podían pronunciarse. Eso contrastaba con las personas que habían sido hacía solo un rato, las que también se habían puesto una careta para enfrentarse a un mundo que no consideraban suyo. El mundo de esa noche en el mar sí era el suyo, y se notaba. Catalina se acercó a mí y me cogió de las manos. Fue como si me las hubiera envuelto con un papel arrugado.

—Bueno, a ver… ¿Qué te ha dicho la niña?

Repasé las caras de todos y ninguna de ellas era la de Sandra.

—Que lleva años por aquí, que está cansada y que quiere irse.

—¿Solo te ha dicho eso? —me preguntó mi tía Sisca—. No nos engañes, a nosotras no puedes engañarnos, lo sabemos todo, lo que no sabe la una lo sabe la otra.

—Sí… No… Lo que pasa es que… sabe un montón de…

Antes de haber terminado la frase, un olor insoportable a hongos y a musgo irrumpió en medio de la conversación, como si se hubiera hecho añicos allí mismo la botella de vidrio que lo contenía. Retuve las palabras en la garganta. En las sillas de delante de nosotros, sentada entre un grupo de gente que todavía llevaba la ropa de la feria, había una cara que no prestaba atención a la conversación de su alrededor, sino a lo que yo estaba a punto de decir. Sandra había girado totalmente el cuello. Me sonrió y se colocó el índice sobre los labios.

—¿Está aquí? ¿Ha venido? —me preguntó Catalina.

Asentí en silencio y levanté el brazo para señalarla, pero cuando Catalina y mi tía Sisca se volvieron, en las sillas solo estaba el grupo de feriantes, que me miraban desconfiados porque estaba señalándolos con el dedo.

Aquella noche, cenamos un montón de gente alrededor del fuego, y un violín, una guitarra y un acordeón sonaron en la sobremesa. Un rato después nos retiramos a la caravana de Catalina. A mí me habían preparado un pequeño sofá que se desplegaba y se convertía en una cama más o menos cómoda, y me taparon con una manta que olía a baba vieja. Al cabo de unos minutos, todo, dentro y fuera, se calló. Estaba en ese limbo ingrávido del duermevela cuando mi tía Sisca suspiró desde un rincón.

—Estoy preocupada por Mario —murmuró.

—¿Crees que quiere hacerle daño? —le preguntó Catalina.

—Ya ves por qué está todavía por aquí. A mí no puede hacerme daño, pero todos estos años no he podido quitarme de la cabeza que fue mi madre y que quiere cobrárselo de alguna forma.

—Yo también he pensado siempre lo de tu madre.

—Lo que decía Cintín de que la merienda ya no tenía el sabor de un abrazo… —continuó mi tía Sisca—. Para mí que le metía algo en el pan.

—No lo pienses más. Tú no tienes ninguna culpa, y si tu madre lo hizo fue porque, si no, habrías sido tú la que hubieras acabado enterrada. ¿Es que no te acuerdas de aquel día en el río? Olvídalo… Además, ya has avisado a Mario, ¿no? ¿Todavía tienes la muñeca?

—Sí, todos estos años ha ejercido su función, y también las fotos, pero ahora ya no tienen tanta fuerza. Y es por culpa de él. Él le ha dado poder.

—Te preocupas demasiado, toda la vida igual… —Catalina hizo una pausa—. Sisca… —continuó—, en realidad no os he hecho venir por las mejilloneras. Es porque quiero despedirme, ya no volveré, esta es la última vez. Mi hora se acerca y no quiero que me entierren aquí.

—¿Crees que no lo sabía? —murmuró mi tía Sisca—. Sabes que no puedo acompañarte, pero te he esperado toda la vida y te esperaría todas las vidas.

—Siento no haberte querido como tú habrías deseado. Lo siento tanto…

A la luz de la luna que se colaba por la ventana se tumbaron en la cama, abrazadas, y se dieron un beso en los labios. Volví la cara. No era que esa imagen me hiciera sentir incómodo, sino que no quería saber ningún secreto de una persona querida. A través del cristal de la ventana, entre la negrura plateada de la noche, en la lejanía, se alzaban las formas vagamente puntiagudas de algo que parecía una iglesia pequeña.

Al día siguiente todavía era de noche cuando mi tía Sisca y yo salíamos de la caravana. Catalina seguía durmiendo.

—¿No le decimos nada? —le pregunté mientras volvíamos a pie al pueblo.

—Ya está todo dicho.

Se pasó todo el camino abriendo y cerrando las manos, volviéndose hacia un lado para que yo no viera alguna lágrima que se le escapaba mejilla abajo. A veces tosía para aguantarse el llanto. Cuando llegamos a casa, se plantó delante de la puerta y la reventó de un puñetazo.

—Cuando me muera lo entenderás —murmuró.

4

30 de junio de 1983

Soy Joana K.

Todas las chicas felices se parecen entre sí, pero cada chica infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada y, no sé cómo, nos reconocemos entre nosotras. Por eso digo que es muy probable que Mario esté en esa situación. Pero hay algo más que no puedo saber, que no me lo permite, y eso me tiene intrigada.

Después de dejar atrás las mejilloneras fuimos hacia el pueblo, pero encontrarlo nos costó mucho más de lo previsto. Mi padre tuvo que detenerse varias veces para consultar el mapa que siempre lleva en la guantera. Se puso un poco nervioso, y cada vez que nos deteníamos maldecía en voz baja. Dijo que suerte que se le había ocurrido llenar el depósito justo antes de dejar la carretera nacional y entrar en el Delta. Inmediatamente añadió que no había sido suerte, que había sido su experiencia de conductor, sus conocimientos de moverse por el mundo. Lo dijo con estas palabras.

Aunque es totalmente llano, en el Delta hay bosques que son casi selvas de cañaveral impenetrables que se levantan aquí y allá, como si fueran murallas que no te dejan abarcarlo en toda su inmensidad. Muchas veces también te tapan la vista de lo que tienes justo al

lado, y eso hizo que por poco no nos cayéramos en uno de esos canales que hay por todas partes. Mi padre volvió a decir que su experiencia nos había salvado la vida. Hay más canales que caminos, y los caminos se adentran en los canales, y todo ello da la impresión de un gran laberinto del que debe de ser muy difícil salir de noche. Y de día, a veces, también. Parece que estemos en otra época, que hayamos retrocedido no sé cuántos años en el tiempo.

Por el camino no nos encontramos ningún otro pueblo, como si ese fuera el único que hay en el Delta. Vimos, eso sí, varias barracas encaladas. Tampoco nos encontramos a ningún ser humano ni a ningún otro tipo de mamífero. Pájaros sí, muchos y de muchas clases. Después, solo arrozales y más arrozales. Agua, mucha agua por todas partes.

El campanario apareció de repente. Habría jurado que antes no estaba allí, pero mi madre vio la punta y el pararrayos a lo lejos, y los señaló con un grito de alivio. Mi padre dijo que al menos ahora sabíamos en qué dirección debíamos ir. Por la cara que puso, le sentó mal no haber sido él quien lo hubiera visto. Aceleró un poco y el ambiente en el coche se distendió. Mi madre soltó una broma que a mí no me hizo gracia, pero a mi padre sí. Se dieron un beso en los labios.

Al cabo de un rato el campanario seguía a la misma distancia. Íbamos en línea recta hacia allí, o eso creo, y no conseguíamos acercarnos de ninguna manera. El ambiente en el coche volvió a tensarse. Mi padre nos dijo que estuviéramos tranquilas, que era debido a no sé qué efecto que provoca la luz del sol sobre el agua, que hace que las cosas parezcan más cerca de lo que lo están en realidad. Seguimos avanzando por otro camino que tenía bastantes

curvas muy pronunciadas y vimos el campanario desde otro lado, como si lo hubiéramos rodeado. Mi padre volvió a decirnos que tranquilas, que es normal que nos cueste la primera vez, que las cosas, cuando no las sabes, es normal que no las sepas. Lo dijo así. Añadió que seguro que a la gente del pueblo no le cuesta tanto y que en un par de días iríamos por allí como vamos por la ciudad.

En una de esas vueltas intentando entrar en el pueblo vimos quince o veinte coches en medio de un pequeño descampado. Parecía que hubieran sufrido algún tipo de accidente múltiple. A algunos les faltaba una rueda y todos tenían los cristales rotos y estaban muy embarrados.

Los dejamos atrás y, al final, después de recorrer un camino de tierra que atravesaba un cañaveral espesísimo, nos topamos con las primeras casas del pueblo. Los tres suspiramos a la vez. No había ningún cartel que indicara el nombre. Iba a preguntárselo a mi padre, pero estaba sonriendo a mi madre y ella le acariciaba la nuca también con una sonrisa, y preferí no estropear el momento. Tampoco podía importarme menos cómo se llama este sitio.

No pienso volver en mi vida.

1 de julio de 1983

Aquí no deben de vivir más de cuatrocientas personas. El pueblo, la gente, todo en general tiene un aspecto extraño, de convalecencia de una enfermedad que te deja agotada. Parece que haya sufrido una especie de terremoto que no deja rastros evidentes en la superficie, pero que sí se notan en el ambiente. El lugar está vacío

de una manera siniestra, como si a las personas les dieran miedo las calles y a las calles les dieran miedo las personas, y solo se encontraran cuando no hubiera otro remedio. A veces, en algún rincón, ves trozos de barro reseco que ha adquirido una tonalidad gris, y algunas zonas del pueblo también tienen una capa de tierra de este mismo color gris, como si el barro se hubiera desintegrado con el paso de los días y se hubiera convertido en una especie de polvo grueso.

La casa que hemos alquilado está en una calle sin salida muy cerca del canal. Es una tierra dura y salada donde a los huertos les cuesta más prosperar, a diferencia de los más cercanos al río, donde se ven más vigorosos. El enlucido de muchas casas se desconcha por el salitre y muestra grandes calvas. La nuestra también. De la fachada sale una verja de hierro que se apoya en cuatro pilares de ladrillos desde los que se extiende una frondosa parra que proporciona una sombra que hemos agradecido.

La casa no se había abierto en años. Pese a ello, está limpia. Es una casa como la que tendrían los abuelos de mi padre; allí donde existía la posibilidad de poner un adorno de ganchillo, se lo han puesto. La nevera es de gas. No hay radio ni televisión, ni ningún cable de antena. He salido y he comprobado que en el tejado no hay ninguna antena receptora. En las casas de alrededor tampoco. Me he alejado un poco y ninguna de las casas del pueblo tiene antena en el tejado. Cuando se lo he contado a mi padre, me ha dicho que mejor, porque eso nos obligará a explorar y a hacer trabajar la imaginación. Al otro lado de la calle, a una veintena de metros en diagonal de la nuestra, hay una casa con una era de tierra con un alambre que la atraviesa y que supongo que deben de utilizar para

tender la ropa. En el huerto de esa casa hay unas cuantas matas de tomillo de las que mi madre se ha enamorado. Se ve que su olor le trae recuerdos de infancia.

El día que llegamos había un sillón justo en medio de esa era. Estaba adornado como si estuviera a punto de participar en un desfile de Navidad, con flecos dorados y plateados y bolas brillantes de diferentes tamaños y colores. Por detrás del respaldo salían, en forma de abanico, varias ramas retorcidas con muchas plumas pegadas. A los pies del sillón, un cojín de color rojo.

Una vez descargado el coche y colocado todo en su sitio, nos sentamos bajo la parra y merendamos. Cuando terminamos, el sillón de la era ya no estaba desierto. Había un chico, quizá dos o tres años menor que yo, sentado con aires de emperador. Llevaba gafas y tenía el ojo izquierdo tapado con lo que parecía esparadrapo de color carne. Lo acompañaban otros tres chicos, dos de pie a su lado y el otro recostado en el cojín, como un perro guardián.

El chico del sillón levantó la mano y nos saludó. «Mira, ya has hecho amigos», me dijo mi padre. Mi madre negó con la cabeza y dijo que no había ninguna chica.

Me levanté justo antes de que estallaran los reproches de la una y el otro y caminé hacia la era. El chico recostado a los pies del sillón se puso a cuatro patas y adoptó aún más el aspecto de perro guardián. Ladró tres veces. Los dos que estaban de pie seguían con los brazos cruzados sobre el pecho.

«Yo soy Mario, ¿tú cómo te llamas?», me preguntó el chico sentado en el sillón. Le dije que me llamaba Joana y que venía de la ciudad a pasar el verano. Levantó la cabeza y me miró. Solo se le veía un ojo, pero tuve muy claro que era su mundo. Podría haberme

zambullido en él toda entera. Creo que es consciente del efecto que provoca el hecho de no saber qué se oculta debajo del esparadrapo, pero la verdad es que a mí no me impresionó. Cuando era pequeña llevé un ojo tapado durante un año porque tenía el otro vago.

Se incorporó y acarició la cabeza del chico que hacía de perro. Señaló a su alrededor y dijo que allí mandaba él. Su voz, como la luz del sol, como el aire, también tenía textura propia. Era una voz que llevaba pinchos escondidos en algún punto de la flexión, pero a la vez me pareció entrañable por su peculiar acento. Como el de todo el mundo aquí, vaya. Es un dialecto que no había oído nunca, hablan muy deprisa y, en algunas ocasiones, te cuesta entender del todo el significado de las frases.

5

Llegó abril y, con él, la ilusión del buen tiempo y la promesa del agua dulce que en pocos días inundaría todo el Delta. Las jornadas se alargaban, pero la advertencia de Catalina se había integrado en el ambiente del pueblo y le había cambiado el color. Después de lo que había visto y oído en el campamento de los feriantes, evitaba encontrarme con Sandra y no iba a esconderme a los cipreses a la hora del recreo. También dejé de hacerlo porque ya no lo necesitaba. La masa de niños del colegio público de la Santísima Trinidad se comportaba como un mismo organismo vivo a las órdenes de Arturet, el Chino y Prats. Nadie volvió a atreverse a acercarse a mí, y hasta que llegaron las marfantas mi bocadillo no volvió a tocar el suelo.

Pero no tenía que ir a los cipreses para encontrármela, ni tampoco dependía de mí, y una tarde salió de detrás de una esquina mientras volvía a casa. No me asusté, porque mucho antes ya me había llegado el olor a musgo. Esta vez Sandra no era la misma de siempre y me escrutaba con la mirada como si se esforzara por saber lo que estaba pensando. Su voz tampoco era tranquila y sonaba alterada, como un charco lleno de salpicaduras.

—No he podido venir a verte hasta que se han ido los de las ferias. Con las dos no puedo, con una aún, pero juntas son

demasiado fuertes para mí.

—¿Qué dos?

—Tu tía Sisca y Catalina. ¿Qué les contabas la otra noche? ¿Hablabas de mí?

—Ellas me preguntaban.

—Ellas son las únicas dos a las que no puedo oír cuando hablan, es como si se pusieran una mano delante de la boca. Te avisé de que no podías decirle nada a nadie de lo que hablamos entre nosotros; si no, no dejarán que me vaya en paz, como quiero. Y no sé qué te habrán contado de mí, pero por favor no te creas nada de lo que te digan; las dos son malas. Cuando éramos pequeñas siempre contaban mentiras.

De nuevo decidí no preguntar, no saber, conformarme, volver la cara para no ver el muro que se estaba levantando entre Sandra y yo, con la esperanza de que en algún momento, no se sabía cuándo ni tampoco cómo, desaparecería al volver la vista de nuevo. Otra vez el ruido mental para ensordecer la verdad, otra vez el bálsamo de fingir que no pasaba nada antes que el navajazo liberador de la verdad. Supervivencia, supongo, pero ahora veo que esa vez quizá no estaba tan seguro.

—¿Vives en las mejilloneras? —le pregunté.

—No… Si te acercas lo suficiente para oír la música, ya no vuelves.

—¿Quieres decir para oír a Aquellos?

Sandra me quitó las gafas y el parche, y lo hizo con más delicadeza que nunca.

—¿Esas dos te han hablado de las marfantas? —me preguntó.

Ya no olía a musgo ni a hongos, su ropa estaba limpia y habría querido abrazarla, y entonces fui yo quien se puso la máscara,

porque me apetecía que me considerara una persona válida, una persona digna de ser amada. Quería que se quedara.

—¿Cómo sabes lo de las marfantas? Catalina dice que ya están bajando por el río y que ojalá vinieran a buscarte —le contesté.

—Sí —asintió Sandra—, eso es lo que querrían, pero si me cogen, jamás podré irme ni tampoco descansar como querría. Mario, tienes que esconderme, tienes que dejarme entrar en tu casa cuando lleguen. ¿Lo harás por mí?

La miré, y todo lo que me había contado mi tía Sisca dejó de existir; delante de mí solo había una niña que me pedía ayuda, una niña que me aceptaba sin que yo tuviera que hacer ningún esfuerzo. Le dije que sí. Le habría dicho que sí a cualquier cosa que me hubiera pedido.

—Pues ahora haremos una visita a Arturet —me dijo con una sonrisa.

La madre de Arturet había muerto de una infección en la sangre cuando estábamos en tercero, y los primeros meses las vecinas se pusieron de acuerdo para llevarles la comida y la cena todos los días y todas las noches a él y a su padre, y para lavarles la ropa una vez por semana. Poco tiempo después se cambiaron de casa, algo que, según se decía, los ayudó a superarlo más deprisa de lo que todo el mundo habría imaginado. Ahora vivían en un lugar del pueblo más solitario, una casita rodeada por un gran huerto de naranjos que a esas horas de la tarde desprendían tanto olor que casi te mareaba. Sandra me llevó al lado sur de la casa y buscó hasta que encontró una piedra redonda y blanca, como de río de montaña. Me pidió que la levantara y que cogiera la llave que había debajo.

Entramos por la puerta de atrás. Olía a cebolla sofriéndose, y una música a un volumen demasiado alto se distorsionaba por toda la casa. Sandra me guio por el interior como si la conociera hasta que llegamos a una puerta doble con un rectángulo vertical de vidrio translúcido en medio de cada hoja. La música venía de allí y ahora sonaba más fuerte. Una de las hojas estaba entreabierta y, después de echar un vistazo, Sandra se apartó a un lado y me dejó mirar.

Era el comedor de la casa. A la izquierda había un mueble lleno de copas y platos, y en el centro una mesa que parecía que llevara semanas sin recogerse. A la derecha, el sofá, dispuesto de forma perpendicular a la chimenea, sobre la que estaba el televisor encendido a todo volumen. La música venía de allí. Delante del sofá había dos sillones. En uno de esos sillones estaba el padre de Arturet. Sentado sobre su regazo, vestido de niña y con unas gafas que nunca le había visto, Arturet cerraba los ojos cuando su padre lo besaba en los labios y volvía a besarlo. Una vez. Y otra. Muchas veces. Cuando lo cogió por el pelo de la nuca, sacó la lengua y le lamió el cuello, Arturet abrió los ojos y me vio. Sus pupilas se dilataron tanto que le ocuparon todo el iris y la esclerótica, y sentí un poco de envidia de aquella inmensidad ocular. Y seguían agrandándose y parecían a punto de explotar, y ahí ya no me dio tanta envidia.

Sandra me tiró de la ropa y nos escurrimos por donde habíamos entrado. Cerramos la puerta y dejamos la llave en el lugar en el que la habíamos encontrado.

—A Arturet tampoco será necesario que le expliquemos nada —me dijo Sandra mientras nos alejábamos entre los naranjos—. A partir de ahora ya es nuestro.

—¿Y para qué lo queremos? ¿Qué le diremos que haga?

—Eso ya lo veremos más adelante. Mario, lo que te he dicho antes sobre ir a tu casa cuando ellas lleguen… ¿Me dejarás entrar? ¿Lo has dicho en serio?

Asentí.

—Pues entonces puedo decírtelo ya —murmuró Sandra—. Será el primer día de clase después de Pascua.

Me dio un beso en la mejilla y se fue.

Por mucho que me esforzara, y tampoco creo que lo hiciese mucho, no podía dejar de pensar en ella y en sus besos, de pensar que por fin alguien me aceptaba tal como era. Pero lo único que estaba haciendo era intentar llenar un vacío que nadie más, excepto yo mismo, podía colmar. El amor no hizo otra cosa que dejarme sin escudos, estaba dándole permiso para herirme, y eso no lo hacía con nadie más; a ninguna otra persona le daba ese poder. Con ella lo hice muchas veces, y también lo vi hacer a gente de mi alrededor, y, si tienes la suerte de que el otro no lo utiliza, estás salvado. En cambio, si lo usa, más te valdría ser una piedra.

Necesitaba decirle tantas cosas a esa Sandra que no existía, a esa Sandra a la que había idealizado a pesar de saberlo, a pesar de tenerla delante de mí, a pesar de las señales que me avisaban, y, al mismo tiempo, no era consciente de ello, como si estuviera drogado, una nebulosa en medio de una nebulosa. Quería decirle tantas cosas, que supiera cómo me sentía, pero, de nuevo, el miedo a que esa Sandra que no existía me rechazara, a que no me valorara como yo sentía que me merecía, hizo que no fuera capaz de expresarlo.

El último día de las vacaciones de Pascua sentí que mi corazón tenía ganas de vomitar. Me esforcé mucho por contener las arcadas, me resultaba doloroso pensar en el acto físico de verter todo lo que quería salir, pero al final me dejé vencer y, mezclado con líquidos, coágulos y expectoraciones, empecé a sacarlo y le escribí «me gusta mucho tu voz Sandra me gusta porque me recuerda el tacto del agua del Mediterráneo y porque es la voz con la que hablan las noches de verano las noches prehistóricas donde muchas cosas aún no tenían nombre y para nombrarlas tenías que señalarlas con el dedo me gustan mucho tus ojos Sandra me gustan porque en ellos veo multitudes y también soledades veo desiertos glaciares y refugios alguien que se busca y alguien que se ha encontrado mil veces ojos de pájaro desvalido y en ocasiones ojos que conquistarían Roma en un día y cada vez que me miras veo una cosa y todas a la vez me gustan cuando los abres con un gesto de sorpresa inocente y me gustan cuando los entrecierras y solo dejas una grieta de silencio por donde se cuelan enigmas que soy incapaz de resolver me gusta mucho tu forma de caminar Sandra me gusta cómo levantas la cabeza como si fuera el mascarón de proa de un barco descubridor y cómo mueves los brazos para que ese mismo barco sepa volver a casa aunque no haya viento me gusta porque reconocería la cadencia de tus caderas si algún día me extraviara en la selva y no supiera dónde volver me gusta mucho tu olor Sandra me gusta su calidez como de pan recién hecho el olor de los días que han sido y de los días que serán porque no puedo no olerlo entre todos los olores del mundo aunque lo intente me gusta cuando está sudado y me gusta acariciado por el jabón me gustan todos y cada uno de sus colores y todas sus geometrías me gusta mucho la tibieza de tus

labios Sandra me gusta como una casa a la temperatura exacta una casa de madera con grandes ventanales que dan a un paisaje no imposible de músicas de banda me gustas mucho Sandra te lo digo desde la alegría de saberme vivo y de saberte viva desde el gozo de saber que te tengo y de saber que me tienes aunque no sepa exactamente cómo ni creo que quiera saberlo te lo digo porque me apetece y porque puedo porque mil años son demasiados años y porque dentro de mil años ya no podré decírtelo».

Antes de enterrarlo, y en un arrebato de clarividencia, cambié todos los «me gusta» por «me da miedo». Como siempre, había escrito a la persona equivocada. Ojalá no lo hubiera hecho. Corrí al huerto a destapar la cajita de lata y, cuando la abrí, encima del todo estaba el trozo de papel con la frase que me había dicho Sandra y que yo había escondido bajo tierra. «Estoy segura de que ella es la que me mató». ¿Mi tía Sisca había matado a Sandra? ¿Mi tía Sisca era capaz de matar? Queriendo, quiero decir. ¿Y cómo se mata a una persona?

Abrí la puerta de la cochera con la cautela de un ladrón. Mi tía Sisca se echaba la siesta sentada en el sofá con la boca abierta y las manos cruzadas encima de la barriga. Roncaba. Todo estaba limpio y en su sitio; en la mesa solo había un tapete de hilo y un frutero con manzanas de plástico. Los platos y los cubiertos se secaban sobre un trapo en el poyo de al lado del fregadero. Olía mucho a lejía.

Recorrí el pasillo a oscuras. Tras cada paso que daba me detenía unos segundos y volvía la cabeza. Mi tía Sisca seguía roncando. Su habitación estaba exactamente igual que la última vez que había entrado allí y desprendía el mismo ligerísimo tufo a meados. Abrí la puerta del armario con la misma cautela de ladrón. Bajo un montón

de ropa se escondía el pequeño cofre, que en algún momento había sido del color de la plata. Antes de cogerlo volví la cabeza. Mi tía Sisca seguía roncando. Me senté en el suelo con las piernas cruzadas. No me atreví a sentarme en la cama. Por mucho que la hubiera arreglado, ella habría notado la más mínima diferencia.

Lo primero que apareció cuando abrí la tapa fue lo que parecía una muñeca de trapo. Medía un palmo y era muy vieja, porque los colores de la ropa, que habían sido vivos, ahora estaban muertos. Le habían puesto una peluca de pelo que creo que era de verdad, quiero decir que era pelo de persona. Volví la cabeza. Mi tía Sisca seguía roncando. La muñeca tenía la boca tapada con un trozo de esparadrapo. Debajo estaban las hojas de laurel, las flores secas de limonero y las ramitas de ruda y de adelfa atadas con un cordel que había visto la última vez. A continuación, la fotografía con un hilo doble de color rojo que recorría todo el contorno con una especie de punto de cruz no muy conseguido, como si fuera un enrejado, como si hubieran intentado coser una barrera física para que las personas que salían en la foto no pudieran escaparse. Y debajo de todo, las demás fotos. No había más de diez. Volví la cabeza. Mi tía Sisca seguía roncando.

Solo una de las fotografías hizo que me detuviera mientras las pasaba. Me paré porque era la única que también estaba cosida como la otra, con el mismo hilo de color rojo. En la foto salían tres niñas ante lo que parecía una ermita rodeada de arrozales maduros, con las espigas dobladas, implorando una hoz, incapaces de soportar el dolor que les provocaba el peso del grano. Una de las tres niñas llevaba una muñeca en las manos, y esa niña, la de en medio y la

única que sonreía, era Sandra. Volví la cabeza. Mi tía Sisca ya no roncaba.

Solo me dio tiempo a deslizar el cofre por debajo del armario, tumbarme en la cama y fingir que dormía. No me quité las gafas y oculté el ojo bueno en la parte de la almohada para que fuera más difícil descubrirme. El olor a vieja de mi tía Sisca se acercó. Respiraba de esa forma pesada en la que haces cuando acabas de despertarte. Creo que se quedó de pie a mi lado, mirándome, porque durante un rato no pasó nada. Al final, el armario se abrió. Segundos después, una sábana almidonada me tapaba el cuerpo hasta el cuello. La puerta de la habitación se cerró y todo se quedó en silencio.

No recuerdo el tiempo que esperé. Me froté mucho el ojo para que se me pusiera rojo y pareciera que había estado durmiendo. Antes de abrir la puerta miré debajo del armario. El cofre ya no estaba. En la cochera tampoco había nadie. Ese día terminaban las vacaciones de Pascua y al siguiente volvíamos al colegio.

La mañana en la que sonaron las campanas de la iglesia, Sandra se movía entre las madres y los niños que huían por el patio del colegio público de la Santísima Trinidad hacia el refugio seguro de sus casas. Corría sin ningún tipo de sentido, como una pelota con aristas que no sabe cuál es el lado correcto para rebotar. Pero su cara era la de siempre y tenía la pose tranquila de quien sabe que está en casa.

Aquella mañana en la que sonaron las campanas, a mí no vino a buscarme nadie y, cuando todo se despejó, Sandra ya estaba a mi

lado. Me cogió del brazo. Su mano temblaba mientras caminábamos hacia casa.

En la puerta me esperaba mi tía Sisca.

—Tu padre y tu madre ya lo saben —me dijo—, pero es mejor que te quedes aquí; me fío más de ti que de ellos. Yo tengo que quedarme en casa, porque si se dan cuenta de que está vacía podrían entrar. Las marfantas harán todo lo posible para que salgamos de casa, cosas que no podemos ni imaginarnos. No mires por la ventana, no hagas nada, tampoco te muevas. Y no hagas caso de lo que oigas. La primera noche es la más complicada. Después, con la luz de sol, se irán y ya podremos volver a salir.

Miró a los lados y se rascó la cara.

—¿Vienes acompañado o qué? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

Ella repitió el gesto.

—No la dejes entrar, te lo digo por tu bien. A las marfantas solo pueden llamarlas los que hablan su lengua, ya te lo dije el otro día. Vete a saber quién las ha llamado ahora. Solo ha podido ser ella.

Fue a encerrarse en la cochera.

Sandra no olía a hongos ni a musgo.

—¿Qué te ha dicho? Siempre engañando, seguro. No la creas, por favor. ¿Me dejarás entrar? —me preguntó.

Abrí la puerta y me hice a un lado.

—Tienes que darme permiso —me dijo con las manos juntas, como si rezara.

—Te doy permiso —le contesté.

Aún tardaría unos meses antes de ser capaz de hacerle la pregunta.

Dio dos pasos y entró.

Cerrar puertas y ventanas, bajar persianas y silencio absoluto. Durante veintiún días no habría clase y nadie debía salir de casa cuando anocheciera, a pesar de los llantos y los gritos que pedirían ayuda y que comenzarían a oírse cuando el sol empezara a ponerse. Ese primer día las panaderías regalaban el pan, y las personas que tenían un huerto se apresuraban a recoger todo lo que podían. El pueblo iba vaciándose poco a poco, su respiración se ralentizaba a medida que pasaban las horas, hasta que se cerró la última puerta y la llave dio vueltas en la cerradura. Antes todo el mundo había preguntado a los más viejos cómo se hacía el engrudo con el que pintarían la puerta de sus casas, el conjuro hecho palpable, el amuleto ancestral para proteger los hogares y para que las marfantas no pudieran entrar. Después venía la espera.

No recuerdo ningún momento de mi vida en el que el silencio y la soledad fueran tan espeluznantes como en aquellas horas en casa con mis padres. Me sorprendí a mí mismo envidiando las persianas y las cortinas, porque eran cuerpos inertes y nunca sentirían nada; envidiando el diminuto trocito de piedra que formaba parte del mosaico del comedor, por su insignificancia, porque allí nunca cabría un corazón o un cerebro; envidiando la luz blanca de las bombillas que no se encenderían esa noche, porque a pesar de todo nunca experimentaría la oscuridad; y al final tuve envidia de casi todos los niños del pueblo: me los imaginaba acurrucados entre sus familias, sintiéndose queridos, creyéndose valiosos, un tesoro que debía protegerse.

La casa respiraba cómoda toda esa oscuridad. Los muebles no se veían tan viejos ni las cortinas tan gastadas, y todo parecía

conservar un orden antiguo, la ilusión de lo que debería haber sido. En el sillón, con las manos cruzadas sobre la barriga y con la mirada fija en la nada, mi padre tenía el gesto relajado del duermevela. La luz de los días exponía su cuerpo lleno de silencios, el rol disminuido, la familia que no era. La penumbra, en cambio, matizaba su vida, suavizaba todo lo roto que ya no podía arreglarse y fue la única vez en que percibí un intento genuino de mirarme a la cara. Hice un esfuerzo por acercarme a él, pero volvió a mirar por encima de mi hombro. El punto de fuga inencontrable. Mi protuberancia le aterraba más que todo lo que pudieran traer las marfantas esa noche. Quiero creer que habría dado su vida por mí, pero nunca me lo dijo.

Volví la mirada a mi madre. Había cogido un trapo de la cocina y lo doblaba y lo dejaba en el respaldo de una silla. Lo desdoblaba y volvía a hacer lo mismo unas cuantas veces más. Después se encerró en la habitación y salió minutos después con los ojos llenos de cristales rotos. Se acercó a mí y me acarició el pelo, y me dijo que no nos pasaría nada. Cuando volvió a ser ella, dobló y desdobló de nuevo el trapo. Miré a Sandra y sentí un arrebato de euforia que intenté con todas mis fuerzas conservar dentro de mí. Toda esa noche fue una repetición, hasta que los primeros llantos se oyeron en la lejanía.

La voz de las marfantas eran los gritos desesperados de un mundo y de unas vidas que terminaban. Había quien los identificaba con su propio llanto, o con el llanto de un hijo que necesita ayuda, o con el aullido del perro al que más hayas querido, y solo el miedo atroz te impedía salir de casa para intentar ayudarlas. Para mí eran chirridos de una puerta o quizá de una ventana que se resistía a abrirse.

Los llantos se acercaban cada vez más y el tufo a lodo no tardó en colarse por debajo de la puerta. El aire se cargó de repente como si alguien nos hubiera extendido una manta mojada por encima. Las tejas crujieron. Pasos. Pasos de agua, y las paredes de la casa empezaron a latir en silencio. Me habría arrojado a los brazos de mi padre si solo hubiera visto una oportunidad, un resquicio, por pequeño que fuera, pero en esos momentos yo era más que nunca su gran marfanta. Se había tapado los oídos con las manos, y deseé que las voces de las marfantas fueran para él mis llantos y los llantos de mi protuberancia cuando salimos del cuerpo de mi madre.

Crujidos de cañas rompiéndose. Olor a raíces mohosas. Mi madre tenía la mirada posada en el techo, pero estaba soñando de nuevo con los campos de hierba de montaña y parecía implorar a las marfantas que se la llevaran. Su hogar como patíbulo y no como santuario. Toda la casa se estremeció bajo mis pies. Las marfantas habían bajado del tejado y su caminar eran grandes salpicaduras de agua estancada, espesa. Alguien rascó las ventanas. Después, un breve espacio de un silencio muy parecido al de los cementerios. Mi padre se quitó las manos de los oídos. Mi madre bajó la cabeza. Yo miré a Sandra. La casa respiró.

De repente, la grieta sobre la que todos nosotros reposábamos chirrió con una voz metálica. Todo convulsionó en un terremoto de baja intensidad y todo lo que estaba fuera de las casas reventó. Estallaron cristales, las maderas chasquearon y crujieron como huesos prehistóricos rompiéndose; el viento se acanalaba, y un rumor de riada sin agua golpeó hierro contra hierro, hierro contra barro, y, por encima de todo, los llantos revolcándose por el suelo, por las paredes y por el aire. Llantos no humanos ni tampoco

animales. Mi padre volvió a taparse los oídos. Mi madre miró al techo y soñó con fugarse. Yo cerré el ojo. En esos momentos, las marfantas, como hace la enfermedad, nos igualaron a todos por abajo, eliminaron todas las capas que nos conformaban, empezando por la ropa; arrasaron a todas las personas que fuimos dentro de la persona que éramos, y a la persona que éramos, y todos y cada uno de los sueños de todas y cada una de las personas que ya no existían, pero que eran tan reales que casi podías tocarlas; destruyeron las máscaras con las que impostábamos lo que nos gustaría ser, cómo queríamos que nos viera el resto del pueblo; borraron estéticas, anhelos y proyectos, decepciones, filias y fobias, las ganas de hacerlo todo y las ganas de no hacer nada, y nos redujeron a nuestra esencia primordial, a lo que éramos en realidad: un organismo vivo que intentaba mantenerse con vida en cualquier circunstancia el mayor tiempo posible. Y todos, esa noche, dentro de nuestras casas, hacíamos lo mismo.

EL TIEMPO NO ORDINARIO

1

Ya vuelven a estar aquí. Mírala. La tengo aquí delante, a los pies de la cama. Otra vez con la forma de mi madre. Otra vez la voz envejecida. No es ella. No es ella. No es ella. Ojalá lo fuera. ¿Vendrás al entierro? ¿A qué entierro? Ah, sí, mi tía Sisca. El pueblo. El barro. Sandra. El padre de Arturet lo violaba cada día. Tengo la cabeza llena de entierros. Siento los huesos vacíos. Tengo los huesos vacíos. Podría levantar el vuelo ahora mismo. ¿Vendrás? Cada pregunta es un corte en la carne en un corte que ya existe en otro corte que ya existía. Un trozo de carne bautizada. La iglesia olía a iglesia y el agua bendita me quemaba la piel de la cabeza. ¿Por qué no me dejan en paz? Me llega un olor a pan con tomate. ¿Puede ser? Sí, es pan con tomate. Ahora mismo me arrancaría la piel de la cara a tiras. No puedo recordar de qué era el último bocadillo que me hizo mi madre. ¿Por qué nadie me avisó de que era el último? Conozco los nombres de las constelaciones, pero no sé de qué era ese bocadillo. Recuerdo el año de una batalla y cuánto duró, y el nombre del rey que la ganó y en qué país la ganó, pero no de qué era ese último acto de amor de mi madre. ¿Por qué no he sido capaz de ver hasta ahora que aquello era un acto de amor? ¿Por qué a ella no la avisó nadie de que era el último? ¿Ella lo sabía? Quizá sí. No lo

sé. Daría los huesos por saberlo. Le habría dicho «gracias, mamá. Yo también te quiero, mamá».

Me siento vacío, pero el vacío es fértil.

Cuando se vayan continuaré.

Todo camina hacia algún sitio. Siempre.

No sé si esa noche dormí mucho, sin embargo, a la mañana siguiente Sandra estaba de pie en la puerta de mi habitación.

—Tu padre y tu madre se han ido. Vamos a dar una vuelta.

Cuando salimos, el pueblo ya no era el pueblo y ya no volvería a serlo, como una persona a la que crees que conoces y con la que lo has compartido todo y que después se convierte en una extraña. Esos días las marfantas también se llevaron miradas, olores, sabores y tactos que nunca más serían casa para mí. Parecía haber caído una granizada de barro, y había cañas esparcidas por todas partes, había cristales rotos y puertas y ventanas abiertas de par en par. Las antenas de las casas habían desaparecido. Trasladaban los coches, ya inservibles, a un descampado. Todo el mundo limpiaba su trozo de calle. Piernas y brazos, mangueras y cubos tiraban agua sin parar en un intento de baldear los espacios, pero también el pánico. Al lado de algunas casas habían aparecido formas rectangulares parecidas a casetas de perro a medio construir, hechas con esas mismas cañas y que las familias se apresuraban a quemar con gasolina para hacerlas desaparecer lo más rápido posible, como si fueran una medalla que nadie quisiera exhibir. La gente trabajaba en silencio, nadie levantaba la cabeza y solo se oía el ruido de papel

arrugándose de las cañas bajo el fuego, el olor dulce del barro y la amargura de la gasolina quemada.

La calle del colegio estaba más solitaria que las demás, y Sandra y yo solo vimos a una persona. Las macetas de la casa del señor Pepe ya no parecían colocadas con escuadra y cartabón. En realidad ya no quedaba ninguna maceta más o menos entera. Solo una de esas casetas de perro hecha de caña. La diferencia era que estaba perfectamente terminada y no estaba ardiendo. Dentro se distinguía una negrura de pelo enredado, la forma de un animal sin rostro que apestaba a café demasiado tostado. Al lado estaba el señor Pepe. Desnudo. Estaba de cara a la pared de la casa y se daba cabezazos contra esa pared, y llevaba una correa de perro atada al cuello. Del collar colgaba una pequeña chapa rectangular. Tenía las piernas y los brazos rígidos, y su cintura era una bisagra bien lubricada que no podía dejar de balancearse. El hueso de la frente le sobresalía entre la carne.

Ninguno de los vecinos que no hacía tanto lo habían acompañado durante las noches en las que Caramelo desapareció lo ayudaba, pero yo los intuía detrás de las ventanas.

—¿Lo has visto? —me preguntó Sandra.

—¿Qué le pasa?

—Las marfantas consiguieron que saliera de casa.

El señor Pepe dejó de darse cabezazos contra la pared. Empezó a reírse y a dar palmas, y a tener espasmos, como si alguien invisible estuviera haciéndole cosquillas. Luego lanzó un aullido, un grito largo y sostenido que se desgarró en sus compases finales. Incluso dudé que hubiera sido obra de alguien de mi misma especie, porque apenas era humano. Lo era porque lo había hecho el señor Pepe

delante de mí, claro, pero la cuestión es que no era exclusivamente humano, quiero decir que podría haberlo lanzado cualquier otro mamífero un poco evolucionado. Se colocó las manos en la frente y las miró, todas llenas de sangre.

—Ven, que ahora iremos a pasear. —La voz de Sandra sonó como una orden.

Caminamos hacia el señor Pepe. Cuando estuvimos a su lado volvió la cabeza y sus ojos también estaban desnudos, dos cisternas de agua transparente donde cualquiera habría podido zambullirse y ver que las marfantas lo habían vaciado por dentro, que le habían absorbido todo lo que lo hacía persona y solo habían dejado lo que las personas siempre ocultamos, lo que no queremos que los demás sepan de nosotros. Al señor Pepe se le veían todas las mentiras sobre las que había construido a una persona que no existía, sobre las que había edificado la consideración que el pueblo le tenía.

Sandra me apoyó una mano en el hombro.

—Cógelo de la correa, que no te hará nada. No te morderá, no te preocupes.

Agarré el extremo, que casi tocaba el suelo, di un ligero tirón y nos pusimos a caminar. En la chapa del collar estaba grabada la palabra CARAMELO. El cuerpo del señor Pepe seguía manso mi paso, con la correa siempre suelta, tenía la cabeza gacha y solo la levantaba cuando cambiábamos de dirección. Miraba a su alrededor y también miraba el cielo, y los gestos de la boca eran de asombro, como si aquel fuera su primer día en el planeta Tierra.

Paseamos por las calles de los alrededores del colegio. Todo el mundo, cuando nos veía pasar, levantaba la mirada solo el tiempo que dura un pestañeo, enseguida la volvían al suelo y seguían

echando agua por todas partes. Poco a poco la cadencia del pueblo, si es que alguna vez había tenido alguna, iba adaptándose a mi paso, la correa que ataba el cuello del señor Pepe iba ensanchándose cada vez más y ligaba también el cuello del pueblo, como si todos los cuellos de toda la gente cupieran dentro de ese collar de perro, como si a partir de ese día yo pudiera arrastrarlos a voluntad sin hacer el menor esfuerzo.

Delante del campanario, un grupo de mujeres y algunos hombres se santiguaron muchas veces al vernos pasar. Sandra hizo que nos detuviéramos delante de la escalera y el grupo de gente entró en la iglesia.

—Ya pueden rezar, ya —me dijo Sandra riéndose—. Con un poco de suerte también ellos las pasarán canutas. Este tipo de gente son los que tienen más que esconder. Los ves todos los días en misa, los domingos con la familia y todo, y te hacen sentir mal porque tú no vas nunca y crees que son la santidad hecha persona. Pero si pudiéramos ver lo que hacen en casa cuando cierran la puerta, si pudiéramos ver aquello que se les pasa por la cabeza… «Amarás al prójimo como a ti mismo», nos decían… Esa gente no sabe lo que significa eso. Daría lo que fuera para que las marfantas hicieran salir a unos cuantos… —Entonces añadió—: Entremos, que el señor Pepe debe de tener sed después de la caminata.

Todo el grupo de gente estaba arrodillado en los primeros bancos y nadie se volvió ni levantó la cabeza cuando la puerta se cerró a nuestras espaldas. Sandra caminó por el pasillo central hasta que llegó al altar y se sentó. Se rio con una mano delante de la boca, se levantó y sopló una a una todas las velas encendidas. Los bancos

emitieron un rumor de manada de mamíferos africanos listos para una estampida, pero nadie se movió.

Sandra se acercó a mí y al señor Pepe.

—¿Lo has visto? Esto es lo máximo que he podido hacer en los años que llevo por aquí. Hasta que llegaste tú, parecía que una venda me tapara la boca y no me dejara hablar. Míralos, ahora sí tienen miedo. Lo había hecho alguna vez, pero nunca habían sospechado de mí, seguramente creían que era cosa de las corrientes de aire. —Hizo un gesto con la cabeza para señalar una gran pila de mármol llena de agua bendita y me dijo—: Acércalo ahí y que se amorre, a ver si tiene sed.

Llevé al señor Pepe; no tuve que dar ningún tirón ni nada por el estilo, porque enseguida se inclinó y empezó a beber. El chapoteo de la lengua en el agua reverberaba por toda la iglesia, pero tampoco hizo que ninguna de las personas que ocupaban los primeros bancos se volviera.

—¿Por qué lo hemos hecho? —le pregunté cuando ya estábamos fuera y caminábamos hacia la casa del señor Pepe.

—No pasa nada —me contestó Sandra—, los míos también pasaron mucho miedo. Las cosas tienen que estar repartidas, no tienen por qué divertirse siempre los mismos. Es lo justo, ¿no te parece?

Al llegar a la calle del colegio había grupitos de gente repartidos aquí y allá limpiando el barro. Parecían discutir entre ellos. Cuando nos vieron dejaron caer los cubos y las escobas y salieron corriendo todos a encerrarse en sus casas. La calle volvió a quedarse desierta.

La caseta de caña pegada a la pared de la casa del señor Pepe se había quemado y solo quedaban unas cenizas humeantes. Olía como

cuando alguien del pueblo chamuscaba un cerdo antes de abrirlo en canal para trocearlo. Metimos al señor Pepe en casa y lo acostamos en la cama. Sandra me pidió que lo tapara con una manta.

—Hoy dormirá como un tronco, pobrecito —me dijo.

—¿Y qué le va a pasar ahora?

—Acabará consumido por su yo verdadero, lo que es él en realidad y lo que siempre ha querido ocultar para que todo el pueblo lo aceptara y lo quisiera. Ya ves, creemos que haciendo el papelón gustaremos más a la gente. Pues cada uno es como es, y si no gustamos a unos gustaremos a otros, y ya está, no pasa nada. Pero hay gente que quiere gustarle a todo el mundo, y eso no puede ser. Cuando se despierte, el espejo ya no le mostrará la imagen de siempre, todo lo que tiene todavía dentro se lo sacará y tendrá que verlo todos los días que le quedan hasta que se muera. Será insoportable para él. No durará mucho.

Las primeras noches después de aquella fueron las peores. Como en una cuartana, el pueblo se debatía entre accesos de fiebre y espasmos de frío, y no había posibilidad de acortar la enfermedad ni de reducir su cadencia. La mañana del tercer día había aún más casetas de perro, hechas de caña, a medio construir. La gran mayoría ya estaban ardiendo, y había una en casi cada casa, esta vez también al lado de la nuestra, una a la que solo le faltaba el tejado y que también estaba quemándose. Seguramente sucumbió al fuego de mi tía Sisca, porque no creo que mi padre ni mi madre hubieran sido capaces de quemarla.

Sandra y yo recorrimos las calles para buscar una intacta. No vimos ninguna, pero una muchedumbre reunida a los pies del campanario nos hizo levantar la mirada. Una mujer con el cuello estirado de una manera imposible colgaba inmóvil de una cuerda que emergía de la oscuridad de las campanas. La escena de un tótem de la tragedia, un fotograma que nadie podía dejar de mirar. Sandra chasqueó la lengua contra el paladar.

—Vamos, con esa ya no podemos hacer nada —me dijo justo antes de empezar a alejarse de la iglesia.

—¿Quién es?

—La mujer más rica de todo el pueblo. Hija única, sus padres tenían más dinero que todas las demás familias juntas.

—¿La han colgado las marfantas?

—¡No! —exclamó—. Las marfantas ni siquiera la han tocado, le han hecho lo mismo que al señor Pepe. Primero han conseguido que saliera de casa, después la han puesto ante su propio espejo y ella no ha podido digerirlo.

—¿El qué?

—Pues que hace unos años tuvo un hijo que no estaba bien, tenía un retraso. Quiero decir un retraso grave, del cerebro.

—¿Y qué pasó?

—No quiso aceptarlo, le daba mucha vergüenza, le preocupaba demasiado lo que pensaría la gente de ella, que siempre había sido la más guapa y la que iba más arreglada; ella, la que siempre lo hacía todo bien, la que no tenía ningún defecto y la que no soportaba los defectos de los demás, la que creía que el dinero podía comprarlo todo. Cuando volvieron del hospital después del parto, dijo que el niño había nacido mal del corazón por culpa de los

médicos y que tendría que estar ingresado no se sabía cuánto tiempo. Lo hicieron muy bien: cada día ella y su marido iban a pasar la mañana a Tortosa y decían que iban a verlo. Unas semanas después dijeron que no había podido superarlo y que había muerto. No hicieron entierro ni nada porque era demasiado pequeño, lo incineraron y listos. Pero nada de eso era verdad. Ella y su marido lo tienen escondido en casa, atado con una cadena para que nadie lo vea.

Al menos, a mí solo me pusieron un parche, pero no pude evitar preguntarme qué habría hecho mi madre si no hubiera sido solo el ojo, qué habría pasado si todo lo que yo era, todo lo que ellos esperaban que fuera, hubiera salido mal.

—¿Tú lo has visto? Al niño, quiero decir —le pregunté a Sandra.

—Sí, ni siquiera le pusieron nombre. Supongo que pensaron que así le quitarían humanidad y lo verían más como un objeto o como un animal, y les sería más fácil no quererlo. Pero ya ves que no funcionó. Al menos a ella no —me dijo volviendo la cabeza y señalando el campanario—. Su marido seguramente aguantó y no miró por la ventana, y por eso no consiguieron que saliera de casa. Pero una madre siempre es una madre. Ya se sabe.

—¿Y a las marfantas las has visto?

—Por suerte no. Hace muchos años que me siento, esperando a que vengan y se me lleven. De niños nos asustaban cuando nos portábamos mal y nos decían que vendría a buscarnos el Siginero, pero el Siginero no nos daba ni la mitad de miedo que ellas. Nunca imaginé que algún día podrían llevárseme de verdad.

—¿Y puedes hablar con ellas? ¿Por qué se te quieren llevar?

—¡Qué dices! ¿Cómo voy a hablar con ellas? Se me quieren llevar porque son malas y quieren sus propiedades limpias; no desean que haya nadie que no sea ellas merodeando por los lugares que les pertenecen; creen que les robarán lo que buscan. Pero es que este tampoco es mi sitio, ¿entiendes? Yo quiero irme de aquí, pero no con ellas. Yo no soy de su mundo.

—Dime qué puedo hacer para ayudarte.

—Primero dejemos que pasen estas semanas y que se vayan. Después lo pondremos todo en marcha.

A medida que pasaban los días, las granizadas de barro iban perdiendo intensidad, todo crujía cada vez menos y los delirios de la fiebre que convulsionaban las casas y a sus habitantes empezaban a remitir. Aun así, cada mañana que salíamos veíamos a alguien como el señor Pepe o como la mujer más rica del pueblo. Encontramos a la pastelera con el hueso del dedo índice asomando entre la carne e intentando encenderlo; como si el dedo fuera una cerilla, rascándolo una y otra vez contra un trozo de papel de lija; otro día fue un matrimonio al que había visto colaborar todos los años en la chocolatada de fin de curso, sentados en medio de la calle arrancando fotografías de un álbum y comiéndoselas. Todos, absolutamente todos, tenían los ojos transparentes como el señor Pepe. Sandra, cuando se podía, me hacía interactuar con esas personas que ya no eran quienes habían sido y, con el transcurrir de los días, cuando pasábamos por algún sitio, la gente se apartaba de nosotros como se retira el agua en un plato cuando le cae una gota de aceite. Empecé a percibir en mí una cualidad viscosa.

En casa todo seguía igual: mi padre continuaba utilizando el adverbio de esa manera que tanto me irritaba y los ojos de mi madre se llenaban cada día de cristales rotos. Aun así, cada mañana de esos veintiún días, antes de desaparecer hasta la última hora de la tarde, me hizo el bocadillo. «Gracias, mamá, ojalá hubiera entendido todos esos actos de amor tuyos». A mi tía Sisca apenas la vi; solo la intuía detrás del fuego que quemaba las casetas de caña que aparecían a nuestro alrededor.

La noche en que por fin pasó era una como todas las demás desde que el pueblo había enfermado con las marfantas, pero yo la sentí diferente. Mi madre doblaba y desdoblaba trapos de cocina, y mi padre mataba el tiempo en el sofá. Yo sentía la misma sensación que cuando tenía ganas de escribir, los pinchazos en el bajo vientre, en el mismo lugar donde me pinchaban la angustia y el miedo. Creo que Sandra se dio cuenta porque se mostraba especialmente cercana. Me siguió cuando me retiré a mi habitación y no me dejó quitarme el esparadrapo ni las gafas.

Cuando se oyeron los primeros aullidos, Sandra me miró y negó varias veces con la cabeza. Mi mirada no podía despegarse de la persiana. La intuía detrás de las cortinas y del cristal, la sabía débil, accesible, sin efectos secundarios, fácil de manipular, fácil de levantar y fácil de reventar. Era como yo, la persiana era yo y yo era la persiana. Las marfantas aullaban, ahora muy cerca, pero esta vez no tenía el miedo de las otras noches. Sus pisadas retronaron por el tejado. Sandra me apoyó una mano en el hombro y volvió a negar con la cabeza. Alguien dio unos golpes en la persiana. Suaves, con una flexión que parecía pedir un favor. Sandra me apretó el hombro. No me moví. Pasaron unos minutos. Los golpes aumentaron su

intensidad. Ahora la flexión había cambiado y pedía ayuda. Una fuerza irresistible me hizo levantarme y dirigirme a la ventana. Primero descorrí las cortinas. Una línea de puntos de luz de color amarillo se colaba a través de la última línea de agujeros de la persiana, que no había conseguido bajarse del todo. Los golpes que imploraban auxilio continuaban. Sandra me tiró del jersey. Cuando abrí la ventana, entró una vaharada de aire caliente que empujaba para atravesar la persiana todavía bajada y que traía el olor de los arrozales del Delta cuando acaban de segarlos y los aplastan con unas ruedas de hierro gigantescas para asegurarse de que ninguna planta vuelva a brotar; olía como si también hubieran aplastado la casa con esas ruedas de hierro, y ella, el barro y el lodo se hubieran convertido en un solo ser.

Cogí la cinta de la persiana con las dos manos y tiré de ella. Pero no cedió, como si la suciedad de los años y el miedo a la suciedad de los años la hubieran inmovilizado. Volví a dar un tirón y Sandra me cogió del brazo. Negó con la cabeza, negó con los ojos, con la boca, con la piel, con todo su cuerpo me decía que no subiera esa persiana. Al tercer tirón la cinta cedió con una queja tartamuda.

La luz astringente de la luna se derramaba sobre la calle y las casas, y, en medio de todo, de pie, con los brazos abiertos y con una sonrisa, estaba Sandra. La misma Sandra de la muñeca de trapo que salía en la foto de mi tía Sisca. Sandra peinada, con la ropa seca, sin que el agua le chorreara por los dientes ni le goteara del paladar. «Ven —me decía—, ven, yo te acepto tal como eres». A su lado apareció la visión de mí mismo, vestido con la misma ropa que llevaba puesta, y con el mismo peinado, y tenía la espalda erguida como mi madre cuando pensaba en países lejanos y campos de

hierba de montaña, pero ese yo espectral no llevaba gafas ni parche, porque tenía dos ojos perfectamente formados y en su sitio, ojos funcionales como los del resto del mundo.

Volví la cabeza y Sandra, con la ropa empapada, seguía a mi lado, ahora con una sonrisa que decía que sí y que no hacía ningún esfuerzo por ocultar. Volví a mirar fuera y la otra Sandra, la que me decía «ven», todavía tenía los brazos abiertos. Mi visión ya no estaba. La fuerza irresistible hizo que sacara el torso por la ventana, que pasara una pierna y después la otra hasta encontrarme de pie, cara a cara con la Sandra iluminada por la luz astringente de la luna.

Primero me invadió la euforia, un deseo irrefrenable de abrazarla, como la primera vez que la había visto en el bosquecillo de cipreses del colegio, pero multiplicado por mil. La veía igual que la había visto allí, aunque ahora llevaba las gafas y el parche. Cuando abrí los brazos y di el primer paso, una fuerza de succión surgió de mi interior y me sacudió el corazón y el cerebro, que ahora parecían girar montados en un caballito de un tiovivo en llamas. Y el corazón y el cerebro buscaban, buscaban debajo de la arena seca del pasado, buscaban entre mis recuerdos, entre los pliegues de la memoria y las capas de mi piel. Buscaban y volvían a buscar, y al mismo tiempo los empujaban hacia fuera, hacia la boca abierta de Sandra, que en esos momentos ya no era Sandra, sino una sombra con su forma.

La sombra se asomó a mi ojo y también a la protuberancia de carne que tenía debajo del parche, y, en el momento en el que lo hizo, dos salpicaduras de agua reverberaron como si alguien hubiera tirado dos piedras a un pozo. La sombra estaba dentro de mí, cogió aire, se zambulló y buceó entre mis vísceras, que se apartaban y se

recolocaban para dejarle paso, para comprobar si lo que buscaba yo lo tenía escondido allí y no en el corazón o en el cerebro.

Las tripas son un buen lugar para ocultar los recuerdos, porque cuando los buscas son más difíciles de encontrar, puedes confundirlos con un dolor de barriga vulgar y corriente y ya no piensas que estén ahí. El problema es que cuando los encuentras, cuando te das cuenta de que están ahí, suele ser demasiado tarde. Pero por mucho que las marfantas buscaran, no encontraban nada, porque allí no había nada que encontrar. Lo único que había era lo que yo era, y lo que yo era nunca lo había escondido. De todo aquello que la gente del pueblo ocultaba, las máscaras con las que afrontaban cada día de su vida, no había nada dentro de mí.

Yo solo tenía un secreto, yo creía que tenía un secreto, pero era tan evidente que no era ni siquiera un secreto, y era tan grande que me tapaba la vista y me impedía verlo, y si uno no sabe que lo tiene, nadie, ni las marfantas, puede encontrarlo para colocárselo delante del espejo. Un secreto del que no he podido darme cuenta hasta que he empezado a escribir esta historia y ha comenzado a gritarme dentro de las tripas y a pedirme todos los espejos del mundo. Un secreto que ha condicionado mi vida y que clama en todas estas líneas: yo no sé ser querido.

Grité mi nombre en medio de la noche de las marfantas y el pueblo me oyó gritar mi nombre en medio de la noche de las marfantas, y, a partir de ese momento, el mundo tal como lo había conocido y tal como me había conocido cambió para siempre.

2

8 de julio de 1983

Soy Joana K.

Todo el mundo parece tenerle miedo a Mario. Es una sensación que he ido descubriendo. Al principio creía que les repugnaba su aspecto, su manera de andar, su parche en el ojo y sus gafas, y que por todo eso lo evitaban y cambiaban de acera cuando se cruzaban con él. Pero hay algo más siniestro en la forma en la que vuelven la cabeza cuando lo ven a lo lejos y sobre todo en la forma en la que la inclinan ligeramente en su presencia. Podría pensarse que es un gesto de respeto, pero cada vez veo más una sumisión, una reverencia de algún tipo de culto.

Echo de menos a mis amigas, y eso me desespera; no creía que me harían tanta falta y no puedo hablar con ellas porque resulta que aquí no tenemos teléfono. Parece que solo hay uno en la taberna, pero casi nunca funciona, y, además, tampoco me dejan ir sola porque está llena de hombres. Escribir me ayuda a tenerlas cerca, es como si se lo contara todo, y me servirá para recordar cuando vuelva a casa y tenga que contárselo de verdad. Aquí no hay muchas posibilidades de hacer amigos. Cada vez que lo he intentado con gente de mi edad, todos me han girado la cara; algunos al

menos han tenido la deferencia de decirme «no, gracias». Sospecho que este comportamiento también está relacionado de alguna manera con Mario.

Mi padre se pasa los días fuera de casa, se va muy temprano con tres cañas de pescar y no vuelve hasta que salen los mosquitos, que aquí son insoportables por la cantidad y por la forma en la que te pican. La mayoría de las veces llega sin nada, pero algún día ha traído tres o cuatro peces que ni él ni mi madre ni yo sabemos identificar, pero que han resultado una cena excelente. Cada vez que trae alguno se presenta como un pavo real, debe de creerse un cazador prehistórico que llega a la cueva y que se sabe capaz de proveer a su hembra y a su cachorro. Mi madre, como siempre, exagera la hazaña, le da una importancia que no tiene para conseguir que se considere aún más imprescindible y que se sienta mejor. Siempre igual. Creo que, si no tuviera esta actitud, las cosas entre ellos irían mejor, quiero decir que si lo hiciera sufrir un poco, mi padre no lo daría todo tan por hecho. Para valorar a alguien, primero tienes que sentir su ausencia, ¿y cómo vas a echarlo de menos si sabes que estará cuando te venga en gana? Lo que me ha sucedido con mis amigas contesta de forma perfecta a esta pregunta.

Mi madre se pasa el día en casa. Dice que lo único que le gusta de aquí es que puede tomar el sol y ponerse morena sin tener que ir a la playa. Va a comprar a la única tienda que hay, un colmado donde puedes encontrar desde cacao en polvo hasta bragas de mujer mayor, prepara la comida y consigue que la casa esté limpia y que huela bien. Básicamente, lo mismo a lo que se dedica en nuestro piso de la ciudad. Tampoco se esfuerza en hacer nuevas amistades.

Seguro que espera que el tiempo pase lo antes posible para poder volver a casa. Puedo ver sus pensamientos a través de su manera de estar.

Yo me dedico a dar vueltas. Suerte que me he traído la bicicleta. Aquí todo es llano, y cuando sales del pueblo, notas que la opresión ya no es tan fuerte. Pese a ello, sigue siéndolo un poco. Los arrozales empiezan a granar y todo desprende un olor dulce que nunca antes había percibido. Cada día lo dedico a descubrir cosas. A veces es un camino escondido tras las cañas, a veces una barraca abandonada, a veces un nido de huevos moteados, a veces una barquita que se esfuerza inútilmente en no acabar en el fondo de algún canal. Hay más de los que vi el primer día y tienes que ir con mucho cuidado si no quieres acabar zambulléndote en uno. Me pregunto cuánta gente se habrá ahogado en ellos.

Hoy he hecho una ruta nueva y, cuando ya volvía a casa, he visto a lo lejos una ermita en medio de los arrozales. Creo que era una ermita, pero no estoy segura porque siempre las he asociado a paisajes de montaña y de rocas. Cuando la he visto ya era muy tarde, pero en cuanto pueda iré a hacerle una visita. El otro sitio que quiero descubrir son las mejilloneras que vimos el primer día. Aún no sé dónde están ni cómo se llega hasta ellas.

10 de julio de 1983

Esta mañana he visto a Mario. Desde el día que me preguntó cómo me llamaba no había vuelto a encontrármelo y, para ser sincera, tampoco me apetecía mucho. Estaba lejos y creo que no me ha

visto. Esta vez iba solo, sin su camarilla, pero por la manera de mover los brazos y la cabeza parecía estar charlando con alguien.

Me habría acercado, pero una barrera invisible no me lo permite. Todavía no sé si esa barrera es amiga o enemiga. Tendré que descubrirlo yo sola.

He aquí otra cosa que les contaré a mis amigas cuando vuelva a casa.

12 de julio de 1983

Acaba de ponerse el sol y todavía lo estoy digiriendo.

Hoy era el día que había elegido para visitar la ermita, o lo que sea aquello que hay en medio de los arrozales. Me he despertado tarde y he salido mucho después de lo que quería. También me he hecho un par de bocadillos para la comida porque quería pasar el día fuera.

Las calles estaban adornadas con banderitas de papel de todos los colores, como si el pueblo hubiera empezado la fiesta mayor de la noche a la mañana. Ayer tarde no había ni una, así que deben de haberlas colocado mientras dormía. Cuando en el campanario han dado las doce del mediodía, la gente ha salido a la calle y ha ocupado las aceras como si fueran a ver un desfile. He dejado la bicicleta y me he colocado al lado de una casa, ni demasiado cerca ni demasiado lejos de la familia que estaba sentada en unas sillas de enea apoyadas en la pared.

Las campanas han empezado a sonar. Era claramente un repique de celebración, de alegría, de Domingo de Ramos o algo así. Unos

minutos más tarde, ha doblado por una esquina al final de la calle el principio de una comitiva. Hombres, mujeres y niños llevaban unos palos levantados y, al final de cada uno, había una hoz atada, y de cada una colgaba un ramo de espigas de arroz que había empezado a granar, como los que he visto estos últimos días. A veces alguien gritaba una consigna ininteligible para mí, y todos los demás entonaban la respuesta en una voz más baja que la primera frase.

En medio de la multitud se levantaba la figura de Mario.

Iba sentado en un sillón adornado con penachos de cañas colocados de una manera que quería resultar estética, pero no lo conseguía, encima de una especie de plataforma de madera provista de cuatro asideros en los extremos. Debajo de la plataforma había unas hileras de piedras afiladas que alguien con mucha traza y paciencia había incrustado todavía no sé cómo. Me ha dado la impresión de que era una herramienta para hacer algún trabajo en los arrozales, la plataforma de un carro sin ruedas, quizá para que se deslice con más facilidad por el barro. De ella debe de tirar un caballo. Seguro.

A los pies de Mario estaba ese chico que el otro día actuaba como si fuera un perro. Ahora hacía lo mismo. Estaba tumbado, tocándole las piernas, y cada vez que alguien no contestaba a la consigna, se incorporaba y le ladraba. Después miraba a Mario, que le acariciaba la cabeza y dejaba que le lamiera la mano.

Cuando ha pasado el último miembro de la comitiva, toda la gente que estaba en la calle se ha unido a ella, y yo he hecho lo mismo. Hemos caminado un rato hasta que hemos llegado a la plaza de la iglesia. Allí había una mesa con un mantel de color blanco y un trono, porque esta vez sí era un trono, dorado y con relieves. Creo

que era el sillón, o como se llame eso, que el cura tiene detrás del altar. Han bajado a Mario, que se ha sentado y se ha anudado al cuello una servilleta, como si fuera un babero. Creía que iban a servirle la comida, pero no. Han empezado una serie de juegos, o espectáculos, no sé exactamente cómo definirlos. Primero varios hombres, adultos y en teoría funcionales, se han colocado delante de la mesa y han fingido hablar entre ellos. Han salido dos jóvenes del grupo general de la gente, y uno a uno les han bajado los pantalones y los calzoncillos. Mario les ha gritado: «¡Bailad!».

Todo el mundo daba palmas al compás de tresillo, y los hombres se han puesto a bailar, digamos, de la manera más artística que podían, pero los pantalones y los calzoncillos por los tobillos no les dejaban mover bien los pies, y al rato han empezado a tropezar hasta acabar todos en el suelo. Eran hombres casados, todos llevaban anillo, seguramente padres de familia. Mario se ha reído mucho, y lo que me ha sorprendido es que no era una risa malévola, sino que se reía de una manera honesta, la risa de cuando te cuentan un chiste que no encierra la menor maldad. La risa de un niño que está pasándoselo bien sin hacer daño a nadie.

El chico que hace de perro se ha colocado delante de la mesa y ha mirado a todos los presentes. Si alguien no se reía, corría hacia él a cuatro patas y le mordía los tobillos.

Cuando se han retirado los hombres con los pantalones todavía bajados, han traído a dos mujeres a las que no sé cómo habían embutido en dos carritos de bebé. Las mujeres gritaban y hacían todo lo que podían por salir de allí, pero otras las sujetaban dentro. Aquí ya no he podido soportarlo y me he marchado a casa. Por el camino venía una fila de gente con platos y ollas humeantes que se

dirigían a la plaza de la iglesia. Todo olía muy bien, a comida casera, pero a mí se me había quitado el hambre y un puño me obstruía la boca del estómago.

En casa, mi madre me ha dicho que sí, que ha oído alboroto, pero que no le ha hecho mucho caso y lo ha atribuido a ciertas tradiciones que mantienen algunas sociedades «asilvestradas». Ha utilizado esta palabra. «Debe de ser algún tema relacionado con la fecundidad de la tierra, o de las mujeres, o vete a saber qué otra bobada», me ha comentado. No le he contado lo que ha pasado en la plaza de la iglesia. Se ha enfadado conmigo porque no he querido comer y me ha reprochado que no valoro su trabajo, que ella se esfuerza mucho por todos nosotros. Es la primera vez que me habla así. Me ha gustado verla rebelarse. «Muy bien, mamá».

13 de julio de 1983

Hoy no he salido de casa. Creo que tengo fiebre, o puede que sea la resaca de lo que viví ayer. Mi madre ha venido a disculparse por lo que me dijo. «Muy mal, mamá».

Tengo ganas de volver a casa.

Tengo ganas de tener una conversación normal con mis amigas.

Mañana, si me encuentro mejor y no pasa nada extraordinario, iré a la ermita.

14 de julio de 1983

Hoy no me he dormido, pero mi padre ha madrugado aún más que yo. Siempre dice que los peces pican más cuando sale el sol, porque son las horas en las que tienen más hambre. Hace un bochorno que ya desde buena mañana brota de todas partes, pero sobre todo del suelo, como si hubiera calefacción radiante. En el cielo no había ni una nube, y creo que es la primera vez en mi vida que he visto una imagen como esa, un azul sin gradaciones, tan intenso y tan uniforme que parece que lo haya pintado con un rodillo alguien con mucha experiencia. Lo que hay debajo de este cielo también es uniforme, pero de una manera más lúgubre. Las banderitas de colores han desaparecido y todo vuelve a ser como siempre, como si a las calles les dieran miedo las personas y viceversa.

Antes de salir le he dicho a mi madre que hoy no comería en casa. Me ha preguntado el motivo, y cuando le he contestado que iba a pasar el día en los arrozales para ver la ermita de cerca, me ha dicho «de acuerdo» y ya no me ha preguntado nada más.

Me ha costado un poco encontrar el camino. Aquí todos los senderos son iguales y todo el paisaje también es igual, mires donde mires. El sol parece no tener ningún filtro y, aunque era temprano, me ha empapado de sudor. Al final he llegado.

El lugar está enclavado en una era de tierra endurecida en medio de los arrozales a la que se accede por un camino de carretas en muy malas condiciones. Hay cañas y maleza por todas partes, y da la impresión de que el sitio necesitara un afeitado. He bajado de la bici y he caminado con cuidado, mirando al suelo todo el rato por si me salía una serpiente. La ermita ha resultado ser una construcción de una sola nave, más grande y más alta que la casa que hemos alquilado, con un arco en la parte superior en el que se distinguen

unos anclajes oxidados que algún día sujetaron una campana de pequeñas dimensiones. La campana ha desaparecido. Las paredes exteriores están enlucidas con mortero, supongo, y pintadas de blanco. Digo «blanco» porque, cuando he rascado un poco, ha salido ese color, pero ahora tiene la tonalidad de la nieve que lleva unos días en el arcén de una carretera. Todas las paredes están heridas, quiero decir que están llenas de unos golpes que parecen martillazos, obra de un martillo de grandes dimensiones, como si hubieran intentado taladrarlas hace mucho tiempo. Por encima de la puerta, de hierro colado, creo, y llena de remaches circulares del tamaño de una moneda, hay una cerámica con la imagen de una Virgen con una cinta de tela en las manos. En la parte de arriba hay un pequeño rosetón.

He oído una voz apagada. Primero creía que era el producto de un principio de insolación, pero enseguida he entendido que procedía del interior de la ermita. He tenido el impulso de coger la bicicleta y esconderme entre las cañas, y después de un rato, la puerta se ha abierto y ha salido Mario. Hacía los mismos gestos que el otro día, cuando parecía charlar con alguien, pero hablaba solo. Creo que no llevaba el parche en el ojo, pero no estoy segura. Se ha marchado a pie en dirección al pueblo. Debe de estar acostumbrado, porque el camino es largo, unos ocho o diez kilómetros. Me pregunto qué ha venido a hacer aquí. ¿Será la finca de su familia?

Dentro de la ermita hacía frío y olía a humedad vieja, a periódicos mojados. Me ha parecido distinguir otro olor, a humo, casi imperceptible. Cuando me he acostumbrado a la penumbra lo he entendido: esto ardió en algún momento. También debía de estar pintada de blanco por dentro, pero una capa finísima de hollín lo

enmascara todo. Quedan los restos de tres pares de bancos de madera que también se quemaron. Supongo que el mismo día. El altar es un bloque irregular de piedra al que se accede después de subir tres escalones que tienen el mismo ancho de la nave y que estaban cubiertos con alfombras que ahora son una masa informe que no sé cómo describir. Justo detrás, a ras del suelo y a los pies de una estatua que representa a la misma Virgen de la cerámica de la puerta, reposa una lápida de mármol negro. En ella hay unas letras grabadas que se leen con dificultad. He podido distinguir un nombre, «Cinta Casademunt i Torres». Las fechas no he podido descifrarlas. Da la sensación de algo como de gente rica, y supongo que algún día por aquí cerca debía de estar la casa solariega, pero en los alrededores ahora solo se ven arrozales. Es posible que la ermita no sea una ermita, sino más bien un panteón.

Me he marchado de allí y he buscado la sombra de una higuera para comer debajo. A Mario no he vuelto a verlo. Lo único que recuerdo después de comerme el bocadillo es que me ha despertado una ráfaga de poniente que me ha provocado un escalofrío, aunque todavía hacía sol.

Quería ir a las mejilloneras, pero otra vez se me había hecho demasiado tarde y he pedaleado de vuelta a casa. Eran casi las seis cuando he llegado. Mi madre estaba sentada en el sofá leyendo una revista. «Tu padre todavía no ha vuelto», me ha dicho. Me he duchado, me he metido en mi habitación y he empezado a escribir estas líneas. A las ocho mi madre ha entrado en la habitación y me ha dicho que estaba preocupada por mi padre. Normalmente no le habría hecho caso porque siempre se angustia por todo, pero no me he quedado tranquila. He cogido la bicicleta y he ido a dar una

vuelta por si lo veía, y nada. En las calles no había nadie y tampoco he podido preguntar a ninguna persona. Cuando se ha puesto el sol he vuelto a casa con la esperanza de que ya hubiera regresado mi padre, pero no.

Ya era bien entrada la noche cuando hemos ido a la taberna a llamar por teléfono a la policía. No describiré el lugar porque no me apetece. Lo único que diré es que he tenido la sensación de estar en una cantina del lejano Oeste americano como las que he visto en las películas y que todo el mundo se ha callado de golpe cuando hemos entrado. Mi madre ha preguntado por el teléfono al hombre que estaba detrás de la barra y él le ha dicho que hace ya tiempo que el teléfono no funciona y que nadie viene a arreglarlo. Le ha preguntado por mi padre y él ha negado con la cabeza. También les ha preguntado a los hombres que estaban en las mesas y también han negado con la cabeza.

Hemos vuelto a casa y todavía seguimos esperando.

15 de julio de 1983

Esta noche no hemos dormido.

En cuanto se ha hecho de día nos hemos montado las dos en la bicicleta y hemos ido a buscar a mi padre. Mi madre pedaleaba y yo iba sentada en el portaequipajes. Ya sabemos que la gente no sale a la calle, pero esta mañana el vacío no era normal. No sé cómo, pero se notaba que en las casas tampoco había nadie. Poco después hemos visto a todo el pueblo en filas de a cuatro, cargados con todo tipo de herramientas y de materiales. Iban caminando hacia el mar.

Mi madre ha tenido una idea macabra y se ha empeñado en ir al cementerio. Esto me ha hecho pensar que en el fondo, aunque no quiera aceptarlo, presiente que mi padre está… No quiero escribir aquí la palabra…, que mi padre ya no está aquí. No se lo he dicho y he guardado silencio hasta que hemos llegado. Aquí no hay nadie enterrado en la tierra. Se trata de nichos de obra dispuestos en filas de tres agujeros de altura. Todo el cementerio está pintado de blanco, tanto que he necesitado unas gafas de sol.

Había coronas por todas partes. Las flores todavía estaban relativamente frescas, lo que significa que en poco tiempo aquí ha muerto más gente de la que se supone que debería ser normal. Se me ha ocurrido que también puede ser que hayan muerto todos a la vez. Quizá el mismo día. Quizá incluso a la misma hora. Me pregunto si Mario ha tenido algo que ver con ello. Me ha entrado mucho miedo de golpe y hemos salido de allí. Mi padre no estaba, eso seguro.

En cuanto sales del pueblo todo parece igual, todo el paisaje es una repetición en bucle. Creo que esto ya lo he dicho. Lo que hemos hecho ha sido seguir el primer canal que hemos encontrado hasta que se cruzaba con otro, y después continuábamos por ese segundo hasta que se cruzaba con otro, y después por ese tercero, y así hemos pasado la mañana y todo el mediodía. No hemos comido, tampoco teníamos hambre.

Supongo que por la conmoción de las circunstancias hasta la tarde no se nos ha ocurrido ir a buscarlo a la zona de las mejilloneras. No sabíamos dónde estábamos, pero el río está a la derecha y el mar a la izquierda. En un momento dado hemos perdido el camino y nos ha tocado avanzar por uno de esos márgenes de tierra que delimitan

los arrozales. Al final hemos llegado al mar. La desembocadura está a la derecha, así que hemos pedaleado hacia la izquierda. No sé cuánto tiempo ha pasado hasta que hemos visto su espejismo a lo lejos. Cuando hemos llegado, la luz del día empezaba a disminuir y mi madre ya no podía más.

Había un descampado de arena de playa, pero dura como el cemento. En medio, un círculo de color negro que parecía los restos de una hoguera muy grande. Todo a su alrededor estaba lleno de marcas, como si en ese lugar hubiera habido un campamento. El coche de mi padre se encontraba allí, abierto y con las llaves en la cerradura. Los prismáticos seguían en la guantera. Me he tranquilizado y me he angustiado. Todo a la vez. Las cañas todavía estaban en la orilla del agua. Un poco más allá, varias barcas se desintegraban en una especie de cementerio al que hubieran ido a morir.

Nos hemos desgarrado la garganta llamando a mi padre, pero nadie nos ha contestado. Nuestras voces han rebotado contra las mejilloneras y han vuelto distorsionadas. Tampoco hemos visto nada con los prismáticos. Ha llegado un momento en el que ya no podíamos aguantar más, porque los mosquitos no nos dejaban en paz. Nunca había visto tantos y tan juntos. No entiendo cómo hubo gente hace siglos que decidió que este era un buen lugar para vivir. A medida que el cielo se oscurecía, las mejilloneras adquirían un brillo que titubeaba en el agua.

Hemos cargado la bicicleta en el coche y hemos intentado volver a casa. Si de día ya era difícil, de noche ha resultado casi imposible. Por eso hemos llegado de madrugada. Mi madre estaba cansadísima, pero igualmente ha querido ir a Tortosa a buscar

ayuda. Hemos salido del pueblo y hemos vuelto a perdernos. Casi nos caemos en un canal. Nos hemos abrazado y nos hemos echado a llorar. Me ha pedido perdón por haberme traído aquí. Pero ¿qué culpa tiene ella?

Todavía no sé cómo hemos encontrado el pueblo de nuevo. Por primera vez desde que estoy aquí me he alegrado de verlo. Cuando todo va bien es mejor no compararte, pero en las situaciones complicadas es bueno hacerlo: siempre podrías estar peor o mucho peor.

He intentado escribir, pero apenas he podido. Llevamos dos noches sin dormir.

He terminado de escribir estas líneas la mañana del 16 de julio.

16 de julio de 1983

Cuando me he despertado, en la mesa del comedor había una nota de mi madre. Había ido a Tortosa y me decía que me quedara en casa por si mi padre volvía. He cogido la bicicleta. He salido a dar una vuelta. Nada. Nunca cuatro letras me habían angustiado tanto. Nada.

No he podido comer. No tenía hambre. No tengo hambre.

Por la tarde he oído el ruido del coche. Mi madre ha entrado en casa llorando, estaba muy despeinada, como si hubiera habido una serie de pequeñas explosiones dentro de su pelo. Se ha bebido una botella de agua, ha ido al comedor y allí le ha dado un ataque de nervios. Nunca la había visto así y no he sabido reaccionar, ni bien ni

mal. Me he quedado plantada en la puerta de la cocina mirando cómo casi se ahoga tumbada en el sofá. Al final se le ha pasado.

Me ha dicho que no ha podido salir «de este lugar de mierda». Ha utilizado estas palabras. No ha encontrado el camino de salida. Se ha pasado horas dando vueltas y ha vuelto a perderse. Ha decidido regresar porque el depósito de gasolina está por la mitad. Dice que todavía no sabe cómo ha conseguido llegar al pueblo.

Mañana la acompañaré. Dejaremos la puerta de casa abierta y una nota en el recibidor por si mi padre vuelve.

17 de julio de 1983

Hemos conducido hasta la hora de comer. No hemos encontrado el camino de salida.

18 de julio de 1983

Hemos conducido hasta la hora de comer. No hemos encontrado el camino de salida.

19 de julio de 1983

Hemos conducido hasta la hora de comer. No hemos encontrado el camino de salida.

Nos queda menos de un cuarto de depósito.

20 de julio de 1983

Hemos conducido hasta la hora de comer. No hemos encontrado el camino de salida.

21 de julio de 1983

Hemos conducido hasta que se ha encendido la luz roja de la reserva de la gasolina.

No hemos encontrado el camino de salida.

El camino de salida ha desaparecido.

No hay camino de salida.

3

Siempre me he preguntado cómo llegan algunas personas a tu vida. Se dice que todas se cruzan contigo porque necesitas aprender algo de ellas, porque deben darte alguna lección que solo esas personas pueden darte, a veces por las buenas y a veces por las malas, pero yo creo que eso no es del todo cierto. Algunas personas llegan a tu vida y luego se van, y ya está, y no tienen que darte ninguna lección ni tampoco pasa nada. Pero Joana no era una de ellas.

Qué cambio en el pueblo después de la llegada de las marfantas. Debo reconocer que actué de formas de las que ahora no me siento especialmente orgulloso. No de lo que hice, sino de cómo lo hice. Pero no puedo volver atrás y tampoco estoy aquí para juzgarme de ninguna manera a mí mismo. Al fin y al cabo, no maté a nadie, o al menos eso creo. Y revolcarme en el barro tampoco sería la mejor manera de limpiarme. Lo tendría muy fácil, pero no lo haré. Yo solo cuento lo que pasó. Y es raro, cuando miro atrás no reconozco a aquel Mario, para mí se trataba de otra persona.

Pero estaba hablando de Joana. Aparte de los feriantes, es posible que fuera la primera forastera que hubiera visto nunca, con esos aires de chica de ciudad a la que no se le puede enseñar nada porque allí ya se lo han enseñado todo, como si en la ciudad supieran cómo se pesca una tenca cuando estás muriéndote de

hambre. Joana tuvo la mala suerte de venir en el peor momento, cuando todas las grietas se habían abierto y ya era imposible saltar sobre ellas para salir de allí como fuera. El día que llegó con sus padres ya vi que me temía un poco, pero no de la misma manera en que lo hacía el pueblo. En sus ojos había una curiosidad que se esforzaba por imponerse a la retirada que siempre provoca el miedo. Este fue el primer aspecto que me llamó la atención.

Habían pasado dos meses desde que las marfantas se habían ido, dos meses desde aquella noche en la que intentaron ponerme delante de mi espejo y no pasó nada, porque no tenía nada que esconder, dos meses desde aquella noche en la que me aceptaron en sus predios. La gente me temía como se teme a un espíritu maligno, y me acostumbré enseguida al poder que me entregaron sin la menor gana. Como Sandra dijo aquella vez, no tenían por qué divertirse siempre los mismos, y ahora el que se lo pasaba bien era otro. Yo. Y divertirme, me divertía. Y cuando te lo pasas bien el tiempo avanza más rápido, y en una hora puede que hayas vivido una vida entera. Y de eso no es fácil desengancharte.

Arturet y Prats recorrían el pueblo con el Chino, que ya no era el Chino, sino el Perro. Lo llevaban atado con una correa y en muy poco tiempo se le hicieron callos en las palmas de las manos y en las rodillas, y al cabo de nada también adquirió cierta habilidad en caminar a gatas. Notaron enseguida que el resto del pueblo me tenía más miedo que ellos, que sus secretos habían perdido importancia frente a los de los demás, si tenían en cuenta su manera de comportarse; es decir, que los de los demás eran peores. Entendieron que se habían colocado un escalón por encima y lo

aprovecharon. Supongo que fue para congraciarse conmigo, pero sospecho que lo habrían hecho de todas maneras.

Siempre había alguien que, también para congraciarse, les soplaba que había oído a su vecino murmurando una frase sobre mí o sobre ellos, una frase que no me habría gustado oír. Entonces le hacían una visita. Con una bastaba. Ver a los tres en la puerta de tu casa era lo peor que te podía pasar. No solo porque entrabas a formar parte de mi lista de personas no favoritas, sino porque, a ojos del resto de los vecinos, te colocaba en el pecho un estigma muy visible que te convertía en un apestado. Ya no tenías amigos ni familia, no podías ir a la taberna y solo podías ir a comprar a determinadas horas del día.

La paranoia no tardó en instalarse en el pueblo y se agarró a él como una sanguijuela hambrienta. Esto hizo que aún fueran más fáciles de gobernar. Vi a amigos de toda la vida no volver a hablarse, vi a hijos que ya no iban a ayudar a sus padres y vi a padres repudiar a sus hijos. La paranoia, cuando no es tuya, cuando la ves, cuando puedes aprovecharte de ella, es tan real que puedes tocarla, y es blanda y agradable al tacto. Su consecuencia más clara fue el silencio, y al final acabaron agachando también la cabeza por miedo a mostrar la cara. El pueblo se convirtió en un convento de clausura, en un glaucoma.

Aquellos dos primeros meses, Sandra fue un verano por fuera; por dentro seguía siendo la misma de siempre, pero yo no lo sabía. La mañana en la que por fin me atreví a hacerle la pregunta, me llevó por primera vez a su casa. No quise coger la bicicleta, me gustaba

caminar y saborear cada paso que daba en el nuevo universo que había construido. Lo había hecho con su ayuda, vale, pero era mío. Ella no era de ese mundo.

Antes del mediodía llegamos a una especie de iglesia pequeña que creo que era la misma que había visto semanas atrás, la noche que dormí en el campamento de los feriantes. Sandra la señaló.

—Esto es la ermita, ahí vivo yo —me dijo—. Ven, entremos.

Cuando cerró la puerta a nuestras espaldas, el interior quedó solo iluminado por un tenue rayo de luz que entraba por un pequeño rosetón de la fachada y que se estrellaba directo, como si fuera el foco de un espectáculo teatral, sobre la figura de una Virgen. Eché una ojeada rápida, pero no vi gran cosa, porque Sandra enseguida me pidió que me sentara en un banco.

Se colocó a mi lado, me quitó el parche de la protuberancia, lo rompió y tiró los trocitos al altar. Luego volvió a ponerme las gafas.

—Así es más impresionante, una obra de arte enmarcada. Aún llama más la atención. A partir de ahora no vuelvas a tapártelo, por si hay alguien que todavía no quiere creérselo del todo —me dijo. Después se quedó un momento con la barbilla apoyada en las palmas de las manos y con la mirada posada en la figura de la Virgen—. Mario…, yo quiero a esta tierra —continuó—, mi familia se la ganó con mucho sudor y con muchos años de un trabajo que no habrían querido hacer ni los animales. Ahora ya no es mía, dicen que la han vendido…, pero claro que es mía, mía y de nadie más. Todo lo que voy a contarte es tal como lo he oído contar siempre en casa… Cuando ellos llegaron aquí ya había una comunidad establecida desde hacía años. Se notaba porque todos se conocían muy bien y tenían una forma muy estructurada de organizarse. Había

mecanismos para todo, para el autoabastecimiento y el autogobierno, y siempre he oído decir que aquí nunca venía nadie a hacer nada ni tampoco a saber nada.

»Mi abuelo contaba que lo que más le sorprendió a su bisabuelo fue que no había iglesia y que a los niños no los bautizaban ni hacían la comunión, y que todas las ceremonias, las bodas y los entierros, pero también todas las decisiones que afectaban a la vida de la comunidad, y muchas veces también las que tenían que ver con cosas más íntimas, las decidía un cónclave formado por siete hombres. Y que esos siete hombres actuaban en función de lo que les decía una mujer, a la que ellos llamaban «la Bruja». Todo pasaba por las manos de la Bruja. A cambio, ella les garantizaba la vida, una buena vida teniendo en cuenta las circunstancias, y el hecho es que nunca hubo una mala cosecha y la gente iba muriéndose de acuerdo con el transcurso natural del mundo.

Iba a hacerle la pregunta, pero me salió otra:

—Sandra, tú nunca me engañarías, ¿verdad?

Fingió no haberme oído.

—A aquella comunidad —continuó— no le gustaban los forasteros, pero mi bisabuelo era diferente de todo lo que habían visto y se los ganó. Nunca pidió permiso para nada. Lo que hizo fue buscar las únicas tierras que nadie trabajaba porque eran demasiado saladas e imposibles de hacer prosperar. Con tiempo y sudor empezó a mejorarlas, y cada año las yugadas de tierra que podían cultivarse aumentaban. La gente, que al principio no le creía y se burlaba de él, iba a verlo trabajar, primero solo, sin ninguna ayuda, después con un caballo que, como él, hacía el trabajo de diez. Cuando, tiempo

después, se le preguntó a la Bruja si podían aceptarlo, porque creían que aportaría valor al pueblo, esta dijo que sí.

»Pero mi bisabuelo no necesitaba que nadie lo aceptara, él mismo conocía su valor. Agradeció mucho la bienvenida que le dio el cónclave de siete hombres, pero siempre se mantuvo al margen de casi todo el pueblo. Digo de "casi todo" porque cuando estaba construyendo la masía se enamoró de una chica que era hija de uno de estos siete hombres. La Bruja bendijo la boda y todo fue más o menos bien hasta que nació el primer hijo del matrimonio. En aquel momento, la finca ya era el doble de grande de lo que era al principio. Eso quería decir más trabajo y menos vida social, ya que el tiempo libre que tenía lo dedicaba a su mujer y al niño. El matrimonio desafió al cónclave y no quiso llevar al colegio al pequeño, y lo educaron según su manera de entender la vida.

Mis ojos se habían acostumbrado ya a la penumbra y mi mirada deambuló primero por el techo y después por las paredes, hasta que se detuvo en la imagen de la Virgen.

—Mario, mírame… Cuando llegó la niña, a ojos de la Bruja y de todo el pueblo se habían convertido en unos traidores, unos egoístas que priorizaban su bienestar por encima de los demás. La niña aún no había cumplido un año cuando toda la prosperidad se derrumbó, las cosechas iban mal y las plantas se secaban sin razón aparente en el momento en que el fruto empezaba a madurar. Pero cuando la niña, que entonces tenía cuatro años, murió después de que su madre encontrara enterrada en el corral del caballo una muñeca de trapo con una venda en la boca y la barriga llena de pinchos, ya no pudieron aguantarlo y se marcharon. En el pueblo no se supo nada más de esa familia hasta que, años después, el hijo, ya convertido

en un hombre, volvió para reclamar las tierras y la masía. Nadie se había hecho cargo de ellas y habían estado abandonadas desde el día en que huyeron, porque la Bruja las había maldecido. Pero el pueblo había cambiado. Ahora tenía una iglesia y un campanario. Seguía existiendo el cónclave de los siete hombres, pero ahora no había ninguna bruja, sino que era un alcalde el que decidía qué era mejor para todos según las leyes naturales del hombre.

»Pero las personas no habían cambiado. Por fuera sí eran diferentes, pero por dentro eran las mismas de siempre; las mismas envidias y los mismos rencores. Mi abuelo había vuelto con una mujer y un hijo adolescente, y entre los tres hicieron que las tierras abandonadas empezaran a dar fruto en muy poco tiempo. Más envidias y más rencores. Cuando llegó el momento, mi padre tampoco quiso buscar mujer aquí en el pueblo. Se casó en la ciudad y vinieron. A diferencia de mi abuelo, él sí hizo lo posible por integrarse y por integrarme, y eso llevó a que yo fuera al colegio como todas las otras niñas y a que hiciera amigas.

—¿A mi tía Sisca la conociste en el colegio?

—Sí, ella era mi mejor amiga, pero yo no lo era para ella. Ella tenía a Catalina. Era un poco mayor que nosotras y siempre las envidié, la verdad, porque veía que entre ellas había algo muy especial y muy bonito que no llegaba a entender del todo, pero que veía que yo nunca podría tener. Siempre estaban trajinando a escondidas, haciendo cosas raras con ramitas de ruda y hojas de adelfa, diciendo oraciones y monsergas de esas… Te juro que nunca le deseé ningún mal a ninguna de las dos. Un día llegaron unos feriantes al pueblo y Catalina se fue con ellos. La noche antes las

espié y las vi despedirse; no oía lo que se decían, pero se dieron muchos besos en los labios.

»Después de aquello, Sisca y yo nos acercamos mucho la una a la otra, pero a ella se le notaba el vacío y nunca volvió a ser la misma. Su familia no era de las más afortunadas, digámoslo así, y yo les llevaba buena comida de la nuestra y ropa casi por estrenar. Le regalé una muñeca a la que le tenía mucho cariño porque me la había hecho mi abuela antes de morir, una muñeca de trapo preciosa que se llamaba Sandra, como yo. Al principio todo fue muy bonito, pero las personas somos extrañas, Mario. A veces, cuanto más amor das, más daño te devuelven, nunca lo he entendido. Al cabo de un tiempo noté que me envidiaban. Sisca sobre todo, pero también su madre. ¿Qué culpa tenía yo de que nosotros estuviéramos mejor que ellos? Mi familia quizá tuvo más suerte, no lo sé, pero también se lo ganó.

Sandra hizo una pausa y miró a la nada. Me levanté para ver desde más cerca la imagen de la Virgen, pero cuando estaba a punto de rodear el altar soltó un grito.

—¡Mario! ¡Ven aquí! Tienes que escuchar bien lo que te estoy contando, quiero que sepas la verdad, que sepas quién es tu tía Sisca.

Volví a su lado y me senté. Sandra reanudó la historia:

—Un día, mientras jugábamos en el río, Sisca resbaló y se cayó al agua. La corriente la absorbió enseguida y se la llevó. Corrí por toda la orilla para intentar salvarla, pero la única manera de conseguirlo era lanzarme al río y no fui lo bastante valiente. Por suerte, vi un animal muerto y le grité a Sisca que se agarrara a él. Y así pudo hacerlo y se salvó, pero a partir de entonces la envidia de aquella

casa se convirtió en algo peor. No sé qué le contó Sisca a su madre, pero el ambiente cambió.

»Yo seguía yendo a merendar, me gustaba su compañía, pero una tarde no pude ir porque no me encontraba bien. Hasta tuve que meterme en la cama. Pasaban los días y no podía levantarme de la cama. Cada vez estaba peor. Creía que era nostalgia. La nostalgia es muy mala, y añorar a alguien que sabes que tienes al lado todavía más, pero añorar a alguien que no existe es lo peor. Me dolía la barriga, tanto que a veces no podía respirar. Lo último que recuerdo es desmayarme mientras estaba acostada. Después todo es confuso. Primero, la oscuridad, el silencio más absoluto, el no saber dónde estás. Más tarde, una luz borrosa y ver que ya no tenía un cuerpo en el que refugiarme. A partir de ahí, el tiempo también desapareció. Viví en el agua. No sé cuánto pasó hasta que fui consciente de que volvía a tener un cuerpo. Era el mismo de siempre, con la misma ropa, pero era diferente, lo sentía empapado y al mismo tiempo seco como un soplo de viento. Mucho después, cuando se hizo de día, me encontré en medio del patio del colegio, de un colegio nuevo, rodeada por completo de niños a los que nunca había visto, de casas que nunca había visto, de carreteras que no conocía, de olores nuevos y de coches que no eran como el de mi padre. Estaba en el pueblo, eso lo entendí, pero no sabía cómo habían pasado tantos años ni tampoco cuántos.

—Pe-pero… Pero no puede ser que estés muerta, yo puedo verte y tocarte.

Sandra me besó la protuberancia de carne que deseaba ser ojo.

—Para ti estoy viva, Mario, siempre lo estaré, pero me costó mucho entender por qué nadie podía verme ni tocarme. He pasado

años y años queriéndome ir, y ahora, por fin, has llegado. No sé qué te habrá contado tu tía Sisca, pero no quiero nada de ti ni de ella; no quiero vengarme. Podría hacerlo y tendría toda la razón si lo hiciera… Pues ¿hay razón más importante que la propia vida? Porque no tengas ninguna duda de que fue ella con su brujería, con todo aquello que hacía junto con Catalina. Pero ahora ya es demasiado tarde y soy demasiado vieja, y estoy demasiado cansada y lo único que quiero es descansar de una vez. Te lo juro.

Al final, la pregunta se deslizó:

—Sandra, dime la verdad. ¿Tú llamaste a las marfantas?

Dudó unos segundos antes de contestarme.

—Yo sabía que tú no tenías nada que esconder… Créeme, por eso las llamé; si no, no lo habría hecho. La prueba es que estás aquí y que todo nos está saliendo bien. Pero lo primero que tengo que hacer para marcharme es arreglar esto, mi casa, no puedo dejarla así, con lo que les costó a los míos. La masía ya no está y no puedo hacer nada por ella, la ermita es lo único físico que me queda de ellos. En el pueblo encontraremos de todo: pintores, albañiles, carpinteros, gente que la dejará como el día en que se celebró aquí la primera misa. Los haremos venir a pie, como hemos ido nosotros siempre.

Qué montón de señales ignoradas, qué montón de pinchazos en la barriga que te advierten antes de que lo haga la vista, cuántas veces negué el testimonio de los sentidos creyéndome que era diferente y que no me pasaría lo que, durante toda la historia, le ha sucedido al resto de la humanidad. Lo sabía y fingía ignorarlo. Muchas veces la

negación venía de un plano más inconsciente, de un cerebro que no quería enfrentarse a la verdad y que lo único que hacía era taparla con un montón de tierra que se hacía cada vez más grande y más visible. Pero también es cierto que hubo otras en las que sí aparté la mirada en un ejercicio voluntario y elegido, y cuando escoges, aunque a veces te equivoques o te lleven a error, siempre implicas la conciencia, y eso me revuelve el estómago.

Al día siguiente, cuando todavía no había salido el sol, la gente formó en filas de a cuatro en la salida del pueblo. Algunos llevaban las herramientas en la mano, otros carretillas con el material, pintura, cal, arena, cemento, maderas y clavos de todos los tamaños, y unos cuantos llevaban comida y agua fresca metida en hielo. Recorrí las filas persona por persona y las miré a la cara. El terror que veía en sus ojos era tan real como las ortigas que me llagaron la espalda aquella tarde junto al canal. Gente que me había visto la protuberancia cuando yo era demasiado pequeño para que les provocara más miedo que compasión. Y la mayoría seguramente ya no recordaban el aspecto que tenía. Pero ahora todo yo me había convertido en una gran protuberancia de carne con un agujero negro en medio, y eso era lo único que veían.

En el penúltimo lugar de una de las filas, una persona no se atrevió a mirarme. Mezclado con los demás, mi padre era un hombre como cualquier otro, un ser que hacía esfuerzos inhumanos por volverse invisible entre aquel montón de gente. Quizá lo hizo por miedo, por no tener que enfrentarse a mí. Quizá por vergüenza. No lo sé, ni tampoco me importa. En cualquier caso, me alegré. Mi madre no estaba, y de alguna manera también me alegré de eso.

La euforia me había subido de la barriga y me hinchaba el pecho. Solo era consciente de eso, consciente de mi ser. Un gran cerebro que por fin se había despertado y que me hablaba sin cesar. «Ahora mandas tú, Mario. Ya eres el amo. Y te gusta, ¿verdad? Qué cantidad de años deseando ser alguien, qué cantidad de tiempo deseando que te vieran de la manera que tú querías que te vieran. Ahora ya lo tienes. Es todo tuyo. ¿Esta es la manera, Mario? Da igual, Mario. Lo importante es que te ven, Mario».

Prats dio un grito. Todo el mundo agachó la cabeza y empezamos la caminata hasta la ermita. Arturet azuzaba al Perro contra los que perdían el paso o iban demasiado lentos. A medida que pasaban los minutos, el Perro tenía cada vez más trabajo. Cuando la silueta de la ermita se recortó contra el horizonte y la gente entendió que aquel era nuestro destino, un murmullo de preocupación se extendió entre las cuatro filas. El Perro no dejaba de ladrar y de morder todos los tobillos que podía. Tardamos casi tres horas en llegar. Sandra estaba sentada en la parte de arriba del arco e imitaba la voz de la campana que algún día había llamado a la oración. Ding-dong. Ding-dong.

La gente rodeó la ermita, pero no se acercaba, como si estuvieran al borde de un precipicio y temieran caerse.

—Les cuesta volver a según qué sitios, ¿lo ves? —me dijo Sandra —. El olor que les llega, la vista que tienen ante los ojos… Para muchos de ellos es como revivir algo que ya has vivido y que no quieres pasar. Todo esto ha cambiado mucho, pero ya ves cómo el efecto que les provoca es el mismo. Según qué espejos nos colocan delante no nos gustan. Este no es el de las marfantas, pero se acerca bastante.

Ni yo, ni Prats, ni Arturet, ni, por supuesto, el Perro teníamos ni idea de cómo se restauraba una ermita. Lo único que le dije a toda la gente era que quería que ese lugar quedara igual que el día en que se había inaugurado, y que si había alguien que no lo recordaba, que se lo preguntara a los que sí se acordaban. Prats consideró que era una buena idea hacerles cantar, porque así trabajarían mejor y más rápido.

Sandra se paseaba entre la gente, los miraba repartirse los trabajos con una sonrisa que ahora mismo no sé exactamente cómo interpretar. Diría que era de satisfacción, pero no, algo más se escondía tras aquellos dientes.

El primer incidente ocurrió poco antes del mediodía. La intensidad de las canciones había ido disminuyendo hasta que llegó un momento en el que solo se oía el ruido de las herramientas trabajando. Al final estas también callaron. No sé de qué manera apareció la escopeta en las manos de mi padre. Uno de los primeros movimientos que yo había hecho después de la noche de las marfantas fue ir a las casas de todos los cazadores del pueblo y requisarles las escopetas y los cartuchos. Todo. Nunca había visto un arma en casa ni tampoco sabía que mi padre había sido cazador en su juventud, por eso no fui allí, porque él, como por ejemplo también don Fernando, formaba parte del grupo de hombres que no tenía que entregar nada.

La escopeta me apuntaba a los ojos. Dos agujeros negros perfectamente alineados, una trayectoria recta, cercana, sin obstáculos. Solo tenía que apretar el primer gatillo. El segundo no sería necesario. Mi ojo primero y mi cabeza después ya habrían saltado por los aires. Seguro que antes dispararía a la protuberancia,

que ahora era visible, lo haría para destruirla, para borrar de una vez por todas aquel abismo al que le daba tanto miedo caer.

La gente dejó de respirar. El agua dejó de respirar. La tierra, el barro, el cielo, el arroz, el mundo dejaron de respirar durante esos momentos en los que mi padre tenía el dedo índice en el gatillo al tiempo que, con el pulgar, levantaba el percutor.

Entonces apoyó la garganta en la punta del cañón y disparó.

No fue lo bastante valiente para matarme. Era tan cobarde que no me sorprendió. Lo conocía tan bien… Entre todo lo que le explotó después de la detonación, lo que hizo más ruido fue el miedo que sentía por la escena en la que tendría que contarle a mi madre que me había matado, el pánico a su reacción, la de mi madre, que dentro de su cabeza, que ahora ya no existía, sería el abandono del matrimonio, como si después de todos aquellos años aún hubiera un matrimonio que abandonar, como si después de aquellos dos meses mi madre todavía fuera un ser humano funcional y no un despojo incapaz de entender lo que había pasado a partir de la noche de las marfantas. Hacía ya tiempo que mi madre no estaba. Pero durante aquellos días se había ido del todo.

Los gritos, los llantos, las carreras: todo cesó de golpe cuando Arturet cogió la escopeta y me la dio.

El olor a hongos y a musgo apareció a mi lado.

—No te preocupes —me dijo Sandra—, tampoco te hizo nunca de padre. Te has quedado igual que estabas, si no mejor. Ahora deben seguir trabajando. Después de esto, seguramente no tendrán hambre y no habrá que parar para comer. Mejor. Adelantaremos más.

No vi cómo retiraban el cuerpo de esa persona ni qué hacían con él, no me parecía asunto mío. Arturet y Prats se ocuparon de ello. El Perro se quedó vigilando con la escopeta al lado.

La euforia me había abandonado el pecho y Sandra me propuso una caminata hacia el mar.

—Es normal lo que estás sintiendo ahora —me dijo mientras me rodeaba el hombro con el brazo, que luego extendió por toda la espalda. Su carne volvía a tener esa consistencia blanda, casi pastosa—. Eres una personita, aunque a veces no te lo creas ni tú. Pero ahora eres el líder, y los líderes tienen que vivir estas cosas, no pasa nada. Lo más importante es no mostrar debilidad; si no, todo el trabajo que hemos hecho no habrá servido de nada.

Seguimos caminando. Los arrozales se agitaban con un rumor sibilante parecido al del agua cuando llega a la playa, un preeco que anunciaba el mar que estaba detrás.

—¿Por qué hacemos todo esto? —le pregunté.

—¿Lo de la ermita? Ya te lo he dicho, quiero dejarlo arreglado antes de irme.

No era lo que le había preguntado, pero fingí que sí.

—¿Está mal?

—Mi abuela decía que el mal son llagas —me contestó Sandra—. ¿No está mal todo lo que os ha hecho esa gente a ti y a tu familia? ¿Todas las veces que lo habrían podido parar? ¿Crees que no lo sabían, que no veían lo mucho que te molestaban? ¡Pues claro que lo veían! ¿E hicieron algo en ese sentido, algo por ti, para que no sufrieras tanto? Solo les estamos dando una lección de vida. Y gratis. Hay gente que paga mucho dinero por una lección de vida.

—Pero ¿por qué nadie hace nada?

—Pues porque sus cerebros han cruzado la línea y se dirigen hacia un sitio del que es muy difícil volver. Lo he visto durante los años que llevo por aquí. El miedo tiene este efecto a veces, cuando pasas al otro lado algo te anula y ya no eres capaz de cuestionarte nada. Ahora mismo toda esta gente se tiraría al río solo con que se lo dijeras, es como si estuvieran hipnotizados. Y no te preocupes que, si un día alguien se despierta y quiere despertar a los demás, volveremos a hipnotizarlo enseguida. Y esos, cuando de nuevo atraviesan la línea y pasan al otro lado, se convierten en los más mansos de todos. Y los más útiles.

—Y tú… ¿Tú me harías daño? —le pregunté.

Sandra se detuvo y me colocó las manos en los hombros.

—Eres la única persona del mundo a la que nunca le haría nada malo. Tú puedes verme, Mario. ¿Sabes lo que significa eso para mí? ¿Sabes cuántos años llevaba esperándote? Y ahora te tengo aquí delante… ¿Qué daño querría hacerte?

De nuevo el escopetazo de la validación lo arrasó todo. Su respuesta hizo que me sintiera bien. La euforia volvió a llenarme el pecho hasta casi reventarlo.

Mientras regresábamos a la ermita vi a dos personas a lo lejos. Iban en una bicicleta por un margen, hacia el mar.

—Son los forasteros —me dijo Arturet cuando se lo pregunté—. Las dos mujeres, al hombre no lo he visto desde ayer.

Sandra levantó la vista y se las quedó mirando. Negó varias veces con la cabeza y me dijo:

—¿Sabes a quién no vemos desde hace días? A tu tía Sisca.

—Está mala, por eso no sale de casa.

—No sé… No me gusta… Siento que algo está cambiando y no es para bien.

4

25 de julio de 1983

Soy Joana K.

Es como si los caminos fueran seres vivos que se hablan entre sí y que cambian de forma y de posición a voluntad para confundirnos, para no dejarnos salir de aquí. He soñado que son serpientes que se enroscan con los canales y que ponen unos huevos de donde salen otros caminos más pequeños, que en realidad también son serpientes que no dejan de moverse, hasta que llegará un día en el que también nos devorarán a las dos, porque han sido ellas las que se han comido a mi padre.

Hemos pedido ayuda a los vecinos de todas las formas posibles, pero no nos han hecho caso. Como siempre, vaya, pero ahora duele más, porque somos más conscientes de que le ha pasado algo horrible a mi padre, y ellos seguro que lo perciben por nuestra manera de implorar auxilio (por primera vez he visto a mi madre arrodillarse, tres veces ante tres personas diferentes), y aun así no han hecho nada. Estamos en un pueblo habitado por seres humanos y estamos solas. Ahora mismo mi madre y yo somos dos peces atrapados en una red gigantesca e invisible.

Llevo unos días sin escribir nada. No tengo ni fuerzas para sujetar bien el bolígrafo. Ya no cogemos el coche, no queremos gastar la poca gasolina que nos queda hasta que tengamos la seguridad de que podremos encontrar el camino de salida de este pueblo. Mi madre igualmente se va todos los días con la bicicleta y los prismáticos, pero lo único que hace es dar vueltas y más vueltas. La mirada le está cambiando de una manera que no me gusta y me da miedo: está vaciándose de toda su viveza, de su ilusión, diría que de las ganas de seguir haciendo lo que fuese que estuviéramos haciendo aquí. Buscamos a mi padre, claro, pero ya no sé si esto es principal o accesorio. Tiene la mirada atónita, como si no entendiera por qué sale el sol cada mañana.

A mí me pasa lo mismo, se me han secado los ojos y ya no me brillan, ni siquiera al pensar en mis amigas, en la conversación que ahora ya no sé si me apetece tener. Pero no puedo dejar que mi madre me vea así. Me lavo mucho la cara con agua fría y siempre me pinto ligeramente los labios y esparzo un poco de colorete por las mejillas para dar sensación de vitalidad. También estoy aprendiendo a cocinar; si no, no probaríamos bocado. Tampoco es que comamos mucho, pero mi madre solo monta en bicicleta y duerme.

Cada mañana, desde el primer día en que fuimos a buscar a mi padre, casi todo el pueblo forma las mismas cuatro filas, cargados con todo tipo de herramientas y materiales. Han construido carros con plataformas de madera a las que les han puesto las ruedas de los coches que vimos en el descampado. Ahora que lo pienso, en el pueblo no he visto ningún coche durante todos estos días.

Salen al amanecer. Los veo porque duermo muy pocas horas y me despierto cuando oigo el alboroto. Van a pie y caminan hacia el mar. Vuelven a última hora de la tarde con aspecto de refugiados. Mario va con ellos acompañado de su camarilla, con ese chico que actúa como un perro guardián. Ya no lleva el esparadrapo en el ojo izquierdo. Resulta que no puedes ver el día de tu muerte si lo miras. Resulta que solo tiene carne, como si el ojo no hubiera terminado de salir, supongo que debe de ser alguna malformación. Hoy los he visto reírse, y de una manera extraña los he sentido cercanos y humanos, como yo. He decidido que mañana iré a pedirle ayuda. Ahora mismo es la única persona que puede hacer algo por nosotros. No sé cómo romperé la barrera, ni si será bueno hacerlo. Pero, si no lo hago, mi madre acabará mal. Y yo también.

26 de julio de 1983

He pasado toda la noche pensando en la escena, en cómo me acercaría a él y cómo le pediría ayuda para encontrar a mi padre, salir de aquí y volver a casa. Ahora que ya sé que tengo que hablarle me será imposible aguantarme hasta la tarde, y quizá por la mañana no sea el mejor momento, porque puede estar de mal humor por la razón que sea. He pensado que iré con toda la gente y que los ayudaré con lo que estén haciendo. Creo que también será una buena manera de romper el hielo y también de complacer a Mario. Cuando encuentre el momento le hablaré.

También he considerado la opción de ir y hablarle sin rodeos, y ya está, pero es que ahora posee una importancia para mi vida que

hace solo unos días no tenía, y temo que una entrada equivocada pueda provocar el efecto contrario al que busco. Si él no quiere ayudarme, si me falla, no sé qué haré. A mi madre no le he dicho nada de mis planes porque me insiste mucho en que no me mueva de casa por si mi padre vuelve. También para no preocuparla ni darle falsas esperanzas.

Esta mañana no han pasado revista por las filas como he visto que hacían otros días. Supongo que ya no lo necesitan. Me he colocado entre unas chicas de mi edad y al amanecer hemos empezado a caminar. Nadie de la camarilla de Mario ha advertido mi presencia. Resulta que se dirigen a la ermita. Van a restaurarla. Es posible que sea la finca familiar, como pensé el otro día. La obra no está muy avanzada, si tenemos en cuenta los días que llevan trabajando, y no veo que haya cambiado mucho desde la última vez que estuve allí. Fuera aún huele a cemento y a pintura, y la puerta sigue igual.

Lo primero que han hecho ha sido repartir entre los adultos una bebida que me ha parecido aguardiente o algo así. Justo cuando se ponían a trabajar, Mario ha gritado «¡alto!» y les ha dicho que hoy tampoco le gustaba cómo estaba quedando y que había que desmontarlo todo, y que había que rehacerlo, pero esta vez bien. Se ha levantado un tímido murmullo entre la gente, y el chico que hace de perro ha ladrado. La escena me habría hecho reír por absurda, pero en las manos del que estaba a su lado he visto una escopeta y he agachado la cabeza. No he entendido el porqué, pero he tenido miedo.

Al final no me he atrevido a decirle nada.

27 de julio de 1983

Hoy también he ido a trabajar. Hemos pasado el día entero terminando de derribar todo lo que habían construido. Tampoco me he atrevido a hablarle.

28 de julio de 1983

Hoy hemos empezado de nuevo. Mi madre está cada día peor. No he hablado con Mario. ¿Qué estoy haciendo?

29 de julio de 1983

Cuando hemos llegado a la ermita, Mario ha dicho que tampoco le estaba gustando cómo quedaba y que tenían que desmontarlo todo otra vez. Todo el mundo se ha puesto nervioso, mucho más que el primer día que vine. Ha habido algunas peleas entre unos hombres, que se culpaban los unos a los otros de que la obra no estuviera quedando como debería. Uno de ellos ha recibido un golpe de azada en la barriga y ha quedado malherido. Hoy tampoco era el día para pedirle nada a Mario.

Mi madre ha empezado a hablar en un idioma que creo que se ha inventado.

5 de agosto de 1983

Hace una semana que no escribo porque no ha habido nada nuevo que escribir. La vida ha entrado en un bucle infernal en el que todas las horas de todos los días son exactamente iguales. Un día hacemos y al día siguiente deshacemos. Hacemos y deshacemos. Todo parece formar parte de una especie de plan para enloquecer a la gente. La ermita no ha cambiado nada a lo largo de todo este tiempo. Era más bonita quemada.

Lo más frustrante es saber que estás trabajando para nada, porque al día siguiente habrá que derribarlo todo. La gente está muy alterada, cada día hay más peleas y ha llegado un punto en el que creo que nadie se habla con nadie. Lo único que oigo desde hace días son unos murmullos que me suenan profundos y subacuáticos. Hoy, durante la jornada, he visto pegarse a cuatro grupos de hombres y los he visto morderse los unos a los otros como si fueran perros rabiosos. He observado comportamientos que me han recordado a los animales; a veces parecemos una manada de lobos. Poco antes de terminar, una mujer me ha quitado la botella de agua de las manos y se la ha bebido de un trago. Mario no hace nada por detener las peleas y hoy, además, ha soltado un comentario sobre la selección natural. Seguro que se dieron cuenta de mi presencia hace tiempo, pero nadie me ha dicho nada.

Aparte de todo esto, hace mucho calor. No hay ni una nube desde hace días y el sol se ha anclado en el cielo y no quiere irse para no perderse ni un minuto del espectáculo. Aquí el calor seca la garganta, pero también altera la cordura de las personas. Y lo peor es que es un tipo de calor muy húmedo que te penetra en la piel y los huesos, y del que es imposible librarte por mucha ropa que te quites y por muchos sombreros que te pongas. El sol condensa toda

el agua sobre la que caminamos y la hace subir a través de la tierra. La tierra suda y nosotros también, y es un sudor como el que produces cuando tienes fiebre.

La de días que llevo aquí y todavía no he encontrado el momento para pedirle ayuda a Mario. A veces mi cabeza está tan descolocada por el cansancio y por el sol, y por la situación que estoy viviendo, que creo que ni se acuerda de mi padre. Hay momentos en los que me sorprendo a mí misma preocupándome más por cómo quedará esta maldita ermita que por él. ¿Qué me está pasando? Parece que esté muy drogada, como si tuviera un velo ante los ojos que distorsiona la realidad.

Mi madre ha cogido un manojo de tomillo del huerto de al lado de casa y lo ha infusionado en una olla. Dice que la ayudará a encontrarse mejor, que su abuela siempre hacía eso.

7 de agosto de 1983

Los murmullos que oigo desde hace días no eran casuales. Parece que un grupo de gente estaba tramando una revuelta, que lidera un hombre. Sea cual sea la razón por la que el pueblo tiene miedo a Mario, ha llegado un momento en el que todo está a punto de romperse. Pero no todo el mundo quiere formar parte de la rebelión. Esta mañana, en la fila, muchas personas han negado con la cabeza cuando les ha llegado el mensaje. A mí nadie me ha preguntado nada. Mejor. No sé qué habría respondido.

Tienen mucho cuidado con los gestos y con las palabras. Mario y los demás son muy inteligentes. Es probable que no tengan un

conocimiento académico de sacar sobresalientes y notables en los exámenes, o quizá sí, no lo sé, pero está claro que sí poseen un tipo de inteligencia de conservación que ahora mismo les resulta muy valiosa. Son de esas personas a las que buscarías en primer lugar si alguna vez hubiera una guerra en tu país. Todos sus sentidos están vigilantes, tensos, como si fueran ratoneras una milésima de segundo antes de saltar.

Hoy nos ha tocado deshacer todo el trabajo de ayer.

Mañana volveremos a hacerlo.

En casa huele mucho a tomillo.

8 de agosto de 1983

Esta mañana se respiraba diferente en medio de las filas y se me ha ocurrido que hoy podría ser el día que habían elegido los que quieren sublevarse. Algunos hombres se han hecho señales entre ellos, un gesto con la mano, una mirada a destiempo. Cada vez nos cuesta más llegar a la ermita.

Hoy se ha producido un incidente. Ha sido a la hora de comer. Todos nos repartimos bajo la sombra de unos árboles que están junto a un canal, pero dos hombres del grupo que está trabajando en el tejado han ido a comer a un lugar en el que nunca se pone nadie. Si a mí me ha parecido raro, supongo que a Mario y a los demás también. Quizá no formaban parte de la revuelta y han ido allí de casualidad, no lo sé, pero han hecho una mala elección. Aquí la diferencia se castiga, la uniformidad puede salvarte, aunque no sepas exactamente de qué. Mi padre siempre ha intentado salvarme,

aunque tampoco nunca haya sabido de qué. Lo echo mucho de menos. Quizá debería escribir más sobre él, me haría sentirlo cerca. A veces tengo la sensación de que nunca ha existido.

Cuando hemos formado para volver a casa, han encerrado en la ermita a los dos hombres que han comido solos.

Durante la caminata de vuelta hemos oído un buen rato sus gritos apagados y unos golpes en la puerta que parecían hechos con algún objeto metálico.

Si llego a vieja y leo algún día este diario, no entenderé por qué todavía no he sido capaz de acercarme a Mario. ¿Es porque no quiero a mi padre como debería? Un amor auténtico de hija debería ser capaz de ponerse en peligro para salvarlo. Soy una cobarde y una mala hija.

Hemos cenado patatas hervidas y un trozo de carne.

Mi madre no deja de beber infusión de tomillo.

A duras penas habla.

9 de agosto de 1983

He dormido poco pensando en los dos hombres que se habían quedado encerrados en la ermita. No porque me preocupara por su vida, creo, pero sí me inquietaba mucho el hecho de que tuvieran que pasar la noche en el interior de ese lugar. Cada vez tengo más la sensación de que allí hay algo más que una ermita quemada, que no se construyen ermitas sobre el barro, que las ermitas rodeadas de agua no arden así como así, y que quizá alguien la quemó, y que tal vez había gente dentro, y que quizá sus espíritus todavía siguen allí.

O quizá la que se quemó fue la persona que está debajo de la lápida, si es que está aún ahí. Me pregunto qué relación tiene con la familia de Mario. ¿Cómo se llamaba? Cinta; de los apellidos no me acuerdo. Yo no creo en los espíritus. No quiero creer. Pero en estos momentos me está costando imponerme.

Antes de abrir la puerta de la ermita nos han hecho formar y nos han amenazado. Quien se moviera sería el siguiente en pasar allí la noche. Los dos hombres han salido desnudos, con una expresión en la cara como si fueran bebés recién paridos por la ermita. Se han maravillado de la luz, de la tierra, de las herramientas, del agua… Se han acercado a las filas y le han tocado el pelo a varias mujeres. Nadie se ha movido.

Uno de los que van con Mario ha cogido una cuerda, los ha atado por el cuello y los ha amarrado al tronco de una higuera. Los hombres se han tumbado en la hierba y se han pasado allí todo el día. Parecían terneros.

No sé si hemos hecho o deshecho.

En casa, todo igual que siempre, excepto que hoy mi madre me ha contado que ha venido una mujer. No quería nada, solo hacerle compañía. Parece que lleva días observándonos, ella no va a la ermita. Le ha preguntado por mí y le ha asegurado que yo acabaré con todo este infierno. Se llama Sisca. Es la mujer que vive en la casa de al lado de la era que tenemos delante. Es lo único que nos faltaba.

El olor a tomillo de la casa me marea.

Mañana tengo que hablar con Mario.

Joana, por favor, ¡¡¡HAZLO!!!

10 de agosto de 1983

Hoy ha sido un día de silencio absoluto. Todo sigue igual, pero la gente está más calmada. Aun así, parece muy claro, por lo que he observado, que la revuelta sigue en pie. Lo único que ha conseguido este último incidente ha sido espolearla. He visto a gente a la que no había visto hasta hoy hacer gestos con las manos y lanzar miradas a destiempo, y eso quiere decir que se han sumado a la rebelión. He visto hoces y azadas escondidas en un rincón, bajo la hierba. La figura de Mario cada vez me aterroriza más, y empiezo a entender el horror de toda esta gente. Ya no es un chico. No sé qué es, no sé qué quiere ni por qué hace todo esto.

Parecemos los reos de una condena eterna. La imagen de mi padre me salva. Si no fuera por eso, la vida empezaría a no tener sentido para mí.

Cuando he llegado a casa, mi madre estaba borracha. No he entendido casi nada de lo que me ha dicho, pero ha balbuceado que la vecina todavía está a tiempo de conseguir que mi padre vuelva, o algo parecido. Me ha dado mucha pena verla así. He tenido que ducharla y meterla en la cama.

He llorado como nunca lo había hecho.

Mañana. Tiene que ser mañana.

Mañana hablaré con Mario.

11 de agosto de 1983

No he hablado con Mario. Creía que hoy iba a ser el día en el que estallaría la revolución, pero al final no. No sé en qué momento debería haberlo hecho, si es que tenía que ser hoy, pero lo que ha pasado es que hemos terminado antes de tiempo. Cuando hemos llegado a la ermita esta mañana, el chico que hace de perro se ha ido corriendo hacia el pueblo. Poco después de comer ha vuelto con una cara que no era la de siempre. Mario y los demás se han agachado ante él y les ha dicho algo. Nos han hecho recoger y hemos formado para volver a casa. No sé por qué digo «casa», si esto no es mi casa.

En mi casa todo debe de seguir igual. Cómo echo de menos mi cama; nunca hasta ahora me había dado cuenta de su valor. Mis amigas deben de estar comiéndose un helado o en la piscina. O comiéndose un helado en la piscina. Es lo que yo haría ahora mismo.

Mi madre está igual de mal, pero mejor que ayer. He tenido que ir a coger más tomillo y hacer más infusión. No puede pasar un día sin beberla.

No volveré a escribir que tengo que hablar con Mario. Cada vez que lo escribo acabo no haciéndolo. ¿Quizá sea un principio de superstición? ¿Yo? Yo no creo en las supersticiones.

12 de agosto de 1983

Esta mañana ha corrido un rumor entre la gente. Cuando ha salido el sol nos han hecho volver a casa. Parece que hoy no iremos a la ermita. Se ha muerto alguien. He oído decir que la madre de Mario.

5

Mi madre murió la madrugada del 12 de agosto de 1983.

Me gustaría decir que lloré, que fue uno de los momentos más dolorosos de mi vida, que siempre se van los mejores, que era demasiado joven, que parecía que estuviera dormida. Me encantaría ser protagonista de alguno de estos clichés. Pero no fue así. Las sensaciones las conocía muy bien: la añoranza, el vacío que me perforaba el estómago, la tristeza que me lo petrificaba, las ganas invencibles de no hacer nada y el desamparo de no saber qué había venido a hacer en el mundo. Pero todos estos destrozos no venían por ella, sino por la vida y por el futuro que un día había imaginado a su lado y que ahora sabía que nunca llegarían.

Me queda el consuelo, si es que conservo algo, de que no se fue sola. Semanas después de la noche de las marfantas, su estado empeoró y se encerró en casa con el lobo que siempre habíamos tenido junto a la puerta. El animal sabía que era el amo, siempre lo había sido, y la seguía por todas partes, impaciente, esperándola para llevársela a la cueva y mostrarla a sus cachorros hambrientos. Daba vueltas alrededor de la mesa y le sacaba el colmillo por el agujero del fregadero, le olía el cuello y le escrutaba las pupilas, lamía los despojos que se le iban cayendo y que se arrastraban por el suelo y por las paredes, como una babosa sin baba que al cabo de

pocos días se metió en cama definitivamente porque ya no podía con tanta derrota. Mi tía Sisca hacía todo lo que sabía para asustar al lobo y la cuidó durante esos meses, y la confortaba en las crisis que le provocaba el síndrome de abstinencia, pero el animal se sabía bien recibido y ya no se marcharía sin mi madre.

No sé si preguntó en algún momento por mi padre, pero es probable que no. Ojalá no lo hiciera. Cuando se acostó para no volverse a levantar nunca más, ya no pude dormir en mi cama. Al lobo solo lo veía mi madre, pero yo también lo notaba, sobre todo su hedor, que no soportaba. Mi madre lo prefería a él antes que a mí, sabía que yo no la entendería y que no podría lidiar con sus ruinas. El animal sí, porque eso es lo que hacen los animales como el lobo de mi madre. Me instalé en otras casas, y también disfrutaba de ver lo que nunca había tenido, la imagen de una familia, de un padre, una madre y unos hijos sentados alrededor de una mesa sin otra finalidad que estar juntos al final del día. ¿Era eso también el amor?

De alguna manera extraña estoy agradecido de cómo fue todo, porque llevó a que mi tía Sisca se apartara de mí y no fuera testigo directo de todo lo que hice. No puedo saber qué habría sucedido si mi madre no se hubiera puesto mala, qué habría hecho mi tía Sisca si me hubiera visto gobernar al pueblo de aquella manera, pero eso ya no lo sabré nunca. Aun así, no puedo dejar de pensar que sí lo sabía. Quizá no todo lo que representaba, pero era demasiado lista. Seguramente por eso también se puso enferma, aunque tal vez no era más que miedo. Aquellos días el miedo también era una especie de enfermedad. No digo que me tuviera miedo a mí, sabía que era incapaz de hacerle daño, pero llegó un momento en el que para ella

Sandra se convirtió en algo más que una sospecha presentida. Sandra era ya una certeza presente y física.

Mi tía Sisca le puso a mi madre el vestido más nuevo que encontró en el armario, pero le quedaba grande; todo le quedaba grande, yo también le quedé grande. Antes del mediodía fuimos a enterrarla. Todo el pueblo, de negro, formó en las mismas cuatro filas de siempre. Esta vez el Perro no tuvo trabajo. Al llegar al cementerio, Sandra estaba en la puerta. No entró, pero después, cuando todo el mundo ya se había marchado a su casa, se acercó y me abrazó. Olía a la casa donde te imaginas que vivirías feliz, y me sirvió de consuelo.

—Es lo único bueno de haber tenido unos padres como los míos, que cuando se van no sufres tanto —le dije.

—Te entiendo, yo tampoco me sentí querida. Pero me fui antes que ellos y siempre me quedará la duda de si las cosas habrían cambiado con el tiempo.

—¿Ellos están por aquí, igual que tú?

—No, aquí solo estoy yo. Todos estos años he estado sola y no lo he pasado nada bien. Pero ¿sabes qué? Al final todo ha valido la pena, porque ibas a ser tú el que vendría a verme. Te esperaría toda la vida, Mario. ¿Te acuerdas de lo que te dije aquel día en la iglesia, cuando fuimos con el señor Pepe? Desde que has llegado, es como si me hubiera quitado la venda que tenía en la boca y que no me dejaba hablar. Qué suerte haberte encontrado, qué bien poder decir las cosas.

Me miró y me sonrió. El escopetazo de la validación. Otra vez.

Caminamos de vuelta a casa y antes de despedirse me dijo:

—Hoy estaremos de luto, pero mañana tienen que volver a venir todos a la ermita. ¿De acuerdo?

Asentí.

Me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Toc, toc, toc.

Si llego a saber lo que vendría después, no sé si habría abierto la puerta.

Debo reconocer que la muerte de mi madre había abierto una pequeña grieta por la que empezó a sangrar poco a poco aquel Mario que había emergido desbocado después de la noche de las marfantas, aquel chico del que ahora tanto me avergüenzo. Demasiadas veces preferí un mordisco familiar antes que una caricia extraña, y este fue el mayor error que cometí siempre.

La muerte de mi madre también me trajo una sensación de libertad que no supe interpretar bien, pero que venía del hecho de que me había redimido de la carga de tener que estar aguardando un futuro que, a pesar de saber que no llegaría, no podía dejar de esperar. Y, sin quererlo, había dejado de vivir. Durante aquellos años nunca hice un intento real de suicidarme, pero sí pensé muchas veces en que la única manera de que mis padres, de que los demás chicos, de que todo el pueblo se diera cuenta de mi valor sería que me muriera de repente. Entonces sí me echarían de menos. Y si me echaban de menos, eso implicaba que sí me querían.

Cuando mis padres se fueron, la casa se ensanchó y fue mundo y castillo para mí. Los primeros días aún apestaba al lobo. Mi tía Sisca la había limpiado con lejía después del entierro, pero costó que el

olor se fuera del todo. A mi tía Sisca le costó aún un poco más marcharse. Cada vez me hablaba menos, como si ahora fuera ella la que llevara la venda en la boca. La enfermedad del miedo estaba convirtiéndola en una extraña, pero el extraño siempre había sido yo. Ella seguía siendo la misma. Aun así, no volví a entrar en su casa, y ahora sé que era porque me daba vergüenza. Más tarde, cuando se encontró mejor, no supe hacer la asociación de ideas correcta. «Los ojos no siempre nos dicen la verdad, a veces solo ven lo que nosotros queremos que vean».

Prats, Arturet y el Perro se instalaron conmigo. A los mediocres como ellos les gusta ocupar esta posición. Lo bastante alta para tener poder sobre la mayoría más débil, pero no lo suficiente para correr el riesgo de equivocarse y salir malparado cuando llega el momento de las grandes decisiones. Eso lo hacen los líderes, como yo creía que era.

La Joana que llamó a la puerta aquella tarde era muy diferente de la que había llegado el primer día. No obviaré el hecho de que lo que pasó con aquellos dos que querían matarme ayudó, pero también el tiempo y el trabajo habían amortiguado sin demasiados esfuerzos su ímpetu de superioridad forastera. En la ciudad quizá no, pero allí, cuando ella iba, nosotros ya habíamos vuelto unas cuantas veces. No sé cómo creyó que podría hacerse invisible mezclándose con la gente, si su presencia crujía en el silencio de la casa abandonada que era el pueblo. El primer día que Sandra la vio trabajando en la ermita —trabajando es un decir, porque se veía que le había dado poco el sol—, me comentó: «Esta quiere algo».

Pero aquella tarde, en la puerta de casa, solo encontré a una chica sudada, despeinada y muy sucia de cal que me preguntó a

trompicones si podía hablar conmigo. Envié a Prats, Arturet y el Perro a hacer una ronda por el pueblo y la hice pasar.

Más que lo que me contó sobre su padre y sobre todo aquello de que no podían salir del Delta, que también, lo que más recuerdo de aquel día es que, por primera vez, el museo, ese museo que yo había creado para guardar todos los sentimientos con los que podían hacerme daño, se hizo realidad ante mí. Las vitrinas se abrieron, y esos sentimientos, que siempre habían reposado sobre grandes cojines de seda, pasaron a una fase orgánica y líquida, me empaparon la piel y los absorbí de la manera en la que respiraría alguien que llevara años aguantándose la respiración. Ahora es muy fácil adivinar por qué, pero en aquellos momentos era imposible saberlo.

Joana lloró mucho aquella tarde, un llanto distinto de los que yo había visto. Tuve el impulso de pasarle la mano por la espalda y, al hacerlo, me invadió una sensación de paz. Ya no era yo el que necesitaba ser aceptado, sino ella. Y no sabía que llegaría un día en el que no necesitaría serlo. Aceptar exige grandes cantidades de valentía y honestidad con uno mismo, significa presencia, y esto, que ahora es una obviedad, entonces no lo era. Pero es lo que pasó: por primera vez me sentí presente, y fue a través de otra persona, porque en realidad es la única manera. El mundo no giraba a mi alrededor ni alrededor de mi protuberancia que quería ser ojo; el mundo era la persona que lloraba a mi lado porque se sentía desamparada.

No supe cómo ser cruel con ella, me di cuenta de que en realidad no la conocía y no me había hecho nada malo. No fui capaz de decirle que nunca saldría de allí y que nadie las encontraría. Su

cerebro de ciudad no habría entendido que lo que había anunciado Catalina la noche de su función se había cumplido. Habría sido como explicarle a una hormiga el funcionamiento de un reactor.

A la mañana siguiente formó de nuevo entre la gente. En la ermita no dejé que trabajara y la envié con el Perro a dar una batida por los alrededores para buscar a su padre. Me sonrió de una manera diferente de la de Sandra, y compartí su alivio. Otra vitrina del museo se abrió. Cuando se hubieron marchado, reuní a cuatro grupos de diez personas y también les ordené que fueran a batir los arrozales, pero en dirección contraria. Los demás siguieron trabajando como siempre. Un rato después, el olor a musgo y a hongos apareció a mi lado.

—¿Adónde van? —me preguntó Sandra.

—Su padre se ha perdido.

—Pues no lo encontrarán.

—Ya lo supongo —le dije—. ¿Tú sabes dónde está?

—No, pero lo vi el otro día plantando las cañas en el cementerio de barcas, delante de las mejilloneras. No es un buen sitio para pescar ni para nada; solo corres el riesgo de salir malparado, pero, claro, los de fuera no lo saben.

—Pues yo te vi allí aquella noche, en una barca.

—Sí, pero en la orilla. Me guardaré muy mucho de ir mar adentro.

—Al final no me contaste si habías visto alguna vez a Aquellos. ¿Es verdad lo que me dijo Catalina? ¿Siguen todavía allí?

—En nuestra casa —me dijo Sandra— siempre se había contado que eran mala gente, que fueron al mar y que no querían a nadie

más. Creen que el agua y todo lo que hay allí es suyo, por eso más vale mantenerte lejos de ellos. Todos los que se atreven a ir quedan atrapados por su música. —Se apartó un poco y señaló la ermita—. Esa pared no termina de gustarme, se ven bultos. Quizá no ha sido una buena idea enviar a tanta gente a buscar a ese hombre que ni nos va ni nos viene. Aquí nos serían más útiles. Has enviado a los que más saben.

El peligro de que mi museo se hubiera hecho realidad y de que las vitrinas se hubieran abierto era que también existía la posibilidad de que alguien contaminara esos sentimientos.

—¿Te parece mal que los haya enviado? —le pregunté.

—No, pero habrías podido decírmelo. Creía que éramos un equipo. Yo te ayudo a ti y tú a mí.

—Tienes razón. Perdóname. Mañana haré que vuelvan a trabajar como siempre.

Sandra me dio un beso en la mejilla.

—No, déjalos, no pasa nada —me dijo con una sonrisa—. Que vayan todos los días, si quieres. Hacerles buscar algo que es imposible de encontrar también me vale.

6

15 de agosto de 1983

Soy Joana K.

Escribo hoy porque ayer estaba demasiado eufórica y no me salían las palabras. Solo ha sido necesario un gesto para que todo haya cambiado de color. Incluso mi madre ha experimentado una mejoría notable, y eso que todavía no le he dicho nada. No le he contado que ayer por fin hice acopio de las fuerzas que necesitaba y fui a hablar con Mario. Me sabe mal admitir que me aproveché de la muerte de su madre. Pensé que, al final, es una persona humana y que quizá tendría las defensas bajas, como todas las personas humanas en una situación así, y estaría más accesible.

Me abrieron la puerta dos de los chicos que lo acompañan. Dentro oí ladrar al que hace de perro. Mario les dijo a los tres que se marcharan y me hizo pasar.

Al principio tuve la sensación de que quería que me fijara en su ojo izquierdo, bueno, en su no-ojo izquierdo, como si fuera lo más importante en ese momento, como si la malformación fuera la base de todo lo que hablaríamos a continuación. Hacía esfuerzos y ponía la cara en una determinada posición para que viera mejor la parte izquierda. No tuve miedo en ningún momento, la idea de mi padre

pidiéndome ayuda era tan potente que no me dejaba pensar en otra cosa. Pero estoy casi segura de que Mario no lo hacía para intimidarme; era otra sensación muy diferente, como si me preguntara: «¿Has visto qué ojo tengo? ¿No te parece horrible tener que vivir con esto?». Incluso se me ha ocurrido que buscaba manipularme de alguna manera mediante la compasión. En un pueblo pequeño como este quizá le haya funcionado, pero Anna, que nació con un solo brazo, también lo intentó cuando estábamos en cuarto y no le sirvió de nada. Ahora nada más rápido que yo.

Al principio me trabé bastante. Luego creo que hablé mucho. Él me contestaba, pero estaba tan nerviosa que solo me oía a mí misma. No sé cuánto rato estuvimos hablando. Cuando volví a casa no sabía qué le había dicho yo ni qué me había dicho él y, ahora mismo, cuando ya ha pasado un día, la conversación todavía flota dentro de mi cabeza en medio de una nebulosa que no me deja recordarla bien. Da igual, la conversación no importa. Importa el resultado.

Hoy en la ciudad era fiesta, pero aquí iba a ser un día igual que todos los demás. El hecho es que esta mañana no me ha dejado trabajar y me ha enviado a buscar a mi padre con el chico que hace de perro. Visto desde fuera, no parece un avance muy significativo, quiero decir que yo ya había buscado a mi padre, y no creo que ahora, aunque vaya acompañada de un chico que ladra en lugar de hablar, lo encuentre. La cuestión es que he visto signos de humanidad por primera vez en mucho tiempo, he visto asideros que creía inexistentes, he tenido sensación de tribu y he creído que Dios tal vez exista.

La manera en la que me ha hablado para decirme que podía marcharme me ha resultado tan familiar que he estado a punto de llorar. Volvía a ser un chico. He notado olor a casa. Hemos estado buscándolo durante todo el día y ni siquiera hemos comido al mediodía. Hemos ido a la bahía, donde encontramos el coche, pero no hemos visto nada nuevo. Solo las mejilloneras en el mar con sus casas a punto de caerse, los árboles, que no sé cómo pueden sobrevivir allí, y la hierba, que todo lo invade. Ojalá hubiera cogido los prismáticos. Mi padre no ha aparecido. A media tarde he visto grupos de gente dispersos por los arrozales, como si también estuvieran buscándolo. Le estoy tan agradecida a Mario que me gustaría regalarle algo. He pensado que quizá le diré que tengo sospechas fundadas de que se está planeando una conspiración contra él.

Cuando ha llegado la hora de volver al pueblo, hemos ido a la ermita y hemos formado con todos los demás. Tampoco ninguno de los grupos que he visto dispersos por los arrozales ha vuelto con mi padre.

Mi madre está mejor. Esto ya lo he dicho.

La vecina ha venido a hacerle compañía y parece que ha hecho una especie de ritual. No me ha querido contar cuál.

16 de agosto de 1983

Tengo la cabeza tan anestesiada que ahora mismo, en mi habitación, soy capaz de escribir sin que apenas me tiemble el pulso. Tengo la

impresión de que en cualquier momento mi padre entrará por la puerta con las maletas hechas y me dirá que nos volvemos a casa.

Hemos salido a la misma hora de siempre; ya no sabía si nos tocaba hacer o deshacer, pero eso es lo de menos. He caminado con la ilusión de que lo que viví ayer no fuera solo flor de un día y de que el chico al que vislumbré en los ojos de Mario todavía siguiera allí. Tenía muchas esperanzas en que no me hiciera trabajar y me ayudara a buscar a mi padre. Incluso me he ilusionado con la posibilidad de que permitiera que me acompañaran más grupos.

El Mario con el que hablé ayer sigue ahí, y eso me da esperanzas, pero esta mañana solo ha aparecido un momento, justo cuando me ha dicho que hoy tampoco hacía falta que trabajara y que podía ir a buscar a mi padre con el chico que hace de perro. Sé que es él porque cuando aparece tiene las facciones más relajadas. Pero después ha empezado a rascarse la cara, y la piel se le ha endurecido. Aun así, ha enviado de nuevo a los mismos grupos de ayer a dar más batidas.

No ha vuelto a dirigirme la palabra en todo el día ni se ha interesado más por mi padre.

La barrera ha vuelto a bajar.

Mañana cogeré los prismáticos.

17 de agosto de 1983

Mario se esfuerza por volver a levantar la barrera, puedo verlo. Yo me esfuerzo todavía más que él, pero hay algo que la mantiene bajada. No sé cómo solucionarlo, me da miedo hacer y me da miedo

no hacer. Aquí cualquier gesto, cualquier palabra, puede magnificarse o interpretarse de forma muy diferente según vaya el día.

Cuando me ha dicho que hoy también podía ir a buscar a mi padre, le he preguntado si quería acompañarme. Iba a decirme que sí, lo juro, pero se ha rascado muy fuerte la cara y se ha dado la vuelta.

El día ha transcurrido como el de ayer.

En casa, mi madre estaba sobre el tejado. No tengo ni idea de cómo se las ha arreglado para llegar allí, pero por poco se cae cuando ha querido bajar. Me ha dicho que ha tenido que subir porque no encuentra los prismáticos, que desde allí arriba se ve todo mejor y que hay más posibilidades de encontrar a mi padre. Hoy la vecina le ha asegurado otra vez que mi padre no está muy lejos y que ella lo hará volver. He pensado en ir a hablar con esa mujer y pedirle que no le llene la cabeza de pájaros a mi madre. Luego he decidido que no le diré nada. Seguro que lo ha hecho para tranquilizarla y quizá eso me ayudará a mantenerla con vida.

Antes de acostarme me ha hecho beber dos vasos de infusión de tomillo.

18 de agosto de 1983

Otra barrera está bajándose delante de mí, lo ha estado haciendo desde que murió la madre de Mario, pero no he sido capaz de darme cuenta hasta ahora. Ya he dicho que nunca nos sentimos bienvenidos en este pueblo y también que ese rechazo lo provocaba

de alguna manera Mario, como sospeché primero y he confirmado después.

Parece mentira, pero llevo veintitrés días yendo a trabajar. Ya no sé si son muchos o son pocos; lo que sé es que parece que sean veintitrés años. Esta sensación proviene del hecho de que, después de todo este tiempo, la ermita sigue sin cambiar nada, y sobre todo del hecho de que aquí los días no se acortan, quiero decir que la luz del sol dura siempre el mismo tiempo. Parece que el planeta hubiera dejado de hacer el movimiento de traslación y rotara tan solo sobre su propio eje. Y como todavía estamos en verano, esto puede ser más o menos normal, pero desde junio hasta ahora no ha habido ningún cambio meteorológico. Solo la noche y el día, y la noche y el día siempre duran las mismas horas. Esto significa que trabajamos más que descansamos. Espero que ya no estemos aquí para entonces, pero tengo curiosidad por ver qué pasará cuando llegue el otoño.

Lo que empezó como un intento de congraciarme con Mario ha ido convirtiéndose, aún no sé cómo exactamente, en una rutina que me da miedo romper. Las cosas no están bien, pero podrían ir peor. Es de locos, pero creo que empiezo a entender el comportamiento de mi madre durante todos estos años. Tanto que la he criticado… ¿Estoy convirtiéndome en ella?

Veintitrés días de sol significan muchas horas de trabajo compartidas, y de ninguna manera diré que haya hecho amistades, ni siquiera conocidos, pero sí había recibido cierta aceptación entre el pueblo, lo que ya es mucho decir, teniendo en cuenta las circunstancias. Esa tolerancia inicial se transformó muy rápido en una especie de agradecimiento, creo que no hacia mí, sino como el

consuelo que debe de provocarles ver que no les ha tocado solo a ellos. Alguna vez han compartido su comida conmigo y me han dado agua, aunque no les sobraba.

Pero, en esos momentos, el alivio de haber intuido cierta humanidad escondida dentro de Mario y la alegría de no tener que trabajar y poder buscar a mi padre han llevado a que no haya visto lo que sucedía a mi alrededor. No creo que mi actitud con la gente haya cambiado, de verdad, pero ellos ya no son los de siempre conmigo. Ahora mismo me encuentro en una posición incómoda y noto que la gente empieza a sentir rencor hacia mí.

Quizá sospechan que soy la culpable de todo lo que está pasando, y ha llegado un punto en el que alguna vez se me ha pasado por la cabeza que tienen razón, que soy yo la que lo ha provocado todo. A veces, cuando estoy paranoica (nunca habría creído que escribiría esta palabra refiriéndome a mí), incluso se me ha ocurrido que alguna de estas personas tenga alguna clase de poderes mágicos y pueda leer los pensamientos de los demás, y haya encontrado la culpa dentro de mí y se lo haya contado al resto.

Pero ¿qué culpa tengo yo?

No, Joana, tú no tienes la menor culpa.

Todos estos pensamientos se esfuerzan por desbancar al de mi padre. De momento no pueden, pero no sé si aguantaré.

19 de agosto de 1983

Nadie protesta cuando salgo a buscar a mi padre con el chico que hace de perro, pero, aunque pudieran, no se quejarían por eso. Lo

que no soportan es que no tenga que trabajar como ellos. Solo llevo cuatro días sin hacerlo y mi cabeza ya empieza a ser la que era antes de venir aquí. La repetición me la estaba destrozando y seguro que se la acabará destrozando a los demás. Hoy he visto a una chica con su hijo, que aún no debía de tener dos años. Mientras ella trabajaba, uno de los que van con Mario enseñaba al niño a mezclar cal con arena y agua para hacer la pasta. Hacía ver como si estuvieran jugando, pero le estaba enseñando a prepararla. Están formando a las generaciones que vienen para que hagan lo mismo que sus padres, como si todas las siguientes ya estuviesen condenadas.

Hoy también he confirmado que la revuelta sigue en pie. Estos últimos días casi la había olvidado.

Por la tarde, cuando volvíamos, la que iba detrás de mí me ha puesto la zancadilla y me he caído al suelo.

Lo ha hecho a propósito.

Cuando he llegado a casa la vecina acababa de marcharse.

Mi madre me ha enviado a recoger más tomillo.

23 de agosto de 1983

Hoy hace ocho días que no trabajo y que busco a mi padre con el chico que hace de perro, y mi cerebro vuelve a tener esa sensación horrible de bucle. En realidad no sé qué hacemos. Cada día recorremos los mismos lugares a la misma hora. Hacemos lo mismo esperando que algún día se produzca un cambio. A veces me sorprendo deseando que el mar nos devuelva su cadáver. Cada día

estoy más convencida de que por alguna razón entró en el agua y se ahogó.

Mi relación con el pueblo ha empeorado mucho. Al rencor se ha añadido la envidia. Aparte, ven que mi ascenso, llamémoslo así, en su escala social, llamémosla también así, no ha llegado mediante la fuerza o la intimidación por mi parte, y no lo entienden.

Esta noche han venido varias veces y han golpeado la persiana. Lo han hecho en intervalos de dos horas hasta la madrugada, y no creo que siempre haya sido la misma persona. Esto significa que tenían un plan. No sé si lo hacían para no dejarme descansar o para asustarme, pero han conseguido las dos cosas.

Espero que no se les ocurra ir a la ventana de mi madre. Solo le faltaría eso.

24 de agosto de 1983

Mario sigue esforzándose por levantar la barrera, pero cada vez que lo intenta se rasca la cara y se da la vuelta. Hoy se la ha rascado muchas veces, y temo que la barrera se convierta en un muro y que ya no pueda volver a entrar. Me horroriza la idea de volver a trabajar y tener que hacer de nuevo todo el proceso de congraciarme con él para que me ayude a buscar a mi padre. Mi «padre». Hay veces en las que la palabra ha perdido todo su significado. Padre. Padre. Padre. Padre. Padre.

La gente se aparta de mí y no hace el menor esfuerzo por disimularlo.

Estoy empezando a sentir odio.

Hasta ahora nunca me había odiado nadie.

Por la noche han continuado sus visitas a la persiana. Primero golpean flojito y después muy fuerte. Oigo voces y risas furtivas que van y vienen.

Una de esas veces me he quedado esperándolos allí y, en cuanto he oído los golpes, he levantado la persiana de un tirón. Fuera había dos hombres adultos medio en cuclillas que se tapaban la boca para no hacer ruido mientras se reían sin parar. Parecían demonios.

He empezado a rezar lo que recuerdo.

La vecina ha venido a media tarde y ha vuelto a hacer el ritual. Le he pedido a mi madre que me hablara de ese ritual y solo me ha dicho que era para acallar la música. Cuando le he preguntado de qué música hablaba, me ha contestado que no lo sabía. Ha llenado un vaso de infusión y se lo ha tomado de un trago.

Me da mucha pena.

25 de agosto de 1983

Esta mañana, mientras recorríamos la bahía, he gritado. Algo se movía en las mejilloneras, lo juro. No han sido las ganas ni ningún espejismo como el del día en que llegué al pueblo con mis padres. Pasamos por allí cada tarde y el paisaje siempre está inmóvil, es casi una fotografía; ni siquiera se mueve el agua que lo rodea. Pero hoy hemos ido por la mañana y esas plantas que parecen lianas se han movido. No todas, pero unas cuantas se han agitado de una manera poco natural. Esto es tan cierto como el bolígrafo que tengo ahora

en la mano. He limpiado rápidamente los cristales de los prismáticos, y cuando he vuelto a mirar por ellos ya no se movía nada.

Se lo he dicho al chico que me acompaña y se ha quedado en la orilla, rígido como un perro de verdad que hubiera olfateado alguna presa. Ha negado con la cabeza. He ido corriendo a la ermita y, con grandes aspavientos, se lo he contado a Mario. La persona humana que se esconde en algún lugar dentro de él ha asomado la cabeza y juro que se ha emocionado.

Solo le ha durado un momento. Después se ha rascado la cara y se ha ido a echarle la bronca a un hombre que no estaba haciendo bien su trabajo.

La ermita sigue sin cambiar desde que…, bueno, da igual. No sé qué gano escribiendo siempre lo mismo.

Las visitas nocturnas a mi persiana han continuado.

26 de agosto de 1983

Ya no tenemos coche. Esta noche le han quitado las ruedas, han roto la ventanilla y también se han llevado el volante.

A mi madre le ha dado otro ataque de nervios y tampoco he sabido cómo reaccionar.

Me da miedo que ahora mismo tenga ideas suicidas.

Si le pasa algo, no sé qué voy a hacer.

He ido a casa de la vecina, pero no había nadie.

Estoy llorando mientras escribo estas líneas. Ahora que ya no vamos a poder marcharnos, no sé si tengo ganas de encontrar a mi padre. De alguna manera complicada de entender, ahora mismo, su

búsqueda es lo único que me mantiene con vida…, quiero decir en un estado de ilusión por alcanzar una meta. Porque de eso se trata estar vivo, ¿no? De ilusión. Si encontramos a mi padre, ya no me quedará ninguna.

Pero ¿qué estoy diciendo?

Los demonios no dejan de golpear la persiana.

27 de agosto de 1983

¡Era hoy! Esta mañana un hombre lo ha murmurado, hoy era el día en el que debía estallar la revuelta. Había mucha más gente involucrada que la primera vez y eso se ha notado durante todo el camino. Estoy muy enfadada por lo que le han hecho al coche y he caminado hacia la ermita decidida a contárselo todo a Mario. Sé quién es el líder y quiénes son los que están con él, los mandamases. Los demás caerán por la propia inercia. Aquí, o reventamos todos o no lo hace nadie.

Al final no ha sido necesario, porque ya lo sabía.

Cuando hemos llegado a la ermita nos han hecho formar en filas de a siete. Mario se ha colocado delante con una cajita de lata en las manos. Ha gritado «¡Rosita!», y una mujer ha salido de la fila y se ha situado junto a él. Luego ha gritado «¡don Fernando!», y un hombre ha salido también de la fila y también se ha colocado a su lado. A continuación, Mario ha abierto la cajita de lata, ha sacado hojas de libreta dobladas y escritas a mano y las ha repartido entre todos. Entonces ha señalado a la primera persona de la primera fila.

El hombre ha tartamudeado un poco al principio, pero después ha leído en voz alta lo que parecía una carta de amor dirigida a esa tal Rosita. Al principio he aguantado, pero después he tenido que taparme los oídos; me ha dado mucha vergüenza escuchar esas palabras tan íntimas que solo tendría que haber oído la persona a la que iban dirigidas. Era como si se desnudara a alguien a traición. Ahora que estoy escribiendo esto también me siento un poco mal, porque no he podido evitar juzgar cómo estaba redactada la carta, que parecía escrita más por un niño que por el hombre hecho y derecho que temblaba al lado de Mario y que respondía al nombre de don Fernando.

Estaban leyendo en voz alta todas las cartas, y también había algunas escritas por Rosita, pero, a la que llevaban ocho o nueve, un hombre, el líder de la conspiración, ha salido de la fila con un pico en las manos y le ha abierto la cabeza a don Fernando, que ha caído al suelo y ha convulsionado hasta que se ha quedado inmóvil. La sangre en la tierra seca tenía un aspecto denso de mercurio. Después, ese hombre ha cogido a Rosita por el pelo, se la ha llevado al borde de un canal que transcurre a unos metros de la ermita y le ha hundido allí la cabeza hasta que la mujer ha dejado de moverse.

Nadie, pero nadie, ha hecho nada. Solo uno de los chicos que van con Mario se ha meado encima.

Después, el hombre se ha arrodillado delante de Mario y le ha dicho «gracias».

El chico que se ha meado ha pegado un grito y todo el mundo se ha puesto a trabajar.

No sé qué habrán hecho con ellos, supongo que llevarlos al cementerio, pero al rato los cuerpos ya no estaban allí. ¿Es por

hechos como este que vi tantas coronas aquel día?

Estoy rendida.

28 de agosto de 1983

Se acabó. Esta mañana Mario se ha rascado la cara y me ha dicho que ya no puedo seguir buscando a mi padre. Tengo que volver a trabajar. La noticia no me ha dolido tanto como creía. Una parte de mí se ha sentido liberada.

Perdóname, papá.

31 de agosto de 1983

Ahora son las cuatro de la madrugada, pero tengo que escribirlo. Me costará, pero intentaré contarlo tal como lo he vivido.

La revuelta ha muerto. El hombre que el otro día asesinó (lo siento, pero no sé encontrar otra palabra para describir lo que pasó) a Rosita y don Fernando se ha unido al grupo de Mario y supongo que les ha revelado todos los planes. Con él ha surgido una nueva categoría de persona, o de ciudadano, o de no sé cómo llamarlo. Este hombre se ha colocado por encima del pueblo, pero por debajo de los que van con Mario. No sé qué debe de haber pasado con el resto de los involucrados, pero me temo que nada bueno. Hoy hemos reconstruido todo lo que derribamos ayer. O hemos deshecho lo que habíamos hecho. Al final ya no veo ninguna diferencia. La

gente ha perdido la poca esperanza que les quedaba y están acabando de transformarse en rebaño.

Cuando he llegado a casa me he duchado, como siempre, y he preparado la cena, también como siempre. Mi madre es capaz de mantener una conversación más o menos normal, pero todavía intercala palabras en ese idioma que se ha inventado. No le he contado nada de lo que ha pasado en la ermita estos últimos días, pero sí que seguimos buscando a mi padre. No sabía si creerme, me conoce demasiado y estoy segura de que ha descubierto la mentira. Aun así, su humor ha mejorado. Al terminar de cenar nos hemos sentado en el sofá y he apoyado la cabeza en su regazo. Después de tantos días la he sentido madre y me he sentido hija. Me he quedado dormida.

Me he despertado en mi habitación; estaba tan cansada que no recuerdo cómo me ha traído. El reloj marcaba las dos de la madrugada cuando he oído los ruidos de los demonios golpeando la persiana. No puedo acostumbrarme, pero he intentado no hacerles caso. Después, otra vez, y muchas veces seguidas, cada vez más fuerte. Al final han conseguido que me levante. He ido hasta la ventana y he subido la persiana de un tirón.

Afuera estaba mi padre. Desnudo.

Debería escribir estas líneas con muchos signos de exclamación, por la alegría, quiero decir, pero es que no sé si mi padre era mi padre o alguien que se hacía pasar por él. Le chorreaba agua por todo el cuerpo y estaba hinchado. El color de su piel estaba a medio camino entre el blanco y el azul, e incontables sistemas capilares se dibujaban como si fueran ríos y afluentes en miniatura. En los muslos y en la barriga, y también en la cara, tenía adheridos

caracoles de mar, mejillones y otros animalitos que todavía se movían.

Mi madre ha pegado un grito cuando lo ha visto en casa. Ha saltado sobre él, lo ha abrazado y ha llorado mucho. Le ha limpiado la cara con las manos y la ha examinado con los dedos como he visto que a veces hacen las personas ciegas, como si le buscara heridas, como si la piel fuera a darle todas las explicaciones que necesitaba. Le ha preguntado si tenía hambre, si tenía sed. Luego le ha dicho que iba a preparar las maletas y que antes de que saliera el sol teníamos que estar en el coche de camino a casa. Estaba tan desquiciada que ha olvidado que el coche no tiene ruedas ni volante.

Mi padre (o el hombre) ha forzado una sonrisa y ha dicho que sí comería algo y que después necesitaba descansar. Hacía los mismos gestos de siempre, tenía la misma voz de siempre, y su forma de hablar de siempre, con las mismas palabras de siempre, pero otras no podían salir porque estaba reprimiéndolas. Ha intentado dar una explicación cuatro veces, pero enseguida agachaba la cabeza y negaba con ella, como si él mismo se preguntara y se contestara.

Hemos ido las dos a la cocina y mi padre (o el hombre) se ha quedado sentado en el sofá. Mientras batía un par de huevos para hacer una tortilla, mi madre me ha dicho que la vecina tenía razón en todo lo que le había contado estos últimos días. Resulta que han estado juntas más a menudo de lo que yo creía y se han hecho «amigas», si es que puede utilizarse esta palabra en este pueblo. «¿Has visto cómo sí era verdad? Ella me dijo que lo haría volver, ¿recuerdas que no te lo creías?», me ha reprochado. Me ha susurrado al oído que en realidad la vecina es una bruja, pero de las que hacen el bien.

Hay algo que no puedo quitarme de la cabeza. Estoy segura de que ese hombre no ha pestañeado ni una sola vez.

Ahora está durmiendo con mi madre, como si nada hubiera pasado. Pero es que sí ha pasado.

Quiero pensar que mañana me despertaré en la cama de casa y que todo esto solo será una buena historia para contársela a mis amigas la noche de la Castañada, o incluso para escribir un libro algún día.

INERCIA

1

Esta noche han venido de nuevo. Era la forma de mi madre otra vez. Volvía a tener todos los dientes y estaba en esa edad en la que el futuro se adivinaba inabarcable por las muchas posibilidades que se abrían ante ella, los días en los que la heroína era solo el femenino del héroe, los días en los que yo no era ni siquiera una idea.

Han venido y han vuelto a intentarlo. No he podido esforzarme mucho, estoy demasiado cansado y me cuesta resistirme, pero al mismo tiempo me siento cada vez más ligero y creo que podría levantar el vuelo en cualquier momento. Quizá me dejaré ir, quizá es eso lo que necesito: irme de aquí y volver al lugar al que pertenezco, como me dicen ellas. Quizá haya llegado el momento de aceptar esa extraña caricia en lugar de conformarme con el mordisco familiar, como he hecho siempre. «Los ojos no siempre nos dicen la verdad, a veces solo ven lo que queremos que vean».

Debo continuar.

Después de la aparición de su padre, Joana dejó de venir a la ermita y se encerró en casa con su familia. No la culpo, es probable que yo hubiera hecho lo mismo si no hubiera tenido los padres que tuve, pero a Sandra no le gustó. Ahora es fácil saber que no tenía nada que ver con el amor y lo equivocado que estaba, pero al chico que yo era le resultaba imposible saber que todo lo que le acepté a

Sandra a partir de ese día fue el resultado de otro descubrimiento que volvió a partirme por la mitad: los celos. No los que podrían haber surgido dentro de mí, sino los que yo era capaz de provocar en Sandra. Eso ya no tenía nada que ver con la aceptación y de nuevo me conmovió porque mi valor aumentó. Me sentí un tesoro. Y de eso, como de disfrutar, no es fácil desengancharte. Debería haberme marchado de allí y mirar mis abismos para darme cuenta de que todo aquello no tenía fundamento alguno, que no tenía la menor relación con el amor. Ahora ya lo sé, el amor y el caos no pueden convivir. Y al final, el segundo siempre acaba devorando al primero.

Ya estábamos en septiembre y el Perro apenas tenía trabajo. Los ojos de todas y cada una de las personas del pueblo habían dejado de hablar y solo los utilizaban para hacer el único gesto que podía salvarlas de la locura: desnudar el presente de su auténtica realidad. Todos estaban allí físicamente, pero se habían convertido en lo que era yo antes de la noche de las marfantas. Lo sabía perfectamente. Su mente, como había hecho la mía, se refugiaba en el pasado con la intención de borrar los horrores de lo que estaban viviendo, que para ellos no era sino un error del destino, un paréntesis existencial. Esto provocó que se anulara toda resistencia interior. Las ideas de Sandra también ayudaron, no voy a ocultarlo, y siempre he querido saber qué les hizo a aquellos dos desgraciados que pasaron la noche en la ermita. Otros tres intentaron escaparse durante los primeros días de septiembre, pero no sabían que saltaban desde el vigésimo piso de un edificio en llamas para morir estrellados contra el suelo. O fuego o despojo. Las grietas estaban abiertas y era imposible salir.

Había pasado ya un año desde el día en el que Arturet, el Chino y Prats me habían metido un pajarito muerto en el bocadillo. Tan poco tiempo y cuánto había cambiado todo. Ahora, si yo hubiera querido, les habría obligado a comerse ese bocadillo y ellos lo habrían hecho. Era todo tan diferente como si hubiera vivido dos vidas seguidas.

La ermita nos esperaba cada mañana, con el gesto impasible, persistente, tozuda al cambio. Aguantaba cada hacer y deshacer con paciencia, y creo que lo disfrutaba tanto como Sandra, que cada vez hablaba menos de sus ganas de marcharse y descansar. Al final de la jornada se despedía de nosotros con la mano, sentada en el arco mientras imitaba el toque de la campana. Ding-dong. Ding-dong.

Sin embargo, una tarde quiso acompañarme a casa.

Por el camino me dijo que no se encontraba bien, que el presentimiento que había tenido aquella mañana de julio era real, que ya hacía días que sentía que algo estaba cambiando y que no sabía si era ella, era yo o éramos nosotros, el mundo tan maravilloso que habíamos empezado a construir entre ambos. Me dijo que lo notaba en la barriga y en el cuello, como un nudo que no le dejaba tomar aire.

Una grieta muy pequeña crujió dentro de mí.

Habíamos llegado al pueblo y caminamos por la calle de la Santísima Trinidad. Al ver el colegio, lo señaló y me dijo:

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? ¡Parece que hace… sabe Dios cuánto! Fue uno de los días más felices de mi vida.

Asentí en silencio.

Seguimos caminando. Todo el mundo ya se había encerrado en su casa y el pueblo era un desierto, como siempre. Cuando pasamos por delante de la casa de Joana me preguntó:

—¿Y esta qué? ¿Ya no vendrá más?

—No he sabido qué decirle; al final su padre ha aparecido. Además, ella no es de aquí, no es como nosotros. No nos ha hecho nada. No tiene nada que ver con todo esto, ¿no crees?

Sandra se detuvo y se volvió hacia la casa, que tenía todas las persianas bajadas.

—Mátala —me dijo con una sonrisa.

Ahora es muy fácil ver todo lo que comportaba este verbo, pero hacía ya tiempo que el rayo me había partido por la mitad, y tampoco sería justo mirar el pasado con los ojos del presente. Aun así, he podido encontrar una rendija en la que refugiarme en medio de tanta intemperie: después de aquella orden, y aunque solo fuera por un momento, por primera vez no pensé en mí a través de Sandra, sino que pensé en Joana a través de mí, y aquello era diferente de todo lo que había sentido. Sandra notó enseguida mi duda.

—Tenemos un pacto, ¿lo recuerdas? —me dijo—. Yo te ayudé a ti y ahora tú debes ayudarme a mí. No tienen por qué divertirse siempre los mismos, ¿verdad? Quedamos en eso. Y creo que, desde que vino, lo que había entre nosotros ya no existe. No me encuentro bien por culpa de ella. Creo que la quieres más que a mí. Y tú eres mío, Mario.

Aquí zozobré. Los celos de Sandra irrumpieron y abrieron un gran abismo dentro de mí, un agujero donde temí caer, como mi padre. Me esforcé mucho para que no me saliera la pregunta que apuntaba entre los dientes. Rompí todas las vitrinas del museo y construí una muralla con los sentimientos que pude amontonar en ese instante. Pero al final las palabras la saltaron y se deslizaron como un vómito.

—¿Y cómo se mata a una persona? —le pregunté.

—Pues es más fácil de lo que parece. ¿No lo has visto estos días en mi casa? Mírate, Mario, te crees muy valiente, pero todavía te falta sufrir mucho para llegar adonde estoy yo. Tranquilo, que, si no aflojamos, llegarás allí dentro de poco. Por eso es tan importante lo que te pido, ¿lo entiendes? Lo hago más por ti que por mí.

Volví la cabeza hacia la casa de Joana. Después dirigí la mirada al suelo, como aquella tarde cerca del canal.

—No sé si podré, ella no me ha hecho nada.

—Crees que no… Pero sí que te ha hecho… Nos ha hecho, vaya; si no, no estaríamos teniendo esta conversación. Cuando ella no esté, su padre y su madre ya no supondrán ningún peligro para nosotros.

—Se lo diré al Perro —murmuré al final—, él la conoce de todos estos días que han estado juntos. De él seguro que no se lo esperará, creo que le ha cogido cariño y todo.

—Pero no puede ser el Perro —me contestó Sandra—, eso sería hacer trampa, y tú y yo no nos hacemos trampa entre nosotros. Necesito que seas tú, quiero verlo para creerme que me quieres de verdad, que me quieres más que a ella.

Mi mirada seguía clavada en el suelo. Intenté entrar otra vez en el museo, pero el museo ya no existía.

—Ahora será difícil sin que sospeche… Y tienen a su padre, aún más complicado —le dije.

—Sí, pero siempre hay una manera u otra de sacar a las ratas del nido. Basta con ponerles un buen cebo.

—No sé si seré capaz.

—Hay un montón de maneras —me repitió—, y tú tienes mucha imaginación cuando quieres.

Seguimos caminando. Al llegar a mi casa, Sandra se despidió y me dijo que volvía a la ermita para preparar la jornada del día siguiente. No le gustaba cómo estaban quedando muchas cosas y habría que rehacerlas.

2

14 de septiembre de 1983

Soy Joana K.

He estado muchos días sin escribir. Estoy encerrada con mis padres en una casa de un pueblo del delta del Ebro porque tenemos miedo. Les he contado todo lo que ha sucedido estos días en la ermita, desde el primero hasta el último. Solo salimos al exterior cuando nos quedamos sin comida. Bueno, en realidad soy yo la que sale siempre. Mis padres no podrían correr en caso de necesidad. Por suerte, la gran mayoría de la gente sigue yendo a la ermita todos los días, y eso nos permite disfrutar de unas horas de paz en las que podemos robar en algún huerto y alguna cisterna. De todas formas, debemos ir con cuidado: siempre hay alguien que se queda en el pueblo haciendo trabajos de mantenimiento. La vecina a veces viene a casa y nos trae huevos. Ella tampoco sale de casa y también parece muy asustada. Es Sisca, la que le aseguró a mi madre que mi padre aparecería. La bruja.

Ya estamos en septiembre. Tenemos que aguantar como sea hasta el día 18, porque entonces empezarán las clases y todo el mundo habrá vuelto ya de las vacaciones y nos echarán de menos. Y nos buscarán, no puede ser que nadie nos busque. Ya estamos en

septiembre, decía, pero, tal como pensaba, el día y la noche siguen durando lo mismo. Aún no sé cómo sucede, pero creo que puedo confirmar que la Tierra no hace la traslación, que solo rota sobre su propio eje. El sol es el de julio y todavía parece clavado en el cielo. Los arrozales tampoco han cambiado, las espigas siguen teniendo el mismo aspecto, con el grano a punto de madurar pero sin terminar de hacerlo. Cada día todo vuelve a empezar.

A la gente sí que la he visto más vieja. Solo he tenido que apartarme unos días para darme cuenta de que a la mayoría se les está descolgando la piel de la cara, incluso a los niños, que parecen atrapados en un cuerpo que envejece demasiado deprisa.

Voy a intentar actualizar el diario, es importante que quede constancia de todo, por si acaso no podemos salir de aquí. Debe saberse lo que está sucediendo en ese pueblo. Si nos pasa algo a mí o a mis padres, han sido ellos, el pueblo. Todos.

No sé cómo describir la alegría de saber que mi padre es mi padre. Ha tardado tres días en recuperarse, pero ya vuelve a pestañar. Todavía no sabe dónde ha estado, cómo han podido pasar tantos días si para él fueron solo unas horas. Recuerda haber visto una barca que seguía flotando y no haber podido resistirse a la curiosidad. Recuerda haberse subido a ella y haberse dirigido a las mejilloneras, y que la barca parecía conocer el camino atraída por una fuerza que no podía vencerse. Entonces oyó una música que procedía de debajo del agua. Después, la necesidad incontrolable de coger esa música con las manos e inyectársela en las venas. Lo último que recuerda es que intentó subir a la mejillonera. A partir de ahí, ya no sabe nada más, pero está seguro de que estaba debajo

del agua. No se ahoga, pero no puede salir. No sufre, pero tampoco está en paz.

Ha tenido varias crisis serias. Surgen de la nada, no siguen ningún patrón y son ataques de nervios como los de mi madre, pero mucho más intensos, como el síndrome de abstinencia que nos han explicado en el instituto, o algo parecido. Le duran cinco minutos y después remiten. Cuando vuelve en sí, siempre cuenta el mismo sueño de unas manos que lo sujetan y de unos ojos que lo miran, y balbucea sobre una música que suena en su cerebro y que parece estar a punto de hacérselo explotar. Necesita al menos dos horas para recuperarse.

Mi padre se niega a aceptar que no podamos marcharnos de aquí; dice que es porque no tenemos el mundo que tiene él. Utiliza estas mismas palabras. Normalmente me habría irritado, pero ahora me tranquiliza. Cuando vio cómo habían dejado el coche, por poco se echa a llorar. Eso fue anteayer.

No he vuelto a hablar con Mario, ni he vuelto a las filas ni a la ermita. Tampoco ninguno de los que lo acompañan ha venido a buscarme. Lo que temo ahora es que en cualquier momento se presenten en casa y nos obliguen a ir a mis padres y a mí. La puerta siempre está cerrada con llave y tenemos las persianas bajadas. Es duro, porque hace mucho calor y a veces estamos a punto de volvernos locos, pero vale la pena aguantar. Por las ventanas puede entrar cualquier cosa. Por la noche las abrimos solo un poco para que entre el aire fresco y se ventile un rato. Siempre lo hacemos con vigilancia.

La presencia de mi padre ha puesto fin a las visitas nocturnas de los demonios.

Hoy mi padre me ha acompañado en una de mis salidas. Hemos cogido melocotones muy maduros, tomates y pimientos. También hemos recogido tomillo para mi madre, porque continúa con su obsesión. Después hemos ido al lugar donde vimos aquel montón de coches el día que llegamos. Algunos todavía conservan las ruedas, y mi padre me ha dicho que mañana vendremos a buscarlas y las pondremos en nuestro coche. También cogeremos un volante. Después podremos marcharnos, y que no pasa nada si tenemos la ventanilla rota. Le he informado de que no nos queda gasolina, pero me ha dado un beso en la frente y me ha dicho que no me preocupe, que él proveerá. Lo ha dicho con estas palabras. He vuelto a tranquilizarme. Mi padre se parece cada vez más a mi padre.

16 de septiembre de 1983

Ya tenemos dos ruedas colocadas en el coche. Esperemos que esta noche no nos visiten los demonios y que no vuelvan a robárnoslas.

Hace mucho calor.

A veces es insoportable.

17 de septiembre de 1983

Los demonios no han venido. Hemos ido a buscar otra rueda y la hemos colocado. Solo nos falta una. Después vendrá el volante. No dejo de pensar que, ahora que mi padre está con nosotras, sí

podremos marcharnos de aquí. Quizá era por eso que este lugar no nos dejaba irnos, porque no estábamos los tres. ¿No podíamos marcharnos porque había desaparecido, o había desaparecido porque no podíamos marcharnos? No dejo de hacerme esta pregunta estúpida.

Cuando ha anochecido, mi padre ha tenido una crisis. Se ha caído al suelo, rígido, ha puesto los ojos en blanco y ha empezado a convulsionar. Esta vez ha durado más de cinco minutos y mi madre ha gritado que estaba ahogándose con la lengua. Se ha alterado mucho y creo que estaba a punto de darle otro ataque de nervios. He salido corriendo y he ido a casa de la vecina. He llegado hasta allí dando una vuelta por los huertos para que no me viera nadie. He llamado a la puerta no muy fuerte para no hacer ruido, pero también muchas veces para que me oyera. Nadie me ha contestado.

Al lado de la casa hay un pequeño almacén en el que he visto luz. He intentado abrir la puerta, pero estaba cerrada. He mirado por una ventana y he visto lo que parecía una pequeña vivienda con una cocina y una sala de estar, todo junto. Pero no había nadie.

He rodeado la casa y he mirado por cada ventana que he encontrado. En una de ellas, a través de los agujeros de la persiana, que no habían bajado del todo, titilaba una luz. Al lado de una vela estaba la vecina agachada junto a una cama con algo en las manos que tenía la forma de una muñeca. Estaba atándole un cordel en la barriga y otro en el cuello. La muñeca tenía la boca tapada con una venda. Sisca me ha oído y se ha girado. Yo no he podido moverme, quería esconderme, pero los músculos no me han respondido. Ha abierto la persiana de un tirón, se me ha quedado mirando y ha

sonreído. Las sombras que proyectaba la luz de la vela le desdibujaban la cara. Parecía un fantasma.

«No me tengas miedo», me ha dicho. Cuando le he contado cómo estaba mi padre, la mujer ha metido la muñeca en un armario, ha apagado la vela y ha venido a casa. Ha hecho un ritual que no voy a describir, porque si alguna vez alguien lee este diario, podría no tomárselo en serio e incluso burlarse de esta mujer, y eso no me gustaría. El caso es que mi padre se ha recuperado. Ha tenido de nuevo el sueño de las manos y los ojos. Se ha tumbado en la cama y ha dormido no sé cuántas horas.

Sisca nos ha explicado que estas crisis son los últimos restos de una música que su cuerpo está expulsando, pero no ha contestado a ninguna de las preguntas que le he hecho después. Lo único que me ha dicho es que no hablemos con nadie, que nadie es de fiar y que el mal no puede existir sin que haya un bien, y que yo era el bien, y que yo era la que los salvaría a todos, que gracias a mí el mal ya no tenía tanta fuerza.

He querido hablarle de Mario, pero tampoco.

Me ha sonreído y me ha dado un beso en la frente.

Antes de marcharse me ha asegurado que soy un tesoro y que hará lo que sea para protegerme.

18 de septiembre de 1983

Esta tarde han llamado a la puerta. Mi padre ha ido a abrir porque creía que era la vecina, pero cuando tenía la mano en el pomo se ha detenido. Ha ido a la cocina, ha cogido el cuchillo más grande que

ha encontrado y lo ha escondido colocando la mano detrás de la espalda. Los golpes han continuado, cada vez más fuertes. Cuando parecía que la puerta iba a venirse abajo, mi padre ha abierto con mucho cuidado. Era Mario con el chico que hace de perro. Le ha preguntado por mí y, antes de que mi padre le contestara, he salido del comedor y he ido a la puerta. Mario no es una mala persona, lo sé muy bien… He mirado a ese chico a los ojos, a los dos. Cuando te acostumbras, ya ni ves el trozo de carne que tiene en lugar del ojo. Creo que por eso se siente cómodo conmigo.

Nos ha dicho que le sabe mal todo lo que le hicieron al coche (un poco tarde, pero bueno) y que ha visto que le hemos puesto ruedas y que si se las hemos podido poner ha sido porque él nos ha dejado. Nos ha dicho que no hace falta que nos encerremos en casa, que podemos estar tranquilos, que nadie nos hará nada, ni a nosotros ni al coche.

Nos ha contado que mañana es su cumpleaños y que celebrará una fiesta en su casa, y que ha venido a invitarme. Habrá buena comida, ha dicho. Sin embargo, mis padres no podrán ir, porque los adultos no serán bien recibidos. Le he dado las gracias, pero me he excusado y le he dicho que no me encontraba muy bien y que no podría asistir. La mentira me ha salido sin pensarla. Me ha contestado que le haría mucha ilusión y que me esperará igualmente.

Mario no me da miedo; todo lo que lo rodea sí.

Después lo he pensado mejor y he intentado convencer a mis padres para que me dejen ir, que tengo que intentar acercarme a él, que sería bueno cogerle más confianza y que él me la coja a mí. Mario es el único que puede ayudarnos a salir de aquí.

Mis padres han decidido que continuaremos nuestro confinamiento.

19 de septiembre de 1983

Ni rastro de la fiesta de cumpleaños. Esta mañana mi padre ha vuelto con un volante y ha podido colocarlo en nuestro coche.

Los demonios no han venido.

20 de septiembre de 1983

Me pregunto si alguien está ya buscándonos.

Mi padre ha salido con una garrafa vacía y un trozo de manguera y ha vuelto con la misma garrafa llena de gasolina. Mario ha venido a última hora de la tarde. Estaba muy dolido porque ayer no fui a su cumpleaños. He estado a punto de decirle que no vi ninguna fiesta, pero al final me he callado.

He notado un olor extraño, a musgo o a hongos, o algo así.

21 de septiembre de 1983

Mi padre se ha pasado todo el día intentando poner en marcha el coche. En tres ocasiones lo ha conseguido, pero el motor se ha parado poco después. Aun así, hemos estado de buen humor casi todo el día. La alegría ha quedado un poco desdibujada cuando tres

hombres, primero, y dos mujeres, después, han pasado junto al coche y se han quedado mirándolo. Es gente que no se mueve del pueblo: unos cuidan de los huertos para proveer de comida a los que van a la ermita, y las otras supongo que deben de cocinar.

Por la tarde, Mario ha vuelto a venir con el chico que hace de perro y nos ha traído comida que sobró de su cumpleaños. Una especie de guiso de carne muy especiada que olía muy bien. Parecía pollo, aunque el color de la carne era mucho más oscuro.

No nos fiábamos del todo, pero llevamos días sin comer bien. Mi padre ha probado una cucharada. Le ha parecido que tenía un regusto raro y al final no lo hemos tocado. Hemos cenado patatas hervidas y huevos cocidos; los últimos.

Antes de irnos a dormir, mi padre ha hecho un último intento de poner en marcha el coche y esta vez el motor no se ha detenido. Hemos empezado a cargar nuestras cosas, pero aún no habíamos terminado cuando mi padre se ha puesto a vomitar. Se quejaba mucho de la barriga y se ha desmayado.

22 de septiembre de 1983

Ayer no pudimos marcharnos. Mi padre se ha puesto muy enfermo, se ha pasado toda la noche vomitando. Cuando se ha hecho de día hemos intentado levantarlo de la cama, pero no hemos podido. Mi madre ha gritado que de ninguna de las maneras mi padre iba a morirse en el asiento de un coche. Ha intentado ponerlo en marcha igualmente y funcionaba bien. He estado vigilándolo todo el día para que no le hicieran nada.

Ahora son las once de la noche y mi padre se encuentra peor. Mi madre está histérica, no deja de hervir tomillo y le obliga a bebérselo, pero él enseguida lo vomita.

Hoy ya no nos marcharemos y es posible que mañana tampoco. No sé cuándo lo haremos. Todas las ganas y la ilusión que teníamos se han desvanecido de nuevo.

Me temo lo peor, pero no quiero escribirlo.

23 de septiembre de 1983

¡Ya estamos en casa! ¡Ya estamos en casa! ¡Ya estamos en casa! ¡Ya estamos en casa! ¡Ya estamos en casa! ¡Ya estamos en casa! ¡Ya estamos en casa! ¡Ya estamos en casa! ¡Ya estamos en casa! ¡Ya estamos en casa! ¡Ya estamos en casa! ¡Ya estamos en casa!

No puedo escribir nada que no sea que ya estamos en casa. Podría llenar todo lo que me queda de diario con esta frase y seguirían sin cansarme.

Estoy temblando.

Necesito digerir todo lo que ha pasado hoy y no sé cuánto me costará. Cuando pueda terminaré este diario. Escribiré algunas notas para que no se me olvide nada. Tengo que terminarlo. Luego lo quemaré. No quiero conservar ningún recuerdo de este verano.

La cama, mi cama.

El olor de casa.

No pienso salir de aquí nunca más.

7 de enero de 1984

Siempre recuerdas las primeras veces, te marcan de una manera imposible de borrar porque, aunque no seas consciente de ello, un segundo después de esa primera vez ya no volverás a ser la misma persona que eras un segundo antes de que empezara. Creo que todos, poco o mucho y con más o menos acierto, nos hemos construido así, todos estamos hechos de primeras veces.

Esta ha sido la primera Navidad del resto de mi vida. Los Reyes nos han traído muchos regalos, pero el mejor de todos ha sido tener a mi madre y a mi padre a mi lado. Vivos. Yo todavía no me he recuperado del todo. Solo había una manera de curarme, pero me suponía un esfuerzo tal que hasta hoy no he podido afrontar. Sé que sufriré recordando ese último día en el Delta, inevitablemente aparecerán personas a las que no tengo ganas de volver a ver, pero necesito expulsarlas de mí y solo puedo hacerlo de esta manera. Después cerraré este diario. No lo quemaré. Lo he pensado mucho durante estos meses y creo que me será de mucha ayuda cuando no sepa qué importancia dar a las cosas que me pasen en la vida. Antes de ir al Delta yo no podía ser más feliz, pero no lo sabía.

Al día siguiente de haber probado la carne que nos había traído Mario, mi padre se puso todavía más enfermo. No eran los ataques de antes, lo vimos enseguida; vomitaba mucho y padecía un dolor de barriga que parecía insoportable. En aquella casa no teníamos medicinas, así que corrí de nuevo a buscar ayuda. Pero en casa de la vecina no había nadie.

Aquello sucedió cuando volvía. El suelo vibró, fueron solo unos segundos, pero todo mi cuerpo lo percibió. Una sacudida, una

especie de mecanismo que se hubiera ajustado, unas piezas que, después de haberlo intentado sin éxito muchas veces, encajaban por fin las unas con las otras y conseguían ponerse en marcha. Por primera vez aparecieron nubes en el cielo que taparon el sol. Nubes blancas y nubes grises, largas y cortas, unas densas y otras con una textura de espuma. La temperatura descendió y un olor que anunciaba lluvia saturó el aire. Grandes vuelos de pájaros de todos los tamaños cruzaron el cielo con un chillido que me obligó a taparme los oídos. Tenía un regusto dulce en la lengua.

Medio aturdida, regresé a casa. La revolví de arriba abajo buscando algún medicamento que sabía que no encontraría. Mi padre seguía quejándose de la barriga. No vomitaba más porque ya no le quedaba nada que vomitar, pero seguía teniendo esos espasmos horribles. A mi madre estaba a punto de darle otro ataque de nervios, entraba y salía de la habitación y se tiraba del pelo. Cuando intenté calmarla, me agarró por los hombros y me sacudió. Cada vez más fuerte y más seguido, hasta que, en medio de una riada de insultos, gritó que necesitábamos más tomillo, que, si no, mi padre se moriría, y que después se moriría ella y que sería todo culpa mía.

El temblor no me dejaba dar vueltas a la llave. Mi madre estaba detrás de mí. Seguía gritándome. Yo continuaba temblando. La cerradura no cedía. Tenía los gritos en el oído. Cuando conseguí abrir, el olor que anunciaba lluvia se había intensificado y en el cielo había aún más nubes. Hacía más frío y estaba a punto de llover. Los pájaros seguían cruzando el cielo de este a oeste y de oeste a este, ahora en silencio. El barrio continuaba igual de desierto que hacía un rato.

Las matas de tomillo crecían en el rincón más apartado del huerto y me acerqué ocultándome entre las tomateras que trepaban por un armazón de cañas. Antes de salir de aquel túnel, miré a un lado y al otro. Nadie. Intenté arrancar toda la planta, pero la fuerza se me escurría entre los temblores que seguían sacudiéndome todo el cuerpo.

No sé el rato que llevaba arrodillada allí cuando unas piernas que conocía bien se insinuaron a mi lado. Levanté la cabeza. Mario tenía una azada en las manos y estaba a punto de descargarla sobre mí. Dejé de temblar. Mario cerró el ojo y murmuró unas palabras que no entendí. Empezó a llover. Un segundo antes de que la azada iniciara el descenso, un hacha se levantó detrás de él. Oí el crujido del cráneo antes de que la sangre me salpicase la cara.

Cuando el cuerpo de Mario se derrumbó, apareció la vecina. Sisca. La bruja.

—¡Vete! —me gritó. Después tiró el hacha.

En casa, el motor del coche estaba encendido y, un momento después, mi madre conducía a toda velocidad por el borde de un canal. Mi padre iba tumbado en el asiento de atrás, todavía quejándose de la barriga. La lluvia se intensificó. La radio se encendió y sonó una música de orquesta. Íbamos sin rumbo, como cada vez que habíamos intentado salir de allí, pero al rato apareció un indicador en el que ponía TORTOSA y las dos a la vez dimos un grito. Luego vimos otro: AMPOSTA. Volvimos a gritar. Media hora más tarde, y noventa y tres días después de aquella tarde de junio, nuestro coche se deslizaba de nuevo sobre el asfalto de la carretera nacional 340. Sobre el mar, el Delta. Sobre el Delta, las nubes.

3

Sandra se encontraba cada vez peor, pero el día que le llevé a Joana la carne de focha en la que había echado arsénico tuve un presentimiento, esa sensación de que las tripas ven mucho antes de que lo hagan los ojos. El tiempo extraordinario que habíamos creado estaba despidiéndose con el silencio de las palabras que ya se han dicho sin saberlo.

Al día siguiente nos marchamos de la ermita al mediodía. Estábamos en el comedor de casa cuando sufrió una crisis y se puso a llorar. Lloraba consumida por la tristeza insoportable de quien se va sin quererlo, por la frustración de lo que se queda sin acabar. Primero se quejaba de la barriga, y después se llevó las manos al cuello como si le faltara el aire que en realidad no necesitaba. Mis torpes esfuerzos por consolarla no la aliviaban, y llegó un momento en el que su figura, mortalmente herida de luz, empezó a desdibujarse. Su carne era la cera de una vela que está agotando sus últimos incendios, y el olor a hongos y a musgo, que era insoportable, remitió. La cera se oscureció mientras la figura de Sandra disminuía porque ya se le habían fundido las piernas. Abrió la boca para intentar gritar, pero de ella solo salió una bocanada de silencio que aún conservaba el olor a musgo, mientras el resto del

cuerpo seguía fundiéndose y se añadía al charco de cera negra que se derramaba por el suelo.

Cuando Sandra ya solo era un hombro y una cabeza, me dijo:

—Mátala, Mario. Hazlo por mí.

Lo único que quedaba de ella se licuó y desapareció entre las juntas del mosaico hacia las profundidades del barro.

La cortina del comedor se rasgó en dos, de arriba abajo; las nubes ocultaron el sol; una bandada de chillidos ensordecedores surcó el cielo; el suelo se estremeció y todas las grietas que llevaban tanto tiempo abiertas se taparon, y aquella boca que conformaba lugar y destino y que estaba cerrada desde la llegada de las marfantas se abrió sobre la nada.

Me sentí lleno de abismo, en ese momento habría matado a mi madre, habría matado a mi tía Sisca, me habría matado a mí mismo, si Sandra me lo hubiera pedido. Destruí el museo y las vitrinas, y, poseído por la rabia, cogí lo primero que encontré. Creo que era una azada, pero habría podido ser una piedra o cualquier otra cosa con la que reventar la puerta de su casa primero y su cabeza después. Dentro de mí se repetía una y otra vez la imagen del padre de Prats con el pico en las manos.

Cuando salí, la vi arrodillada al lado del tomillo y me acerqué a ella dispuesto a convertirme en el héroe de Sandra. Tenía un regusto de sangre en la boca.

Levanté la azada.

Joana me miró.

Entonces, la duda que no esperaba.

Cerré el ojo y murmuré un perdón.

Lluvia.

Y, justo antes del golpe, la oscuridad.

«Los ojos no siempre nos dicen la verdad, a veces solo ven lo que queremos que vean».

Me desperté en esta casa, de donde ya no he querido salir.

Mírala, ya vuelve a estar aquí. Es la forma de mi madre de siempre, sé que no es ella, pero ya no puedo resistirme más, estoy muy cansado. Ella tenía razón, yo no pertenezco aquí, nunca me he sentido hijo de este lugar.

Me coge e intenta levantarme de la silla, pero le pido que antes me deje escribir el final de mi historia. Luego dejaré que se me lleve. ¿He sido una mala persona? Para el pueblo seguramente. ¿La verdad? Yo solo quería sentir el rayo que te parte en dos, yo solo deseaba sentirme querido.

Vuelvo a estar aquí. He descansado entre sus brazos y la marfanta me ha llevado a las mejilloneras. A medida que nos acercábamos, sonaba una música que venía del mar y que ni la densidad del agua podía contener, una música que envolvía las barracas y los eucaliptos gigantes y la sombra de los eucaliptos gigantes, que acariciaba los huertos abandonados, que mecía las plantas y que me deslumbraba el cerebro. Nos hemos hundido y no he tenido dificultades para respirar. Debajo del agua, la música sonaba más limpia. El fondo marino estaba cubierto por una inmensa pradera de cientos de manos de todos los tamaños posibles que brotaban de la arena y que movían los dedos en busca de la luz del sol, que se filtraba en forma de rayos a través de un cielo de cuerdas abarrotadas de mejillones. Tenían las conchas cerradas, pero todos

se han abierto en cuanto nos han oído. He nadado hacia ellos, y dentro de cada mejillón había un ojo lleno de vida que me miraba. Y entre todos ellos, los ojos de mi bisabuela, a la que no conocí, pero que sé que eran los suyos; y los de mi abuela, a la que tampoco conocí, pero que también sé que eran los suyos, y los de mi madre y los de mi tía Sisca y los de todos los descendientes de Aquellos. Y al final se ha abierto el mejillón más grande de todos, el cofre del tesoro. Dentro reposaba mi ojo, mi querido ojo, el ojo que siempre había estado aquí, esperándome.

La música lo ha invadido todo. Brotaba del agua, porque el agua era la música, y me ha sumido en una paz amniótica que me ha acunado hacia el fondo, hacia las manos, que ahora me decían «ven a casa». Querían cogerme, sostenerme, mecerme, pero yo necesitaba volver a la máquina de escribir, y que este fuera el final de la historia. Escribo estas últimas líneas y después regresaré allí. Solo. Esta vez no vendrá a buscarme, sabe que no será necesario, porque sabe que allí, bajo el agua, he sentido por fin el rayo. Lo único que deseo es irme a casa y descansar. Mi ojo.

18 DE SEPTIEMBRE DE 2026

Soy Joana K.

El pasado nunca se va, le gusta esconderse en libros, en canciones, en olores, en palabras…, y sale a buscarte cuando menos te lo esperas. Y donde menos te lo esperas. Anteayer enterramos a Anna. Hace un mes le encontraron un tumor en la cabeza. Perder tan de repente a mi mejor amiga me ha hecho darme cuenta de que esa parte de mí que he querido olvidar durante tantos años necesitaba ser recordada para irme completa cuando llegue mi hora.

Juré que nunca volvería, pero quería reconciliarme con este lugar y con aquella Joana adolescente que tenía la osadía de criticar a sus padres sin tener ni idea de lo que significaba serlo. Quizá por eso no he tenido hijos. He conocido a hombres y he conocido a mujeres, pero nadie se ha enamorado nunca de mí.

Cuarenta y tres años después, aquí estoy, sentada frente a la bahía con aquel mismo diario y un bolígrafo en las manos. En casa nunca más se habló del Delta, y siempre se vivió todo aquello como si no hubiera sucedido. Me he preguntado muchas veces si fue real o fue una fantasía de mi cerebro, que intentaba escaparse aún no sé de qué. Si todos aquellos personajes no serían sino actores de algún espectáculo teatral hiperrealista. Pero cada vez que aparecía la duda, aparecía también el diario. El diario lo tengo ahora mismo en las manos y es real. Todo lo que viví también.

El Delta ha cambiado. Ya no queda playa, el mar la ha devorado, y no tardará nada en devorar también los arrozales que hay detrás. Cuando salte las dunas, ya está, después ya viene el pueblo. El

descampado donde encontramos el coche de mi padre debe de estar bajo el agua. Las mejilloneras ya no parecen esqueletos prehistóricos a medio excavar; todo aquello ha desaparecido, y en su lugar han construido otras más modernas y llenas de ángulos rectos que ofrecen comidas y paseos en barca a los turistas, que no dejan de hacer fotos por toda la bahía, por suerte ajenos a lo que pasó aquí.

En el Delta hay más pueblos, pero no me ha costado nada reconocer el campanario. Esta vez no se ha producido aquel efecto óptico que hacía que los objetos parecieran más cerca de lo que estaban en realidad. Ahora hay un cartel en la entrada que indica el nombre. Aquí también está todo cambiado. Las calles están asfaltadas y he visto tres bloques de pisos que desafían la horizontalidad del paisaje. He visto un semáforo. He visto coches nuevos, y la gente ya no parece tener miedo a las calles y las calles ya no parecen tener miedo a la gente. El barro se ha convertido en un proscrito. No saben quién soy, pero algunas personas me han saludado. Nadie se mordía como si fueran perros y sus caras son como las caras de cualquier otro pueblo mediterráneo.

No sabía exactamente qué rumbo tomar, en qué consistía el ritual de reconciliación que estaba buscando, pero he pensado en el cementerio. Una parte parece más nueva, una ampliación, porque ahora aquí vive más gente. He bajado del coche y he caminado por la parte vieja. He encontrado a seis Marios, y el séptimo era él. Es una lápida blanca que ocupa el segundo agujero. No leo ningún apellido, solo unas fechas: «1969-1983». Hay unas flores de plástico y, al lado, una fotografía ovalada de cerámica que no ha aguantado muy bien la intemperie. Mario sale con gafas y con el parche en el

ojo. Supongo que debe de ser una de esas fotos que nos hacían en la escuela a final de curso. En el nicho de abajo está la fotografía de una mujer joven que se parece bastante a él. Se ríe sin mirar a la cámara, y detrás de ella se ve un arrozal recién segado. Unas letras de bronce que se han ennegrecido por el salitre rompen la blancura de la piedra: MARIA (1944-1983).

En el agujero de arriba, otra lápida del mismo mármol con unas letras grabadas que cuestan un poco leer: SISCA (1903-1994). Es la que está más limpia de las que he visto hasta ahora. Está llena de flores frescas. He rezado, le he dado las gracias y le he dicho que he hecho todo lo posible por aprovechar la vida que me regaló, y que espero haber sido una digna depositaria de esta segunda oportunidad.

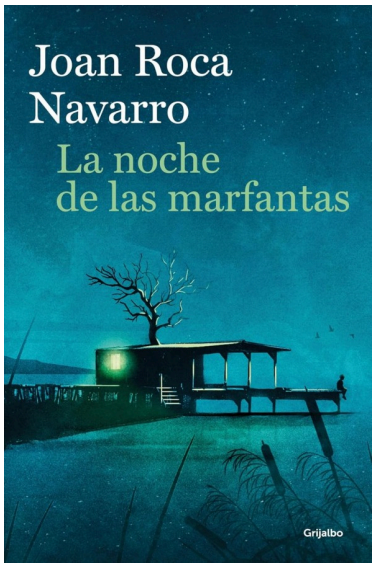
Después he deambulado por el pueblo, he buscado, sin quererlo pero a la vez queriendo, una casa en concreto. Una casa con una era y un huerto al lado donde un día crecía el tomillo.

La casa está abandonada, y me he acercado como me aproximé al ataúd de Anna el otro día. Un hombre que llevaba a una niña en brazos me ha dicho desde cierta distancia que es mejor que no me acerque, que la casa está embrujada desde hace muchos años, que en ella vive un fantasma. Eso todavía me ha fascinado más. Me he plantado ante la puerta y he recordado a aquella Joana sudorosa y sucia de cal que un día llamó pidiendo ayuda. En estos momentos soy más aquella chica que yo misma. He girado el pomo y la puerta se ha abierto sin ninguna dificultad.

La casa está como imaginarías que estaría una casa abandonada y embrujada. Dentro, la única puerta abierta es la del comedor. Allí, en una mesa, una vieja máquina de escribir. Al lado, perfectamente

apiladas, un montón de hojas. Hay un título en la primera página: «LA NOCHE DE LAS MARFANTAS». Y un autor: «MARIO». Empieza así: «Cuando me muera lo entenderás».

Mientras los habitantes del Delta esconden sus secretos más perversos, bajo las aguas del río acechan unos seres decididos a impartir justicia.



Mario, un chaval del delta del Ebro nacido con una malformación, crece marcado por el rechazo, la soledad y las ansias de ser querido. Su único refugio es la tía Sisca. Pero todo cambia cuando conoce a Sandra, una chica que lo alienta a desafiar al mundo y le revela los secretos más oscuros del pueblo. Pero ¿quién es ella en realidad? ¿Qué vínculo sobrenatural la une a la tía Sisca? ¿Es verdad que las marfantas, unas criaturas acuáticas que salen a la superficie cuando la gente encierra demasiado dolor y demasiadas mentiras, irán a buscarla?

Entre la peligrosa atracción que siente por Sandra y la aparición de Joana K., una joven de ciudad que llega para pasar el verano, Mario deberá enfrentarse a su destino en un escenario aterrador, donde la frontera entre los vivos y los muertos se desdibuja.

Con una imaginación desbordante y un inmenso talento narrativo, Joan Roca reinventa el paisaje del delta del Ebro en la más pura tradición de los grandes maestros del terror.

Joan Roca Navarro (Deltebre, 1977) es un reputado autor de relatos y novelas en lengua catalana. Destacan «L'estrany cas del senyor Heribert Borromell» (2001), «Relat en sol menor» (2011) y «Els afectes secundaris» (2012). En 2018 publicó su primera novela de misterio, *Melodia d'una absència* (Capital Books), y en 2024, con *Sota el fang* (La Magrana), fue galardonado con el premio a la mejor obra en catalán en el prestigioso Festival 42 de Géneros Fantásticos. *La noche de las marfantas* es su primer libro traducido al castellano en Grijalbo.



Título original: *La nit de les marfantes*

Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Joan Roca Navarro
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Noemí Sobregués Arias, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Marc Rios

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7626-9

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La noche de las marfantas

El final del tiempo ordinario

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5

El tiempo no ordinario

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Inercia

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3

18 de septiembre de 2026

Sobre este libro

Sobre Joan Roca Navarro

Créditos